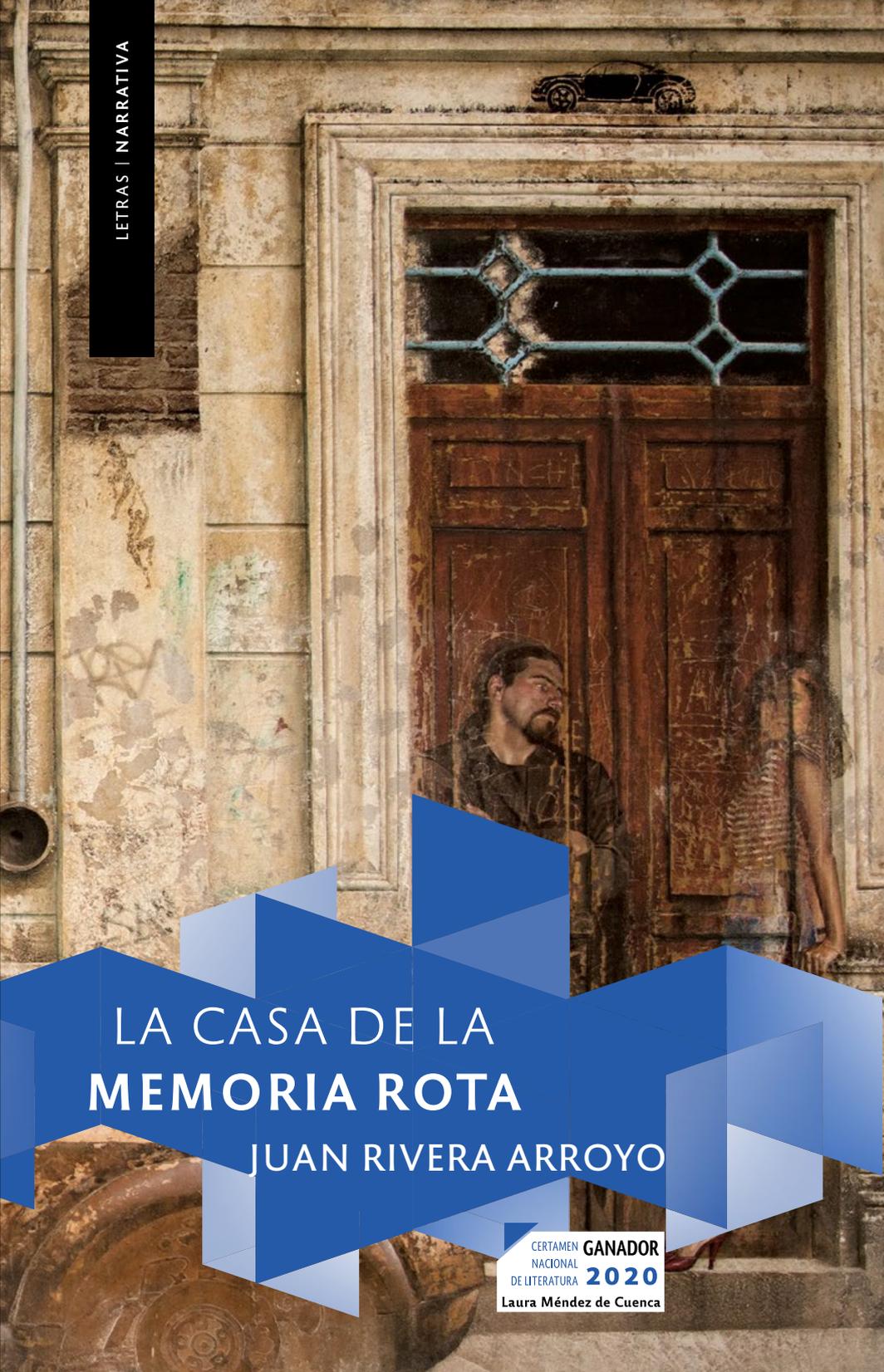


LETRAS | NARRATIVA



# LA CASA DE LA MEMORIA ROTA

JUAN RIVERA ARROYO

CERTAMEN  
NACIONAL  
DE LITERATURA **GANADOR**  
**2020**  
Laura Méndez de Cuenca













La casa de la memoria rota

Juan Rivera Arroyo obtuvo el premio único de novela en el Certamen Nacional de Literatura “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y Turismo y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2020. El jurado estuvo integrado por Delfina Careaga, Sofía G. Buzali y Geney Beltrán Félix.

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

JUAN RIVERA ARROYO

# La casa de la memoria rota



GOBIERNO DEL  
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza  
*Gobernador Constitucional*

Marcela González Salas y Petricioli  
*Secretaria de Cultura y Turismo*

CONSEJO EDITORIAL

*Consejeros*

Marcela González Salas y Petricioli, Rodrigo Jarque Lira, Gerardo Monroy Serrano,  
Jorge Alberto Pérez Zamudio

*Comité Técnico*

Félix Suárez González, Rodrigo Sánchez Arce, Laura G. Zaragoza Contreras

*Secretario Ejecutivo*

Alfredo Barrera Baca

*La casa de la memoria rota*

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, 2021

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México

Jesús Reyes Heróles núm. 302,  
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Juan Rivera Arroyo

ISBN: 978-607-490-329-4

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 217 / 01 / 02 / 21

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa de la Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*Me hubiera gustado dedicarle este libro a mi madre,  
Guadalupe,  
pero creo que ella preferiría que fuera para mi abuela,  
Alma.*

*Que así sea.*



Corredores sin fin de la memoria,  
puertas abiertas a un salón vacío  
donde se pudren todos los veranos.

OCTAVIO PAZ,  
*Piedra de sol*



## Uno. El proyecto: una introducción

### ¿Quién anda ahí?

Por más que hago un esfuerzo, no puedo imaginarlo. ¿Has abierto este libro con la voluntad de enterarte de una historia que bien puede no valer la pena? ¿Existe todavía el tiempo para hacerlo? Estoy asombrado. En verdad quiero conocerte y saber lo que te ha traído hasta aquí. Quizá algún día. O quizá habremos de conformarnos con imaginarlo, que nos hemos conocido, quiero decir. De eso se trata en buena parte este libro, de imaginar cosas. En fin, eres una criatura escurridiza, lector, y también fascinante.

En mi realidad son las once de la mañana de un día un tanto brumoso y húmedo. Estoy sentado en el escritorio de mi oficina, y frente a mí hay un gran ventanal por el que veo una carretera solitaria que rebana el paisaje de montañas y pastizales. Me encuentro en

el rancho de mi familia, La Compañía, lugar en el que nací hace cuarenta y tres años. Siempre me ha hipnotizado la transparencia de las ventanas, y por eso, cuando se construyó esta oficina, me encargué de que dos de sus cuatro paredes fueran de cristal. Por un ventanal puedo ver el amanecer y por el otro el atardecer. Es un privilegio sencillo, pero exclusivo como el que más. Alrededor de los treinta años, llegué a la conclusión de que debía construir una pequeña torre en la que pudiera trabajar en paz, retirado del ajeteo de la casa y de la operación del rancho. La construcción es de tres plantas, de setenta metros cuadrados. La planta baja sirve como garaje; además de un auto, hay herramientas, cajas con objetos de otra época y un par de motocicletas descompuestas. Una escalera que rodea el edificio por el exterior conduce a los niveles superiores. En el primero se ubica mi biblioteca personal, que está compuesta en esencia por libros de arquitectura y poesía. Hay una sala de estar, un baño completo, un refrigerador, una cava de vinos y una televisión. El espacio cuenta con todo lo que necesita una persona, una sola, para vivir a gusto en soledad. Así fue planeado. En el segundo nivel está mi oficina, que es donde escribo ahora estas palabras. Como he dicho, tiene buena iluminación y buena vista. Es un espacio bastante vacío. Justo al centro hay un gran escritorio con una silla a cada lado; la mitad del día me siento en una y luego en la otra. También hay dos tableros de dibujo, un cesto de basura y algunas pinturas colgadas en las paredes. Eso es todo. Me gusta que el lugar esté vacío. Sólo así puedo trabajar. El piso está alfombrado y siempre estoy descalzo. En esto soy estricto. Si alguien llega a entrar, debe dejar los zapatos en la puerta. Un porcentaje importante del trabajo aquí consiste en

acostarse, estirar el cuerpo, respirar, cerrar los ojos y pensar. La alfombra tiene que estar limpia.

Soy arquitecto. ¿Es demasiado evidente? Hace más de una década diseñé este lugar para poder trabajar en alcanzar esa meta abstracta que es la *gran arquitectura*. Y hay que dejar bien claro que nada tiene que ver la dimensión física en el asunto; puede haber mayor arquitectura en una casa para pájaros que en un edificio metropolitano. (Quienes han podido experimentar la magia de la maniática materia de la arquitectura persiguen hasta la muerte la belleza y el reconocimiento, o bien, la grandeza. Supongo que es lo mismo con cualquier arte. Quizás también con el dinero. Y con el amor. Una vez que pruebas un poco de la sustancia verdadera quieres más y más, hasta el límite.) El propósito original del lugar en el que me hallo, desde su diseño, fue el de retirarme de la cotidianidad y hacer arquitectura. Sin embargo, ahora, justo en este momento, en esta línea, reconozco que es probable que el proyecto literario que he comenzado sea lo que termine de darle sentido a la construcción de mi pequeña torre. La ironía es que quiero escribir sobre la cotidianidad de los años pasados de mi familia.

Tengo la intuición de que es necesario, lector, que comprendas sin reservas este momento. Son las once de la mañana, eso ha quedado definido. Te falta saber que el año en curso es 2019; el mes, febrero. La bruma y la humedad de hoy no son algo inusitado en estas fechas. Verás, La Compañía se ubica a treinta kilómetros del puerto de Tuxpan, en el estado de Veracruz. A excepción de los días vaporosos al inicio del año y las lluvias incontrolables de verano, el clima se reduce a una constancia de soles abrasadores y cielos despejados. El rancho tiene una superficie de ciento cuarenta hectáreas.

Si es grande o no, es relativo. De niño me parecía enorme y ahora tan sólo de buen tamaño. (Uno siempre quiere más, te lo dije.) Sospecho que de viejo creeré que es el mundo entero. Sea como sea, mi torre no robó mucho terreno. Setenta metros aquí no son nada; mil, tampoco. Mi torre está en la parte frontal de la propiedad, cerca de la carretera. La casa principal está en el centro, sobre una pequeña loma que desde aquí puedo ver. Es lo que en México llamamos una construcción estilo hacienda. Tiene la clásica distribución con las piezas alrededor de un patio cuadrangular. Mi abuelo la comenzó a construir en 1962, y con ello se fundó el rancho. Pasarían décadas para que la casa se finalizara, y aun así las labores de restauración y remodelación no se detienen nunca. Es una obra interminable. Pero todo el esfuerzo vale la pena. La casa ha sido el recipiente de más de cincuenta años de crecimiento familiar, y tal parece que lo seguirá siendo por un buen tiempo. En el árbol donde ha llorado un viejo se columpiará un niño. Creo que eso es algo bello.

La historia que voy a contar se centra en mi padre, Porfirio, que murió el año pasado, a los setenta años. No puedo negar que sea esto lo que motive mi narración, pero no creas que se trata de algo sentimental, amigo lector; no, eso lo he dejado fuera de estas líneas. El final de su vida marcó también el de un proyecto artístico, arquitectónico y mental, y su exploración será el objeto principal de este libro. El proyecto es la casa de la memoria, como lo he llamado. En él cabe toda mi existencia y la de mi padre y la del suyo y también la de mi hija. Se trata de una casa que comenzó a construirse en la isla de Cuba y que, de algún modo, se terminó muchos años después, aquí en México. Sucede que mi padre nació en la mayor de las Antillas, en 1948, y vivió con mis abuelos por una década en un rancho

(allá dirían finca) en la provincia de Cienfuegos. La de mi padre fue una infancia dichosa, pero cuando se refería a esa época no podía evitar que el resquemor gobernara el tono de sus palabras. Y es que, por cuestiones políticas, en 1959, mis abuelos tuvieron que abandonar su propiedad, también llamada La Compañía, y zarparon con mi padre hacia México, su patria por adopción. Muchas veces, y en especial en los últimos años, ocurría que mi padre se incomodaba cuando alguien mencionaba el nombre de Cuba. Era un reflejo. Prefería cambiar pronto de tema y olvidarse de aquello. Tanto se esforzó en dejar atrás su experiencia cubana que se deshizo de todo rastro caribeño en el habla. Pero algunas cosas fueron imposibles de borrar. Sus gustos en cuanto a música y comida, por ejemplo. Y uno de mis momentos favoritos en la vida (¡con qué poco se erige la felicidad!) era cuando él afirmaba algo del estilo: «No hay mejor mar que el de Oaxaca» o «Ese negocio va a fracasar», y luego, con una sonrisa, remataba: «Te lo dice un cubano». Había que encontrarlo de buen humor, pero la chispa de orgullo y travesura en sus ojos te hacían también sonreír. Lo decía como si la nacionalidad cubana te diera por automático suficientes credenciales en la materia correspondiente para dar una opinión experta. En los últimos meses, en repetidas ocasiones, me he descubierto diciendo la frase.

Muy bien. Esta información, aunque parezca insignificante, es todo lo que necesitas saber por ahora, lector. Recuerda que apenas estamos en la introducción y no queremos revelar demasiado. La historia comenzará en Cuba, en los años de infancia de mi padre, cuando nació el proyecto de la casa de la memoria, por lo que creo conveniente que el capítulo siguiente esté escrito desde su punto de vista. Será una reconstrucción a partir de la infinidad de pláticas que tuvimos a

lo largo de toda la vida; debo decir que la mayoría de ellas ocurrieron en caminatas o viajes en automóvil o incluso haciendo algún trabajo en el rancho. A lo mejor sea preciso rescatar ese detalle: con la salvedad de una reciente serie de entrevistas, no recuerdo que platicáramos sin estar en movimiento, haciendo algo. Cuando nos deteníamos a descansar o llegábamos a nuestro destino o terminábamos el trabajo, venía el silencio. Claro, esta constante sólo aplica para los momentos en que estábamos a solas. En la mesa familiar era otra cosa. Ahí podíamos tener conversaciones de toda naturaleza, pero por lo regular no eran íntimas. Y uno podía darse cuenta a la distancia de que mi padre, Porfirio, guardaba muchas cosas. Tardé años en comprender que aquello que se reservaba tenía que ver, casi por completo, con su infancia.

De alguna manera voy a invitarte a entrar a mi oficina, lector. (No olvides quitarte los zapatos.) Cuando te canses de escucharme, tómate un tiempo y sal a respirar aire limpio. Allá abajo hay vino y aceitunas y un tablero de ajedrez con una partida a medias. Enciende la televisión si gustas; abre un libro de poesía, lee un soneto. Pasa al baño y refréscate. Cuando vuelvas, aquí estaré yo, en una de las sillas del escritorio, dispuesto a seguir con el relato.

Quiero que comprendas la dificultad que me significa expresar esta historia con palabras. Me sería más sencillo dibujarla, pero si me animo con la redacción es porque nadie más conoce ciertos detalles y porque sin duda hay otros que anidan en mi subconsciencia y sólo se manifestarán durante la escritura. Me he propuesto no realizar ni un trazo con la escuadra sino hasta que escriba el punto final de este proyecto. Mi compromiso contigo, lector, es el mismo que hago con

el que ha de habitar los espacios que dibujo: que la estancia sea una experiencia de belleza y comodidad.

Mi nombre es Alejo Belmonte, encantado.

Ahora ven, pasa.



## Dos. Al sur del Soledad

Después de explorar por el campo, me gustaba tirarme de pecho al suelo y mirar la casa por entre la hierba. Me quedaba así un buen tiempo, reposando sobre la humedad de la tierra. Se sentía bien esa privacidad; a diferencia de la que experimentaba bajo el agua o a medianoche en la cama, era tendida y plácida. Podía mirar la casa como lo hubiera hecho un soldado o un felino. A veces escuchaba el rumor de mi madre al piano y a veces distinguía a mi padre a través del ventanal de la biblioteca, y aunque ello le daba cierta gracia al acecho, la casa sola me bastaba para caer hipnotizado por un largo rato. La construcción era de dos plantas y estaba pintada de un blanco impecable, lo que hacía una extraña oposición con el verde musgo y el amarillo paja de alrededor. Tirado en ese puesto, se me venían a la cabeza una multitud de pensamientos y fantasías, pero

sin falta terminaba por imaginar operaciones delirantes con la casa. Me figuraba, por ejemplo, cómo sería abrirla por la mitad, como a una casa de muñecas, o cómo se vería en cien años, abandonada. Era una obsesión incontrolable. Al atardecer, los bichos se metían debajo de mi ropa, pero yo permanecía ahí, entre la hierba, vislumbrando la casa en llamas o en medio de un área metropolitana o en la cúspide de una montaña.

Muchos años después, en la adultez, me descubría en los momentos más aleatorios evocando esas operaciones mentales. Aunque recordar los tiempos de mi infancia siempre fue un ejercicio espinoso, la imagen del acecho entre la hierba lo volvía todo más ligero y fresco. Pensar en el pasado era volver a ese lugar.

Yo, Porfirio Belmonte, nací en una finca ganadera llamada La Compañía, a veinte kilómetros de la ciudad de Cienfuegos, en 1948. La propiedad tenía una superficie de cerca de doscientas hectáreas y se hallaba a orillas del río Arimao.

Crecer en el campo fue una sucesión de aventuras. Fuera de la casa había animales, arroyos, árboles, frutas y noches claras. Día tras día, la espléndida naturaleza me daba alguna diversión. Lo mejor de todo era la veintena de hombres que trabajaban la tierra y con los animales y que me enseñaban su oficio; unos eran amables y les gustaba platicarme cosas, y otros me veían como una suerte de enemigo porque mi padre era el dueño y patrón. Dentro de la casa había instrumentos musicales, libros, juguetes, estancias frescas y mecedoras. También ahí había aventuras, aunque la mayoría ocurrían en mi mente. Un fabuloso grupo de mujeres se encargaban del aseo y

de la cocina, y me cuidaban como si fuera de su familia; me cantaban por las mañanas, me atendían si enfermaba y me compartían las leyendas de la santería. Se puede decir que los días de interior eran de estímulo intelectual, pero todo lo que aprendía ahí terminaba de fraguarse en los días de trabajo en el campo.

Ningún fenómeno tan loco en la finca como la dilatación del tiempo. En un mes cabía un año y en un año, una década. Como suele sucederles a los niños, a mí el tiempo se me hacía eterno, pero no sufría ningún efecto más grave que el de una esporádica tarde de aburrimiento. En cambio, me daba cuenta de que los trabajadores se desorientaban a menudo y se quejaban de que la semana se había ensanchado, de que el mes ya lo estaban viviendo por segunda vez y de que el año se iba frenando cada día más. A veces reconocía que esto era verdad, pero a mí no me agobiaba demasiado; pasaba los días montando a caballo y haciendo travesuras y escuchando música. A los trabajadores la vida se les iba en mantener La Compañía en marcha; desde que el sol aparecía y hasta que se ocultaba, no paraban de suspirar. Tomar consciencia de esto me produjo un ligero y constante sentimiento de culpabilidad.

Mi padre, León, era inmune al trastorno de la dilatación del tiempo. De lunes a viernes, trabajaba sin descanso; por la mañana conducía a su oficina en Cienfuegos y volvía a la hora de la cena. Entre los proyectos en obra y la administración de la finca, no le quedaba ni un momento en que pudiera percatarse de los cambios de velocidad del tiempo. Era refrescante verlo por las noches porque su plática estaba cargada de novedades y planes. El letargo de la casa se disolvía en cuanto él entraba. Los fines de semana se quedaba en la finca con mi madre y conmigo, pero no se lo tomaba como un

descanso, sino todo lo contrario: se empeñaba en realizar una tarea que había pensado durante la semana y nos animaba a que participáramos. Podía ser algo como pintar una barda o cortar el césped de la cancha de tenis o actualizar el registro del peso de los animales. A pesar de que eran horas de trabajo real, estar al lado de mi padre me llenaba de alegría. Entonces el tiempo se me iba volando.

Quien sí percibía la dilatación del calendario era mi madre, Vilma. Hablaba de los meses que le restaban al año con el tono en que se recuerda a los muertos. Se tendía en la sala grande de la casa, miraba de reojo por la ventana y ejecutaba un monólogo disperso y pesimista. Yo jugaba a sus pies y la miraba de vez en vez, sorprendido de que sus palabras sonaran como las sonatas que tocaba al piano. Era verdad que se quejaba de la lentitud de la existencia y se retorció del aburrimiento, desesperada, pero yo adivinaba a la par que hacía tiempo había hallado cierta complacencia en esa vida tranquila. La mejor explicación que podía imaginar era el símil de una leona en el zoológico que anhela la llanura interminable, pero que se ha encaprichado también con ser la reina de su jaula. Vilma se paseaba por la casa exagerando la elegancia de su atuendo, y mataba las horas acariciando libros, posando en los muebles y reacomodándose el pelo. Le fascinaba hacer pequeñas instalaciones en las estancias; alteraba el orden de las decoraciones y la entrada de la luz, y sólo cuando ya no sentía familiaridad en el espacio, tomaba una siesta o practicaba una pieza o se servía un trago. A veces montaba instalaciones de este tipo para mí; me preparaba un baño de tina y encendía un sinfín de velas aromáticas, por ejemplo, o convertía mi recámara en un bosque con plantas y flores por doquier.

La impresión de que el tiempo se dilataba como la madera se aferró en mi memoria. Aunque sólo terminaría viviendo ahí diez años, la época en La Compañía había de parecerme la más extensa y trascendente de mi vida.

Me sentía libre siempre. Que mis padres estuvieran muy involucrados en proyectos propios fue el origen de esto. También ayudó que viviéramos en un sitio apartado y extenso. Quizá no habría sido así de haber crecido en la ciudad. En La Compañía la sola contemplación de la tierra y el cielo te despejaba la mente. Lo mejor era que podía disponer de mi tiempo sin ninguna condición. Tomaba lecciones con un tutor que venía a casa cuatro días por semana, pero eran breves y amenas y, en vez de convertirse en una molesta obligación, terminaron por ser un entretenimiento más. Para mí, la finca era un paraíso. El aire era limpio; el clima, cálido. Los animales engordaban con el pasto. El agua abundaba. La sombra era placentera. Por eso, se trató de un proceso lento y arduo el que yo comprendiera que aquel rincón del mundo era un infierno para los trabajadores del campo. Y es que en los centrales azucareros de la zona ocurrían cosas de espanto; todo el tiempo llegaban rumores de maltratos bestiales. La esclavitud se había abolido en papel el siglo pasado, pero los obreros, que en gran proporción eran de raza negra, seguían viviendo en condiciones miserables. Las jornadas eran largas y difíciles y la paga era tan ínfima que no alcanzaba para vivir; tarde o temprano las familias se endeudaban con las tiendas de abastos, regentadas por los mismos dueños de los centrales. Con frecuencia se escuchaba de algunos obreros que escapaban al

monte y de otros que se levantaban en huelga, pero nada terminaba bien jamás: días después abatían con rifle a los unos y engañaban con promesas a los otros.

La Compañía colindaba al norte con el central Soledad, feudo de una célebre familia estadounidense, los Atkins. La propiedad contaba con cuatro mil hectáreas de terreno, una espléndida casa vivienda, molinos industriales, una flota de fragatas de carga y un ferrocarril. Su operación era tan grande que resultaba imposible saber de bien a bien cuántos obreros laboraban, pero la cantidad rebasaba el millar. Nuestra finca, en comparación, era de juguete: la nómina no pasaba de treinta personas. La relación entre el Soledad y La Compañía había sido estrecha desde la fundación de ésta, a principios del siglo. Unos hermanos de origen español llegaron a un acuerdo con los Atkins y les compraron una pequeña porción de su tierra para establecer una finca que les surtiera de ganado y, en juego con el nombre del central, la bautizaron como La Compañía. La colaboración de ambas propiedades continuó en buenos términos tras el arribo de mis padres, décadas después; el Soledad nos abastecía de electricidad y mi padre, además de ciertas cabezas de ganado al año, permitía que cosecharan los cañaverales de la finca.

Tuve un amigo que vivía en el asentamiento de los negros del Soledad; de hecho, había nacido ahí. Nos conocimos en el campo y de inmediato quise fraternizar con él, pues nunca había conocido a alguien de mi edad. Su nombre era Osiel. Fue mi primer amigo en la vida y también el único que tuve en mis años en la finca. Lo más singular de él era su obsesión por enterrar cosas. Lo hacía todo el tiempo. Enterraba piedras, palos, objetos que robaba, absolutamente todo lo que caía en sus manos; a menudo enterraba gatos hasta el cuello e

incluso, a veces, se enterraba a sí mismo. Era una pasión inexplicable. Cuando jugábamos en el campo, Osiel, Osi, solía decir: «Vamos acá, tengo un cuchillo al pie de un árbol» o «Vamos allá, quiero echarle un ojo al zapato que enterré hace meses». Me causaba mucha gracia esa manía suya. A veces yo le traía cachivaches de mi casa para crecer sus reservas.

Osi fue una llave para conocer el mundo de los negros, tanto el lado brutal como el benigno. Entre lo brutal, por ejemplo, estaban las peleas de puños que organizaban en los cañaverales. Osi me conducía por el campo hasta el punto secreto y nos abría paso entre la multitud. Mientras los combatientes estiraban los músculos y soltaban golpes al aire, se concertaban las apuestas. Iniciada la pelea, sin embargo, lo último que yo miraba era a los combatientes. Me llamaba la atención el júbilo de algunos espectadores y la cólera de otros; no era extraño que, al calor de la estelar, una segunda pelea surgiera entre la multitud, e incluso que se concertaran apuestas en torno a ella. Osi trataba de aprender los golpes que intercambiaban los hombres, pero yo no podía dejar de pensar en cómo diablos pagarían quienes habían apostado mal, en cuántas horas de trabajo habían dilapidado. La pelea terminaba hasta que uno de los dos combatientes perdía el conocimiento. Los gritos y aplausos inundaban los cañaverales. Entonces algunas personas cargaban al perdedor por los brazos y los pies y lo botaban en cualquier parte, y enseguida los siguientes combatientes comenzaban a estirar los músculos.

Entre lo benigno estaba, antes que todo, la música. Cuánto solía disfrutar esos sóngoro cosongos, como les llamaba mi padre. A diferencia de la música europea que escuchaba con Vilma, la de los

negros no había que entenderla ni descomponerla para disfrutarla. Las canciones no tenían una duración determinada: se alargaban lo mismo que la energía de la gente para cantarlas. Me gustaba en especial que bailaran de forma idéntica la muerte y el nacimiento de las personas. Con Osi también pude aprender sobre la fuerte unión que existía entre las familias; la única herencia que conocían era el sentido infalible de unión. Las raras y pequeñas señales de esperanza que pude ver entre ellos eran un tesoro más delicado que los que enterraba mi amigo.

Mis padres se fueron a vivir a la finca dos años antes de mi nacimiento. León había ganado el concurso para el proyecto de un hotel en Cienfuegos y llevaba algunos meses dirigiendo la obra. Durante la semana trabajaba en Cienfuegos y el viernes por la tarde volvía a La Habana a ver a mi madre. Era una rutina difícil porque estaban recién casados. Además de su familia y amigos, Vilma tenía en la capital varios compromisos relacionados con su carrera pianística y no podía acompañar a su marido. El asunto dio un giro cuando a León se le comenzaron a apilar en la mesa las solicitudes de otros proyectos en Cienfuegos. Hacía falta un arquitecto en la ciudad. Fue entonces que se planteó en serio la posibilidad de trasladar su vida a ese lugar y en especial al campo, anhelo que había tenido desde niño.

Cuando llevó a Vilma a conocer la finca, ella sintió un miedo atroz desde el primer vistazo. Nunca se imaginó que en la isla de Cuba, tan pequeña en el mapa del mundo, existiera un lugar tan retirado e inaccesible. Mi padre la condujo por los rincones de la propiedad y no dejó de insistir en el paraíso potencial que vislumbraba, pero ella se

miraba las manos y confirmaba que no pertenecía a un lugar como aquel. El sol impiadoso no hizo la visita más fácil. Cuando Vilma estaba a punto de exteriorizar que de ninguna manera se mudaría a esa finca de olvido, León le mostró la casa. Era antigua, de dos plantas y con una sombra de estilo neoclásico. Los muros se desmoronaban por la humedad y en algunas partes del piso la hierba comenzaba a brotar. Vivir ahí, pensó Vilma, sería idéntico a vivir en la miseria. Su marido, una vez recorridas todas las estancias, la tomó de la mano con emoción y la condujo al exterior, donde miraron la casa a distancia. «La voy a dejar igual que la Casa Blanca de Washington —dijo León enmarcando la construcción con los dedos—. Ya lo verás». Vilma no pudo evitar abrazarlo por el abdomen, recargar la cabeza en su pecho y decir: «Me encanta».

Vilma y León se conocieron en un concierto que ella dio en La Habana, en el Teatro Auditorium. Había trabajado por casi dos años en una serie de piezas simples y atmosféricas, inspirada en las *Gnossiennes* de Erik Satie, y por fin había reunido el valor para presentarlas. Eran seis las piezas, y cada una llevaba el nombre de un día de la semana.

Escuché miles de veces a mi padre contar su impresión del concierto, y a lo largo de los años algunos detalles cambiaron. Por ejemplo, el color del vestido de mi madre, la ubicación del asiento de mi padre y el motivo de la decoración del escenario. La versión convenida por el tiempo aseguraba que se apagaron las luces de súbito y el silencio se apropió del teatro. Pasaron cinco minutos, eternos y extraños, sin que nada ocurriera. El ambiente era fresco. Sólo quien

estaba concentrado pudo percibir el sonido de unos leves pasos en el escenario y el acomodo del banco de piano. La gente tosía del aburrimiento. Al instante en que sonó la primera nota, un hilo de luz (sí, un hilo) se abrió paso entre la oscuridad y se proyectó sobre lo que parecía una mano. El silencio regresó por unos segundos, pero la luz permaneció, inmóvil. La mano se salió del punto iluminado y se pudieron apreciar unas cuantas teclas blancas y otras negras, resplandecientes. Luego la composición arrancó con tino, justo cuando el silencio comenzaba a acumularse de nuevo. El sonido del piano era preciso y medido. Poco a poco, el hilo de luz se hacía más grueso. La segunda mano hizo su aparición. La luz crecía y crecía. Las uñas estaban pintadas con esmalte rojo, y el movimiento de las manos creaba la ilusión de que un centenar de mariquitas volaban de un lado al otro. Al término de la primera pieza, que llevaba el nombre de *Martes*, se podía ver la mayor parte del teclado y los brazos que lo tocaban, hasta los codos. Según él mismo, aunque no la había visto sino parcialmente, León ya estaba perdido por la pianista. El concierto continuó con la misma dinámica. Entre la semana fue avanzando, el haz de luz (sí, haz) crecía. En *Miércoles* se descubrió el cuello de la pianista; en *Jueves*, su pecho y mentón; en *Viernes*, su perfil entero; en *Sábado* se aclaró que el piano era de cola y que la muchacha llevaba el pelo recogido; en *Domingo* la imagen se iluminó en totalidad: los tres pedales dorados, los hombros desnudos, la tapa abierta que reflejaba las cuerdas, el vestido que apenas cubría las rodillas. Cuando la serie de piezas concluyó, la ronda de aplausos se tardó en recabar la participación del aforo. La pianista había disuelto de pronto el encadenamiento de notas y se había puesto de pie al centro del escenario; era verosímil creer que, por

su manera cautelosa de caminar, se había acercado para decirle un secreto a alguien del público, y por eso al principio hubo silencio. Mi padre fue uno de los últimos en ponerse de pie y aplaudir.

El resto sucedió minutos más tarde, en un brindis en el vestíbulo del teatro. León buscó a la pianista con premura entre la gente, y en especial después de tener la idea de que no la reconocería si ella no estaba frente al instrumento. Se paseó por el lugar de arriba abajo, todavía con las piezas del concierto en la cabeza. De repente chocó de espaldas con otra persona y una copa de champán cayó al suelo. Era ella. Fuera del escenario era menos rubia y tanto más alta. La muchacha había derramado un poco de champán sobre su vestido y un fragmento de cristal le había rozado un tobillo, pero el hombre con que se encontró al girar ni siquiera se dio cuenta. El hombre tenía la mirada fija en su boca.

Hola.

Qué tal.

Escuché el concierto.

Gracias por venir.

El concierto lleva el título de *Semana*.

Sí.

Y sólo tocaste seis piezas, me parece.

Así es.

Faltó el día lunes.

Lo sé.

Y hoy es lunes.

Lo sé.

He disfrutado eso.

Yo también.

Me llamo León.

Yo soy Vilma.

Platicaron.

El vestíbulo se fue vaciando y ellos siguieron platicando.

Ella apenas le agradecía a la gente que se acercaba a felicitarla.

Él no quiso hablar de nada que no tuviera que ver con ella y su pianismo y su desdén hacia los lunes.

Ella se olvidó de la pequeña cortada que tenía en el tobillo.

Él la convenció de ir por un trago a un bar.

Ella tenía veintidós años; él, veinticinco.

A los cinco meses se casaron.

No solía convivir mucho con mi padre. Él tenía pocos ratos libres y demasiadas personas que atender. Entre ellas estaban, además de nosotros, sus clientes y amigos de Cienfuegos y los trabajadores de la finca, que siempre tenían algo que pedirle o contarle. Era evidente que hacía un gran esfuerzo para distribuir su vida lo mejor que podía, y de algún modo lograba que todos estuvieran contentos y lo estimaran.

Yo lo acompañaba por momentos en sus encierros en la biblioteca de la casa. Cuando estaba dibujando o trabajando en sus apuntes, prefería no molestarlo; su mente se apagaba y sólo hablaba con frases cortas. Pero la mayor parte del tiempo León leía; le gustaba hojear los libros que había comprado durante sus estudios universitarios en España y también las revistas de arquitectura de importación que conseguía en La Habana. Yo era más que bienvenido en estas lecturas, acaso por su deseo prematuro de que también me convirtiera

en arquitecto. El tiempo que pasaba con él, charlando y mirando dibujos, era mucho más estimulante que las lecciones de mi tutor. Recuerdo repasar a detalle varios libros de arquitectura clásica griega, uno de fortificaciones construidas al estilo de la traza italiana y otro sobre palacios árabes en Andalucía. León acostumbraba hacerme leer en voz alta algunos pasajes; luego él hablaba, exponiendo ciertos casos que el texto omitía y además ideas afines y experiencias propias. Yo no dejaba de calcular el tiempo que habíamos pasado juntos ese día, esa semana; era consciente del tan preciado recurso que era su compañía en la casa.

Otro recipiente de la atención de León, por temporadas el mayor, era el profesor Atwood. La amistad que trabaron era singular porque la sostenía, casi por completo, una mutua admiración intelectual. Todo comenzó la noche en que coincidieron en una taberna de Cienfuegos y se sentaron a jugar una partida de go. El profesor Atwood llevaba más de un año tratando de encontrar un rival de buen nivel en la zona y los resultados habían sido pobres. Era la primera vez que mi padre había escuchado siquiera acerca del juego, pero la lógica de las piedras, además de cristalina, le pareció bellísima. Solía decir que aquella noche, después de la primera partida, había descubierto un nuevo modo de percibir el mundo.

Frank S. Atwood, en su condición de biólogo, estaba a cargo del laboratorio botánico del central Soledad. La Estación Botánica de Harvard para la Investigación Tropical y de la Caña de Azúcar, como era el nombre oficial, había sido fundada en 1901, en colaboración con la universidad estadounidense, y su misión era desarrollar una caña más resistente a plagas, así como alojar un jardín con plantas de diferentes lugares del mundo. El profesor estaba acostumbrado

al cuidado metódico de las plantas, y en nada diferiría su proceder en la relación con mi padre. La noche en que se conocieron, el profesor quedó fascinado con el nivel de juego de León, pero sobre todo con la manera en que comprendió la importancia de la etiqueta. Mi padre cumplió las formalidades con una naturalidad que el profesor halló refrescante. Me lo contaba así: «Tu padre escuchó las reglas y no hizo ninguna pregunta. La primera partida fue algo lenta, pero reñida. León formaba líneas extrañas en el tablero. Cuando al fin gané, se quedó mirando el juego un buen rato, haciendo un esfuerzo por descifrar los turnos en que había errado. Tomamos un trago y enseguida tu padre propuso otra partida. Esa vez jugamos y jugamos hasta el amanecer».

El profesor Atwood era uno más de la casa. Venía a cenar dos o tres veces a la semana, y los domingos por la tarde él y mi padre practicaban por horas en la biblioteca. Yo solía sentarme en el umbral y poco a poco iba ingresando más. Ellos fumaban cigarros en unos sillones de cuero y una grata nube se formaba en lo alto; cuando revisaban un libro o un plano, se movían al escritorio de mi padre. Yo no entendía la mitad de lo que decían, pero cada palabra que escuchaba me hacía soñar. Las conversaciones eran diversas y largas, casi sinfónicas. Uno de los temas más recurrentes era el go y las inagotables estrategias y la filosofía de los antiguos maestros. Recuerdo otras conversaciones específicas: la clasificación de los copos de nieve, la Campaña de África del Norte durante la Segunda Guerra Mundial, el juego de saque y volea del tenista Jack Kramer, la muerte del arquitecto Antonio Gaudí y la flor originaria de Japón cuyos pétalos se vuelven transparentes cuando se mojan. Ellos sabían que yo los escuchaba, pero nunca me decían nada. Me limitaba

a recostarme en el suelo y perder la mirada en las venas de la madera. Sin excepción me quedaba dormido y el sonido grave de sus voces se internaba en mi sueño. El mejor momento de mi semana era cuando León me recogía y me cargaba hasta mi recámara. Yo lo abrazaba y, con lo poco que me quedaba de conciencia, le preguntaba algo del estilo: «¿Es verdad que el más grande de los arquitectos no sabía cruzar la calle?».

Si algo bueno le trajo el aislamiento a Vilma fue la oportunidad de sumergirse en la creación artística. Le dedicaba más horas al piano que al sueño. Puesto que sólo trabajaba en sus composiciones por la noche o temprano por la mañana, yo no las conocía muy bien, pero contaba con algunas impresiones de mi padre. «Vilma está jugando un juego maravilloso: está mezclando la música de jazz con la clásica», dijo al principio. «Vilma está jugando un juego provocador: está componiendo piezas con el menor número de notas posible», dijo tiempo después. «Vilma está jugando un juego peligrosísimo: está haciendo que la mitad de su música sea silencio», terminó diciendo. Durante el día, yo escuchaba a mi madre interpretar el repertorio de siempre, compuesto sobre todo por famosas obras impresionistas. Cuando cometía un error, sus manos retrocedían en automático cinco segundos y retomaban la pieza de inmediato; si erraba de nuevo, sus manos retrocedían una vez más; pero si erraba por tercera ocasión, sus manos caían con fuerza sobre las teclas y volvían a tocar la pieza desde el inicio.

Comencé a estudiar piano cerca de los seis años. Era inevitable: contaba con la maestra, el instrumento, el tiempo y la juventud.

Antes de la primera lección tuve dos presentimientos al respecto, los cuales terminaron por ser verdaderos; primero, que la ciencia de las teclas se me revelaría como una habilidad natural, y segundo, que ninguna fuerza en el mundo me haría disfrutarla jamás. Lo sentía en los huesos: el piano no era mi instrumento. Creía que era una bellísima invención, incluso sólo como mueble, pero ése era el instrumento de mi madre y no había razón por la que debía ser el mío también. Me gustaban mucho los tambores con que los negros alegraban sus fiestas y la ligereza de un banyo abandonado en la casa; sin embargo, ningún sonido era el indicado. Decidí que, en tanto no hallara el instrumento adecuado, seguiría estudiando piano con mi madre, un par de horas al día.

Las lecciones eran un pretexto para pasar tiempo juntos. Nos sentábamos hombro con hombro y mirábamos el teclado, pero en realidad nuestra mente se iba a otros sitios. Ella me contaba de sus padres y de La Habana en que creció y de los viajes que había hecho cuando joven. También era frecuente que me hablara de mi padre, de cuando se habían conocido, de la manera en que se había comportado con ella en la semana y de cómo estaba presionado por tal obra, por tal negocio. Al término de las lecciones, tomábamos el almuerzo y luego una siesta, juntos. Ella solía despertar antes y se escabullía a la planta de abajo y se ponía a tocar el piano. Yo la escuchaba a la distancia, soñando despierto. Después de un tiempo, bajaba a la sala chica, que es donde estaba el piano, y la observaba a escondidas. Vilma se volvía otra persona. El cambio más evidente era que se recogía el pelo en un moño y esto ocasionaba que luciera algo oscuro, aunque caído era casi rubio. Por lo regular, modificaba de alguna forma la habitación; colgaba de las vigas del techo una

decena de telas, llenaba de pétalos el suelo, colocaba por todos lados vasos y floreros llenos de agua. Me daba un poco de miedo el ensimismamiento de mi madre ante el piano. Cada acorde la hacía entrar más en un trance místico y armonioso. En los momentos de mayor intensidad, ronroneaba al ritmo de las piezas; sus ojos se encendían y el rostro se le enrojecía. Acaso por ello, León solía decir que Vilma trabajaba más que cualquiera en La Compañía.

Yo acababa de determinar que la armónica sería mi instrumento, cuando Marta vino a vivir con nosotros. Esto lo había de recordar con claridad porque el día de su llegada mi madre y yo estábamos en las mecedoras del porche de la casa, y le pregunté si creía que fuera posible aspirar un cigarrillo y hacer sonar la armónica con el humo; Vilma, por supuesto, en ese instante se levantó, fue por unos cigarrillos y al volver le di mi armónica. En eso andábamos, cuando vimos que un automóvil se acercaba por el camino. Pudo haber sido mera coincidencia, pero en cuanto el taxi se detuvo frente a nosotros y Marta descendió, a mi madre le vino un ataque de tos. Creo que Marta, igual que yo, interpretó el ataque como una señal de que su inesperada visita no había sido del todo pertinente. Vilma se puso de pie y enrojeció de súbito; las venas del cuello y del rostro se le remarcaron sobre la piel y los ojos se le humedecieron. Yo tiré de su vestido, y ella no pudo hacer nada más que devolverme la armónica. Marta se apresuró a socorrerla; le golpeó la espalda y luego la tomó por la nuca, como a los gatos. El conductor, flemático, se ocupó sacando el equipaje del maletero. Vilma no paró de sonreír mientras le duró la tos. Cuando el ataque disminuyó, Marta le pagó al conductor, y entramos a la casa por un vaso de agua, sin

decir palabra aún. Yo no dejaba de pensar en cómo sería el sonido de la armónica bajo el agua.

Marta era la mejor amiga de mi madre. Era bailarina de ballet y vivía en La Habana. A veces, aparecía en La Compañía sin anuncio ni equipaje porque se había peleado con su novio y se había marchado con las manos vacías. En más de una ocasión, llegó con alguna prenda rasgada, con alguna marca en el rostro. Aquel día fue definitivo: nos dijo que dejaba todo atrás, incluso la danza. Lucía serena y resuelta.

Su llegada provocó que la casa se sintiera mucho más alegre. No es que ella fuera una persona alegre (era más bien sombría), sino que con su presencia terminó de cuajar la sensación de que la casa estaba habitada. El hecho de que se ocupara una recámara más hacía una diferencia palpable; en verdad que hasta el ambiente se refrescó. Ya había que poner cinco lugares en la mesa, esto si es que venía a cenar también el profesor Atwood, y digamos que ese número era muy distinto de la solitaria terna que hacíamos mis padres y yo. Con la llegada de Marta, las protestas de mi madre sobre la dilatación del tiempo se fueron haciendo más y más esporádicas. Los muros de la casa revivieron con el eco de tantas voces, como si en realidad se hubieran mudado varias personas y no una sola. Comencé a despertar en medio de la noche, sacudido por el ruido en la planta baja; el ruido era mitad de piano, mitad de risas. Salía de la cama, bajaba media escalera y observaba de lejos. Vilma tocaba el piano, León fumaba recargado en la cola y Marta, más que bailar, actuaba la música, la sentía, se movía con ella; si estaba presente, el profesor Atwood se arrellanaba en un sofá y tarareaba las melodías. Yo me quedaba un rato mirándolos, hasta que sentía que el sueño

me iba ganando de nuevo. Entonces volvía a la cama y por lo general dormía a pierna suelta.

Las reuniones de León y el profesor Atwood fueron haciéndose cada vez más herméticas. Su amistad dio un giro el día en que se olvidaron de sí mismos y comenzaron a admirar el intelecto de otros. Una clara ejemplificación de esto fue su repentino afán de recrear partidas de grandes maestros de go, en lugar de jugar entre ellos. Yo me seguía anclando en el umbral de la biblioteca durante las reuniones, resuelto a penetrar el hermetismo de la plática, pero cuando llegó a sus manos aquel libro con las legendarias partidas, sentí que un grueso muro se levantaba frente a mí. Las reuniones se volvían tan abstractas que yo terminaba contándome historias soñadas; ellos pasaban horas discutiendo la intención de un movimiento que alguien había hecho un siglo atrás. A menudo, por la mañana, mi madre me encontraba dormido en el piso, y descubría que León y el profesor seguían hablando alrededor del tablero, sin advertir que había amanecido. Era una especie de locura. Hablaban del go como si fuera más complejo que la vida misma. Donde los demás sólo veíamos piedras negras y blancas, ellos vislumbraban una narrativa completa, como si estuvieran leyendo sobre la guerra de Troya.

A veces no nos creíamos que después de tantas horas de encierro ellos siguieran con eso del go, y entonces mi madre, Marta y yo nos asomábamos un momento a la biblioteca. A mi padre y al profesor no les molestaba nuestra presencia, sino lo contrario: intentaban incluirnos en su universo bicolor. Hablaban de los conceptos de posición y expansión, de la vida de los distintos grupos de piedras,

de unas situaciones similares al jaque que son como acertijos y de partidas tan difíciles de puntuar como de jugar. Nos explicaban que no era frecuente, pero que de vez en cuando ocurrían movimientos divinos que equilibraban el juego de improviso. «Es como parar una tormenta con un golpe majestuoso de abanico», decían. Nosotros tres nos quedábamos sin mucho que añadir. Mi madre y Marta establecían un intercambio de miradas repletas de impaciencia. Yo entendía bastante el juego y me gustaba, pero no compartía la seriedad con que mi padre y el profesor lo veían. Quizá era mi edad. No podía retener la carcajada cuando el profesor consultaba el registro de movimientos de una partida, colocaba una piedra en una intersección del tablero, se le quedaba viendo por minutos y celebraba al fin el turno con vítores en inglés. Mi madre y Marta se retiraban de la biblioteca medio consternadas, medio exasperadas; yo permanecía otro rato. Mi padre y el profesor me despertaban cierta compasión. Después de todo, recreaban los juegos de go porque reconocían que jamás habrían de jugar, ni de lejos, a tal nivel.

Aquello fue sólo el inicio para mi padre. Aun sin la compañía del profesor Atwood, que una vez al año viajaba a la ciudad de Boston, León se recluía en la biblioteca a dejarse sorprender por la mente de pensadores y artistas.

El desequilibrio surgió con la obra de Giambattista Piranesi, el célebre grabador italiano. Una calurosa tarde de ocio, mi padre recorrió la biblioteca entera, librero por librero, acariciando algunos lomos, mirando unas cuantas portadas; en ocasiones abría un libro y se lo llevaba al rostro, de modo que el perfume le recordara el contenido. Yo lo observaba con los ojos entreabiertos, abatido en el sofá por el sopor de la tarde. Tras el cabal escrutinio, al fin cogió un libro

negro de gran formato, cuya portada rezaba en letras plateadas: *Piranesi, catálogo completo de grabados*. León se acomodó a mi costado, me acarició el pelo y dijo: «¿Estamos listos, Porfirio?».

Esa tarde vimos la gloriosa arquitectura de Roma reconstruida.

Vimos villas toscanas.

Vimos el castillo de Castel Gandolfo.

El puente de Blackfriars de Londres.

El Trofeo de los Alpes.

Detalles de ornamentos de chimeneas.

Y todo iba bien. Nos maravilló la perspectiva de los aguafuertes, la exactitud y la minuciosidad. Concluimos que con artistas como Piranesi no había necesidad de inventar la fotografía. Mi padre dijo que yo podría ser grabador. Yo dije que quería dedicarme al box. Reímos un poco y todo iba bien.

Pero seguimos hojeando el libro y llegamos a la sección de las cárceles imaginarias.

Piranesi había diseñado penitenciarías saturadas de escaleras y oscuridad.

Eran un capricho arquitectónico imposible de construir.

Mi padre dijo no recordar las láminas. Fue a su escritorio por una lupa y volvió al sofá. La tarde se empecinaba en no refrescar. Las cárceles eran dieciséis y la mayoría se alzaban sobre ruinas de piedra, entre una escasa vegetación y algunas máquinas indescifrables. El aumento de la lupa nos reveló la presencia de efigies humanas en la serie completa.

Mi padre dijo: «Fabuloso».

Yo pensé: «Aterrador».

En las próximas semanas León se dedicó a dibujar cárceles de su propia invención. Adoptó los elementos que Piranesi utilizaba en sus grabados: cuerdas, estatuas, arcos, cadenas y puentes, pero no quedó satisfecho con los dibujos, en especial por no lograr la angustia que expresaban los edificios del genio italiano. A mí esto me tranquilizó.

Aunque semanas más tarde renunció al diseño de las cárceles imaginarias, no abandonó el tema de la arquitectura visionaria, la que existe sólo en papel. Como Vilma no se prestaba demasiado a formar parte de sus delirantes pláticas, León acudía a mí; no esperaba que yo dijera nada, tan sólo que me deslumbrara tanto como él por los magníficos proyectos arquitectónicos. Y por supuesto que esto sucedía: lo escuchaba con los ojos bien abiertos, relucientes de asombro por la magia de las ideas.

León entendía estas conversaciones como una misma, sólo que interrumpida por el tiempo y el espacio.

Un día me hablaba del cenotafio de Newton: «Una esfera de ciento cincuenta metros de diámetro en la que durante el día es de noche y durante la noche es de día, ¿lo puedes imaginar, hijo? En el día, un rayo de luz entra por un orificio en la estructura, creando la ilusión de la luna. Varios orificios menores, hechos casi con un alfiler, se encargan de las constelaciones. Por la noche, una gran lámpara esférica, que cuelga justo al centro, juega el papel del sol».

Yo masticaba la idea los siguientes días. Salía a explorar el campo con Osi, montaba a caballo, tocaba la armónica, jugaba a las cartas con mi madre y Marta, tomaba una siesta, leía un libro, estudiaba con el tutor, cantaba con las trabajadoras de la casa, nadaba en el río, practicaba tenis, reñía con los mosquitos, miraba el atardecer por la ventana

de mi recámara. Dos días después, o tres o diez, León retomaba la plática, como si nada: «En el punto en que la monumental esfera toca el suelo, está el sarcófago de Newton, el único recordatorio en la construcción de la escala humana. El sarcófago, no lo olvides, está vacío. Un cenotafio es una tumba sin restos, Porfirio».

Las conversaciones sobre arquitectura visionaria (en mi recuerdo parecería que fue una sola) se prolongaron por una buena temporada. León se empeñó en investigar a fondo y en reunir un acervo de proyectos relacionados con esta inusual rama de la arquitectura; para él, la mera posibilidad de que uno de ellos fuera construido era más excitante que cualquier proyecto erigido en la realidad. El pináculo del asunto no fue, sin embargo, una edificación arquitectónica, sino una matemática: el hotel infinito de Hilbert.

La paradoja suponía que un hotel de habitaciones infinitas había recibido un número infinito de huéspedes y por lo tanto no le quedaba una sola habitación libre. En el primer escenario, una persona se presenta en la recepción y pide alojamiento; la solución es que el huésped de la habitación número uno se cambie a la dos, el de la dos a la tres, y así infinitamente, de modo que la persona se quede con la habitación número uno. En el segundo escenario, un grupo infinito de personas se presenta en la recepción y piden alojamiento; para liberar el espacio necesario, los huéspedes del hotel deben multiplicar por dos el número de su habitación actual y luego cambiarse a la habitación del número resultante: el huésped de la uno se cambia a la dos, el de la dos a la cuatro, y así infinitamente, todo esto para que el nuevo grupo infinito de personas se acomode en las habitaciones nones.

Yo entendía la paradoja hasta este punto. Me costaba mucho trabajo hacer las paces con el concepto de infinito, pero hasta el escenario número dos las cosas iban bien. Para mí el problema venía con el tercer escenario, en el que se presentaba en la recepción un número infinito de grupos infinitos de personas. León había encontrado la paradoja en un libro de acertijos matemáticos. Por más que intentaba explicarme las posibles soluciones del tercer escenario, éstas estaban fuera de mi alcance. Él, en cambio, las repasaba una y otra vez, encantado con el ingenio del matemático Hilbert. Como era de esperarse, mi padre realizó una serie de bocetos de hoteles infinitos.

De modo discreto y gradual, Marta asumió la responsabilidad del cuidado de mi persona. Era ella quien me cortaba el cabello a inicios de mes y quien se aseguraba a diario de que me hubiera bañado y cepillado los dientes. No era fastidioso. Siempre hallaba la manera de convertirlo en un juego de secretos, en el que ella también me confesaba que el día anterior había olvidado tomar el baño o que necesitaba cortarse las uñas de los pies. No me hablaba con ningún tono de autoridad, sino con el de una amiga; la relación era buena porque era equilibrada: ella me vestía y enseguida me dejaba verla vestirse.

Tal vez Vilma le había pedido a Marta que se ocupara de mí; antes de su llegada, eran las mujeres de la casa quienes lo hacían. Vilma no poseía un tradicional carácter materno, en especial en cuanto al apego físico; no había desarrollado el tacto de la madre que palpa y siente el cuerpo de sus hijos como el propio. A veces, mientras las mujeres me daban el baño, mi madre miraba el proceso

desde la esquina de la habitación y otras veces sólo aparecía hasta que había terminado y las mujeres le entregaban a su niño bien acicalado. Reducía en lo posible el contacto, no sólo conmigo, sino con todos, hasta con los objetos a su alrededor. Daba la impresión de que sus manos estaban reservadas para el piano y nada más. Cuando Vilma me metía en la cama para dormir, platicábamos con holgura y sin preocuparnos demasiado en el sentido de las palabras; podíamos tener las conversaciones más honestas y singulares, pero jamás me daba un beso de buenas noches.

No tardé en enamorarme de Marta. Antes me había enamorado de una trabajadora que me dejaba tocarle las espléndidas piernas brunas mientras planchaba la ropa y las sábanas. Pero con Marta era distinto porque no se trataba de una atracción exclusiva por su belleza. Toda su presencia me trastornaba. Yo estaba de acuerdo con lo que opinaba en la mesa y me descubría pensando en ello en mis momentos de soledad en el campo. Lo único que me atraía más que la posibilidad de besarla era la de mirarla fumar, en completo silencio. (Tocar la armónica me calmaba las ganas de besar.) Cuando inhalaba, cerraba un tanto más los ojos y su gesto se volvía algo triste; al exhalar, apretaba los labios y relajaba el pecho. Se podía quedar fumando una tarde entera sin moverse de lugar, y lo mismo yo, mirándola a ella. De Marta me gustaba el sudor de su rostro por las tardes. Me gustaban sus pestañas sobrepobladas. Me gustaban sus ojos verdes, desde luego. Me gustaba su olor, en especial cuando acababa de salir de la cama. Me gustaba que callara tanto. Me gustaba que ya no quisiera bailar ballet. Me gustaba que entendiera por qué yo no quería tocar el piano. Me gustaba cómo decía mi nombre:

«Porfirio», gesticulando casi un beso en la primera sílaba. Me gustaba que no supiera qué hacer con su vida.

El asentamiento de los negros del Soledad era una serie de bodegas de lámina que más bien lucían como gallineros, dispuestas una tras otra en una zona apartada de la casa vivienda y del central. A pesar de las advertencias de mis padres sobre los riesgos del lugar, a veces merodeaba por ahí con Osi. Me sentía confiado de que jamás nadie me haría nada. A la familia de Osi la conocí miembro por miembro, cuando nos cruzábamos en el camino. Nunca entré a ninguna de las viviendas; las fiestas, las peleas, las meriendas, toda la vida ocurría en el exterior.

Una mañana en que el tiempo se había inmovilizado fui al asentamiento en busca de Osi. No había tenido lección con mi tutor y mi madre y Marta habían decidido pasar bajo techo ese día de sol recio. Hacía tiempo que no veía a mi amigo y se me ocurrió que podríamos ir a nadar al río o enterrar algunas cosas por el campo. La caminata era de una hora, tomando en cuenta que en el trayecto me distrajera escalando un árbol o persiguiendo algún animal por entre la caña. Era mediodía cuando llegué al asentamiento. Caminé frente a las viviendas con los ojos bien abiertos. Qué diferente se sentía hacerlo sin Osi. En las puertas había muchachas con niños en los brazos, y fuera algunas mujeres pelaban frutos y otras les aventaban aire a los anafres. Nadie me dijo una palabra. Pronto percibí el rumor de un coro de alumnos que repetían enunciados y así di con la escuela, que más bien era un tinglado. La pequeña construcción se mantenía de pie de milagro; tenía agujeros en las paredes

y en el techo, y una hiedra incontenible estaba por tragársela completa. Al asomarme por uno de los agujeros, reparé en que había un centenar de niños sentados en el suelo, unos encima de otros, y que se limitaban a escuchar a un señor y a repetir cada tanto algunas palabras. No había más. Ningún mobiliario, ningún libro, ningún ornamento. Los niños apenas se cubrían el cuerpo con algún trapo. No quise continuar viendo por mucho tiempo. Sería imposible dar con Osi. No entendía muy bien lo que el profesor decía y además el olor era insufrible.

De vuelta a casa, me tumbé en ese dulce sitio entre la hierba y me perdí fantaseando por horas.

Un día, a su regreso de un viaje a Boston, el profesor Atwood le regaló a León un libro titulado *Las flores de vidrio de Harvard*. Le explicó que lo había adquirido en el Museo Botánico, institución con la que él trabajaba de manera permanente y de la que estaba muy orgulloso.

—Esto que te traigo, amigo —dijo señalando el libro—, es lo máspreciado que tiene la facultad de botánica, incluyendo mi laboratorio en el Soledad.

Para aquel momento, yo ya me había ganado un lugar en la biblioteca, por lo que pude escuchar la historia que el profesor contó a continuación y darle un vistazo al libro mientras tanto.

La historia era la de Leopold Blaschka y su hijo Rudolf, artistas del vidrio.

—El primer director del Museo Botánico de la Universidad de Harvard fue el profesor Goodale, un verdadero genio de las ciencias naturales, que también fundó el jardín botánico de aquí. Bien,

pues un día, por casualidad, se cruzó con un modelo de vidrio de los Blaschka, y quedó tan impresionado que viajó a Europa y los visitó en su taller en Dresden —dijo el profesor Atwood, encendiendo un puro.

El libro era grueso y estaba en inglés. Sólo las primeras páginas contenían texto; el resto eran fotografías.

El oficio de los Blaschka venía de varias generaciones atrás, en específico el de la producción de ojos de vidrio y objetos de ornamento.

—El trabajo de Leopold Blaschka se había hecho de cierta reputación luego de que un príncipe europeo exhibió cien orquídeas de vidrio que le había comisionado —dijo el profesor, haciendo volutas con el humo.

Las primeras imágenes del libro mostraban criaturas marinas: anémonas, medusas y pulpos. Los colores eran vívidos y variados, y resaltaban bastante debido al fondo negro de las fotografías.

Muchos decían que los Blaschka habían inventado una técnica para darle vida al vidrio, pero Leopold defendía que el único secreto era el tacto ancestral, que mejoraba a cada generación de la familia.

—El problema del profesor Goodale en 1880 era que no encontraba una manera eficiente de conservar ejemplares botánicos para la exhibición del museo y las clases en la universidad. Por ejemplo, conservar una planta entre dos cristales era ineficiente. Se alteraba la forma natural y el color no perduraba. Unos recurrían a los modelos de madera, pero eran demasiado malos. Por esa razón, Goodale visitó Dresden. El vidrio parecía una buena alternativa.

Yo me sentí orgulloso de comprender la mayor parte del libro que tenía en las manos. Leí que en un viaje trasatlántico, Leopold Blaschka había atestiguado cómo una multitud de criaturas resplandecientes flotaban en la superficie e iluminaban la noche en

alta mar. Al volver a casa, trabajó por mero placer en unos modelos de vidrio a partir de la experiencia.

Leopold inició a su hijo Rudolf en el oficio en cuanto éste tuvo la edad suficiente. El talento del muchacho demostró que la teoría de Leopold era correcta: la finura del oficio aumentaba a cada generación.

—Goodale y los Blaschka llegaron a un acuerdo, que duraría cuarenta y nueve años —dijo el profesor Atwood, consciente de que el humo que echaba por la boca le aportaba encanto a su relato—. Funcionaba así: Leopold y Rudolf trabajaban en una serie de modelos botánicos que Goodale les pedía y luego la enviaban a Estados Unidos, con todas las medidas de cuidado posibles. El realismo de los detalles era brutal. El envío de modelos a Harvard continuó, a pesar de que en ese medio siglo murieron tanto Goodale como Leopold, a pesar de que en Europa se libró una guerra mundial y a pesar de que por momentos hubo problemas con el financiamiento.

En el libro, la colección botánica comenzaba después de las criaturas marinas. Era algo abrumador: cientos y cientos de plantas y hongos catalogados con nombre y lugar de origen. No había visto tanta variedad en mis años de caminata por el campo. El libro podía aburrirte después de un rato; era como ver un bosque entero disecionado. Pero pronto te acordabas de que todo lo que veías era de vidrio y volvías a acercar el rostro a las páginas, sin creerlo. Mi serie favorita fue la del proceso de putrefacción de una manzana.

Rudolf se retiró a los ochenta años y ello marcó el final del oficio en el apellido, pues no tuvo descendencia.

—Es algo increíble, en serio. Crees saber cómo luce una planta, pero hasta que ves una de vidrio entiendes verdaderamente lo

que es una planta, lo que debería ser una planta. Ahora en el Museo Botánico de Harvard, hay alrededor de cuatro mil modelos de los Blaschka. Y te he traído el libro, León, para que lo veas con tus propios ojos.

Cuando levanté la mirada del libro, vi que mi padre había empalidecido y que su postura era de derrota, sin una gota de ánimo ni de energía. Miraba hacia donde el profesor Atwood, pero era evidente que tenía la mente en otro lado. Permanecimos en silencio un largo tiempo. El profesor siguió fumando y más tarde se marchó de vuelta al Soledad. Aquel día mi padre no quiso salir a caminar ni comer nada. Yo me senté a su lado y terminé de hojear el libro. Me generaba ansiedad imaginar que cada una de esas frágiles piezas había atravesado en barco el Océano Atlántico.

Tuve la certeza de que algo se había movido en el interior de mi padre. No era que algo se hubiera roto o desvanecido, sino que un mecanismo recóndito de su mente se había puesto en marcha. Sin pruebas, pero también sin dudas, presentí que mi padre comenzó a planear algo. Hasta entonces se había limitado a admirar el intelecto y las creaciones de otros individuos, pero ahora, al mirarlo, sospechaba que deseaba hacer algo él, poner a prueba su creatividad, iniciar un proyecto propio.

Todo lo que León admiraba en la biblioteca, lo que en realidad lo dejaba perplejo por días, tenía el común denominador de la genialidad y la locura, cualidades juntas sin remedio, como si formaran una partícula esencial. Las historias a las que regresaba una y otra vez eran las de personas que habían entregado la existencia a la terquedad de una visión quimérica. Él, en cambio, a sus treinta y siete años, había hecho con su vida lo que esperaban sus familiares

y amigos y la sociedad en general; había estudiado un oficio y lo había hecho en Europa, se había casado con una mujer de apellido, se había rodeado de personas adineradas e influyentes, había ganado dinero, había tenido un hijo. En ese sentido, lo aconsejable era olvidarse de la pretensión artística y la trascendencia y dedicarse a vivir esa vida paradisíaca que tenía. Pero era demasiado tarde para León: en la mente ya sentía el hormigueo de esa partícula de genialidad y locura.

Nos habíamos quedado solos en la casa aquella tarde por quién sabe qué razón, mi madre y yo.

Me duele la cabeza, le dije.

La encontré sentada frente al piano, con la mirada gacha y las manos vencidas, sobre las rodillas.

A mí también, contestó.

Cada tanto me daban dolores de cabeza y por lo regular me ocurría durante ese momento perdido entre el anochecer y el atardecer.

Es la luz, mamá. Me marea el cielo gris.

A mí me hace pensar en cosas tristes.

Había estado hojeando algunas historietas en mi recámara, hasta que de pronto levanté la mirada y me di cuenta de que el contorno de las cosas comenzaba a desfigurarse.

¿Sabes qué podría ayudarnos, Porfirio?

¿Qué?

Salir a respirar.

Sí.

Caminar un poco y tomar el fresco.

Escuchar a los grillos.

Sí, y las ramas de los árboles moviéndose con el viento.

Deberíamos ir descalzos, mamá.

Me parece bien.

Siempre que me duele la cabeza se me antoja tener los pies fríos.

A mí también.

Salimos de la casa, descalzos. Yo tomé mi armónica y Vilma una linterna de mano. Corrimos por la cancha de tenis con los brazos estirados, como aviones. En un rincón del cielo todavía quedaba un rastro del resplandor del sol.

Ahora vayamos al arroyo a mojarnos los pies, dije.

Escucha, los grillos empiezan a cantar.

Pensé que no hubiera sido posible hacer aquello con mi padre. Él era una de esas personas que nunca se detienen a cuestionarse si les duele la cabeza.

Vilma encendió la linterna camino al arroyo, pero enseguida la apagó.

Todavía no, dijo.

A nadie le quedaba duda de que yo había heredado el aspecto de Vilma, no el de León. Tenía su rostro, decían. En el fondo me sentía más cercano a Vilma, aun con el desapego físico que ella profesaba; mi instinto me decía que estábamos hechos del mismo material.

El caudal del arroyo era bueno y corría lento. La sensación de las piedras afiladas en los pies era estupenda. Caminamos de arriba abajo por el arroyo, sin más propósito, Vilma en una orilla y yo en la otra.

Qué agradable sería tocar el piano y tener los pies metidos aquí, dijo ella. No puedo dejar de pensar en ello.

Apuesto que lo sería, mamá.

A lo mejor podría haber algunos peces nadando. Me harían cosquillas y yo estaría tocando el piano.

Entiendo, sí.

Peces pequeños.

¿Has intentado meter los pies en una tina, por ejemplo?

Oh, no sería lo mismo, Porfirio. Que corra el agua es algo vital.

Entonces hay que mover el piano aquí.

Tal vez.

Vilma caminaba lento, hundiendo los pies en el lodo del arroyo. Yo miré en derredor y me percaté de que la oscuridad se había hecho. La luna brillaba detrás de unas nubes. Vilma se detuvo en un punto y fijó la mirada en sus pies, limpios y sucios al mismo tiempo. El canto de los grillos era ensordecedor, pero si tocaba una melodía con la armónica, ellos bajaban el volumen y escuchaban. La frescura del agua había trepado por mis piernas y el dolor de cabeza había disminuido. Momentos más tarde, cuando las nubes se desplazaron y apareció la luna, rompí el silencio que se había ido formando.

Todo el tiempo estoy pensando en ella, mamá. En Marta.

¿Sí?

Es que es muy bella. Aunque no esté pensando precisamente en ella y esté haciendo algo más, la idea de ella está ahí, conmigo.

¿Sabes?

Claro.

Es como estar leyendo o algo así, pero en la habitación de junto suena el piano.

Sí, Marta es muy bella.

Ella es el piano, ¿entiendes? Siempre está ahí.

A todos nos pasa con alguien, alguna vez.

Sí.

No lo sufras, Porfirio.

No lo hago.

Gracias por contármelo.

Me gusta mucho tenerla en casa.

A mí también, hijo.

Al volver, Vilma encendió la linterna. La mancha de luz enfocaba por instantes sus pies, blancos y terrosos. El dolor de cabeza había desaparecido por completo. La casa seguía vacía.

Aquella histórica tarde, mi padre me llamó a la biblioteca, nos sentamos frente a frente y me expuso el proyecto de la casa de la memoria.

—Tengo muchas ganas de hacer algo, Porfirio. Un proyecto como los que has visto aquí conmigo. Algo que tenga significado, una obra de arte. Llevo meses pensando en esto, aunque intuyo que lo he estado pensando por años. Digamos que se trata de una obsesión, de un capricho. Quiero darme la oportunidad de diseñar algo más que cosas del trabajo, y quiero hacerlo ahora, que me siento en mejor forma que nunca. ¿Lo entiendes?

Atardecía y en la casa no había un solo ruido. La luz que entraba por el ventanal desenmascaraba la presencia de un polvo diáfano a nuestro alrededor que no se elevaba ni caía, sino que se mantenía a flote, abriantando el momento. Yo estaba sentado en un sofá, a mis anchas. Hacía un par de horas habíamos ido al río a nadar, por lo que ahora tenía el cuerpo relajado y fresco. Mi padre se había preparado una taza de café, que aromaba la biblioteca entera.

—Claro —dije yo—. Mamá está buscando un sonido en el piano que todavía no encuentra. Tú quieres esto, algo medio loco, medio genial.

A León se le dibujó una sonrisa en el rostro y enseguida su boca tomó la forma de una u invertida, como una mueca de conformidad.

—Loco y genial, sí, en resumen se podría decir así. Al principio, el proyecto era una especie de calmante. Con él sacaría un montón de sentimientos que ahora no tienes por qué conocer, y también me quitaría esa comezón que me tiene despierto por las noches. Y tuve varias ideas. Se me ocurrió, por ejemplo, construir una pequeña edificación con la estructura de un soneto. Se me ocurrió una serie de máscaras monumentales regadas por la finca. Se me ocurrió un templo minimalista basado en el panteón de Roma. Un laberinto compuesto de escaleras de metal. Un acueducto infinito como un anillo. Pero ninguna me convencía por completo. Siempre terminaba descartando los diseños porque me parecían simplemente decorativos. Me di cuenta de lo molesta que me resultaba la idea de una obra sin propósito. No tenía qué guardar en el edificio con estructura de soneto ni dios que alabar en el templo minimalista. Y lo mismo ocurría con los demás proyectos, que, vistos con rigor, no eran más que emprendimientos surrealistas. Debía, por lo tanto, concentrarme en el propósito, en la utilidad, en la función. —Mi padre le dio un largo sorbo a la taza de café y con ello también frenó un poco el ritmo de su discurso, que se había acelerado desde la mención de los posibles proyectos—. Entonces pensé en nosotros, en ti, en Vilma, en Marta y en la finca. La naturaleza del proyecto debía tener una relación directa con nosotros. Esto me llevó mucho tiempo. Al final me incliné por una idea y me dediqué semanas a estudiarla y trabajarla, y

ahora tengo la seguridad de que cumple con todo lo que te he dicho. Si fuera por mí, comenzaría a construirla mañana mismo, pero ocurre que no puedo hacerlo sin tu ayuda. El elemento más importante del proyecto eres tú, Porfirio. He hablado con tu madre y ha visto el proyecto en su totalidad. Está de acuerdo en que podría resultar beneficioso para ti, pero tienes que estar de acuerdo tú también y decidir participar. —Aquí le dio otro largo sorbo a la taza de café, de nuevo con el propósito de suavizar el ritmo de sus palabras. Fue tan largo el sorbo que me sorprendió que aún quedara café—. Sólo escucha de qué se trata y hablamos después con calma. ¿Suenan bien?

—Suenan bien —dije.

El diáfano polvo seguía levitando a nuestro alrededor y haciéndolo todo más resplandeciente. Cuando trataba de cogerlo con la mano, las partículas encontraban el espacio para escabullirse.

—Quiero construir una especie de casa, aquí en la finca. No es una casa tradicional porque nadie va a vivir ahí. El propósito es que insertes esa casa en tu mente. Es fundamental que, durante el proceso de construcción, visites la obra a diario, pases tiempo ahí, camines por el lugar, de modo que la conozcas mejor que nadie, hasta el último de sus rincones. Tienes que enlazarte con el espacio y conocerlo a la perfección. Hay que observar los detalles más insignificantes, como la textura de los muros y el piso o la luz de cada habitación. Con el tiempo, cuando la obra esté terminada, vas a estar tan familiarizado con ella que podrás verla incluso con los ojos cerrados. Esa es la meta: que la casa real y la casa en tu mente sean exactamente iguales, que puedas tocar con tu mente la misma construcción que tocas con tus manos. ¿Me explico bien?

—Creo que sí.

—Toma tiempo hacerte a la idea.

—Sí, ya veo.

—Bien, continúo.

—Sólo una cosa. No entiendo por qué hay que construir la casa. Si nadie va a vivir en ella, ¿para qué construirla?

—La vamos a construir para que la insertes en tu mente. No se puede imaginar un espacio a detalle si no lo conoces en la realidad. Digamos que puedes hacerte la idea de una casa, por ejemplo, a partir de un dibujo o una descripción o incluso un sueño, pero no la puedes apreciar a detalle, ni dimensionarla bien ni recorrerla con claridad en la mente. Esto sólo se puede hacer con espacios que conoces en la realidad, en los que has estado.

—Nunca había pensado en eso.

—Cuestión de tiempo, como te digo —dijo León y le dio otro sorbo a la taza. Tuve la sospecha de que el café se había terminado y que ahora sólo pretendía beber—. Bien, supongamos que insertas con éxito la casa en tu mente. Eres capaz de recorrer la mental tan bien como la real. Entonces comienza la segunda parte del proyecto, que es aprovechar las ventajas de tener un espacio así de nítido y amplio en la cabeza. Es una usanza antiquísima, a decir verdad. —León volvió a actuar que bebía café—. Durante siglos, los romanos y otras sociedades lo utilizaron para memorizar discursos y libros y cifras y todo tipo de información.

Mi padre tenía en los ojos la misma chispa con que se le iluminaba la mirada cuando hablaba de go o de cárceles imaginarias. La biblioteca se había llenado con la luz anaranjada del atardecer y ello aumentaba el fulgor de sus ojos. Yo no entendía al cien las cosas que

me decía, pero era consciente de la importancia de aquella tarde y me esforzaba por capturar sus particularidades.

—Los que entrenan su mente suelen visualizar construcciones que conocen bien y luego llenan el espacio con información. Es lo que hacen algunos magos con los naipes, o los curas con las misas, o los estudiosos con los versos de un poema.

—¿Y qué es lo que quieres que memorice, papá?

—Nada, esa es nuestra ventaja. Si visualizas bien la casa que vamos a construir, vas a ser capaz de memorizar lo que quieras, pero ese no es el propósito. Lo que quiero es que tengas una mente organizada y transparente, por decirlo de una manera. Hagas lo que hagas en la vida, vas a destacar, vas a ser mejor que el resto, y todo gracias a esa herramienta en tu cabeza. Aprender un idioma en un par de semanas, mejorar tu nivel de juego en el ajedrez, tocar en el piano las treinta sonatas de Beethoven sin mirar una sola nota, lo que sea. Vas a poder hacer lo que sea.

—No entiendo por qué tenemos que construir una casa. ¿No puedo utilizar nuestra casa? La conozco bien.

—El asunto es que la casa que quiero construir está específicamente diseñada para guardar información, para que se recorra fácil y claramente en la cabeza. Ahí está el reto para mí. ¿Entiendes? El arte. En cambio, esta casa —dijo y pisó dos veces el suelo— fue diseñada para vivir y nada más.

—¿Y esto es lo que quieres hacer? ¿Este es tu proyecto tan querido?

—Sí, lo es.

—Papá, ¿y por qué no lo haces tú? ¿Por qué tiene que ser conmigo?

—Porque esto funciona mejor cuando eres pequeño. Por más que yo lo intente, no puedo cambiar la configuración de mi mente,

el modo en que veo las cosas cuando cierro los ojos. Y créeme, en tanto creces y creces, la cabeza se va haciendo un lugar más nebuloso. Hay demasiadas cosas y tan mal organizadas que resulta imposible acceder a la mayoría de ellas. —Recogí mis pies, los puse sobre el sofá y comencé a masajearlos. Algunas partes de lo que escuchaba me daban miedo—. Mira, Porfirio, sólo es una idea. Diseñar algo bello y de paso darte una herramienta que nadie tiene. No tenemos que precipitarnos a nada.

—Es que no termino de entender.

—Te dije que es cuestión de tiempo.

—¿Mamá entendió bien?

—Sí, pero no de inmediato.

—¿Y está de acuerdo?

—Lo está. Pero también tú tienes que estarlo.

La luz se había vuelto roja y débil, y ya era muy difícil ver el polvo diáfano a nuestro alrededor. El cielo pronto oscurecería y no quedaría otro rastro de la conversación más que en nuestro recuerdo. Cuando saliera de la biblioteca, tendría que retener los detalles de ese rato. Fuera como fuera, sentía que era la primera conversación importante de mi vida.

—Creo que es un buen momento para detenernos, hijo. Piensa en lo que te he dicho y mañana seguimos. Quiero enseñarte algunos dibujos. Quizá eso ayude.

Aunque ya no dijimos más, nos quedamos un tiempo ahí sentados. León me miraba y asentía, satisfecho. Yo abrazaba mis rodillas.

Hasta entonces la revolución había sido un rumor. Se sabía que un yate repleto de hombres había encallado en una playa de oriente y que días después el ejército los había sorprendido en un cañaveral. El resto era elucubración. Unos decían que una veintena de hombres habían sobrevivido y se habían internado en la sierra. Otros decían que habían muerto todos ahí mismo, en el cañaveral. Tampoco es que se hablara tanto del tema, por lo menos no en casa. Yo escuchaba a escondidas a las mujeres mientras lavaban la ropa o a mi padre y al profesor Atwood en la biblioteca. Pero en la mesa no se hablaba mucho de eso, aunque no por decoro, sino por falta de información.

Las cosas cambiaron el día en que se hizo pública una entrevista de un periodista estadounidense y una fotografía del líder guerrillero, en la montaña. Era febrero de 1957. Yo tenía ocho años de edad. La revolución se volvió un hecho verdadero, lejano, pero verdadero. No me quedaba claro si aquello de la revolución era bueno o malo. Nadie emitía juicios claros. Sólo hablaban de la posibilidad que tenían esos hombres en la sierra y lo hacían sonar como una cosa muy triste. La fotografía, sin embargo, me generaba cierta confianza. El líder aparecía encendiendo un cigarro con un fósforo y el periodista, a su costado, tomaba notas en un cuaderno; bien podía ser una charla de amigos, en el bosque.

El diseño de la casa era el cruce de dos pasillos idénticos, en cuya intersección había un patio con un árbol. Al final de cada uno de los cuatro brazos de la cruz había una entrada, que León distinguía en los dibujos marcándolas como entrada norte, sur, este y oeste. La distancia entre una entrada y la opuesta era de treinta metros

exactos. En los diez metros que medía cada brazo se extendían cinco habitaciones a la izquierda y cinco a la derecha, de modo que sumaban cuarenta en toda la construcción; el patio, en el centro, era un cuadrado también de diez metros por diez.

Los dibujos de León eran varios y precisos. Ahora entendía la dimensión de su interés. Apenas los miré, supe que no había manera de frenar el proyecto: se construiría.

La leyenda decía que un poeta griego, de nombre Simónides, se hallaba en un banquete cuando le dijeron que dos muchachos lo buscaban fuera del recinto. Extrañado, se levantó de la amplia mesa y salió a atender el llamado. En cuanto estuvo fuera, la edificación se desplomó de súbito. Como no encontró a los dos muchachos, el poeta entendió que se había tratado de unos dioses que le habían salvado la vida. Pronto se acercó la gente del rumbo y comenzó a despejar los escombros, pero a los familiares de las víctimas les fue imposible reconocer a los suyos debido a la destrucción de los cuerpos. Fue entonces que Simónides reconstruyó el recinto en su cabeza, se vio a sí mismo en el banquete y comenzó a nombrar a los presentes conforme a su ubicación en la mesa. De este modo, con la distribución espacial, se recuperó la identidad de los fallecidos.

León me contó la historia con dramatismo y labia. Así había nacido la técnica más eficiente para trabajar la memoria, decía. El método de *loci*, como se le designó desde aquel tiempo, sostenía que es más eficiente recordar información cuando se la relaciona con figuraciones espaciales. Para demostrarlo, mi padre me puso el ejemplo con una lista de palabras escogidas al azar. Si intentaba

memorizarlas repitiéndolas en voz alta o a través de la mirada, el resultado era pobre: sólo lograba retener unas cuantas y no siempre en orden. Luego me condujo por el ejercicio de cerrar los ojos, visualizar la casa en que vivíamos e imaginar un recorrido desde la entrada hacia mi recámara, pasando por varias estancias; el encargo era ir dejando una a una las palabras de la lista en lugares determinados, como el piano de Vilma o la mesa de la cocina. Fue divertido. En la puerta de la entrada coloqué la palabra tristeza, por ejemplo, y en el primer peldaño de la escalera, diócesis. Había que formar una imagen específica relacionada con la palabra, puesto que no se puede darle forma a un concepto, pero si lo lograbas terminaba por ser, en efecto, memorable. Así pude retener más de una docena de palabras.

Al final del ejercicio, León dijo:

—Uno de los mayores problemas de esta técnica es que necesitas tener en la mente varias construcciones, poder visualizarlas nítidamente. Y la gente por lo general sólo dispone de una o dos, que con el tiempo son insuficientes para contener una buena cantidad de información. El diseño de la casa que vamos a construir soluciona este problema.

Marta acostumbraba levantarse temprano para que los primeros rayos del sol la pillaran practicando yoga. Salía a la cancha de tenis y colocaba una toalla en el césped, siempre en el mismo cuadrado de saque. Las mañanas que despertaba a tiempo, me asomaba por la ventana de mi recámara y la veía enroscar su belleza en intrincados estiramientos. El cielo se iba azulando primero y enrojeciendo después, y el

canto de los gallos no se detenía durante la hora que duraba su práctica. Verla era mejor que seguir soñando.

Nunca me enteré cómo, pero Marta logró que Vilma y León se le unieran en el yoga. Aunque los mirara por la ventana, no lo terminaba de creer. Vilma, la gran gata de interior, la que rehuía del sol a toda costa, ella, que no prestaba las manos a tareas comunes como la limpieza o los abrazos, estaba ahora ahí, con el pelo recogido, realizando una a una las doce posturas del saludo al sol, y a su lado, León, en pantalón de manta y a menudo sin camiseta, tratando de controlar su respiración y de vaciar la mente, él, que andaba siempre bien arreglado, que se había pasado la vida bebiendo libros uno tras otro, que me enseñaba a jugar tenis porque era un deporte que los caballeros debían aprender. Era fenomenal.

Algunas veces bajaba con ellos. Disfrutaba hacer los ejercicios y poner a prueba mi elasticidad, pero me costaba trabajo concentrarme en la meditación final. Para mí, era elemental la soledad para perderme en mi pensamiento, o perder el pensamiento, como quería Marta. Además, sentado ahí en la cancha de tenis, no podía pensar en otra cosa más que en ella y su pecho pecoso y sus ojos verdes y sus piernas repletas de magníficos hematomas. Marta apreciaba el yoga como una experiencia espiritual, pero para mí admirarla a ella era la experiencia espiritual. Si la sesión marchaba bien, ella terminaba con una ligera sonrisa que le duraba casi hasta el anochecer; yo terminaba con una también, un tanto más duradera y fogosa.

Un domingo mi padre, el profesor Atwood y yo salimos a dar un paseo por La Compañía. El cometido era encontrar la parcela en que

se construiría la casa de la memoria. León visualizaba la construcción en medio de una arboleda, un tanto escondida. Recorrimos la finca con el ojo bien despierto. Fue una experiencia muy singular: estábamos en busca de un espacio libre en un terreno vacío casi en su totalidad. Era como buscar un específico vaso de agua en una piscina repleta.

Hallamos un claro que nos gustó a los tres por su planicie y verdor, no muy lejos del río. Mi padre le pidió al profesor que se quedara en un punto, me condujo a donde calculó quince metros y luego él se alejó otros quince. Una vez formada la línea recta, miramos por unos instantes nuestra distancia.

Me volví hacia mi padre y dije:

—Es grande.

Y enseguida, hacia el profesor:

—Es grande.

El profesor apuntó hacia nosotros con un dedo y dijo:

—Treinta metros.

Su voz llegó a mí y siguió su camino hasta mi padre.

León aprovechó una ráfaga de viento para responder lo siguiente:

—Es lo preciso.

No alzó la voz, pero se escuchó bien su mensaje.

Nos reunimos en donde yo estaba parado. El profesor Atwood dijo que él se encargaría de encontrar el árbol apropiado para el centro de la casa.

—Puede ser uno frutal —dije yo.

León y el profesor se pusieron a hablar de los costos de la obra. Yo me entretuve con el pensamiento de que, si todo salía bien, mi memoria anidaría en ese pedazo de tierra; de pronto, no parecía tan grande.

—La clave es simplicidad. No queremos que los costos se disparen —dijo León—. He decidido, por ejemplo, que no hay necesidad de montar techo alguno. Todo será a cielo raso. Suena arriesgado, lo sé, pero no olvidemos que esto no es una casa común. No va a haber instalaciones de plomería ni electricidad, no habrá baño ni cocina. Y lo mismo con los materiales, nada de acabados meticulosos. Los muros serán de ladrillo, el piso de piedra. En toda la construcción no habrá una sola puerta, ni en las entradas ni en las habitaciones. Nada de eso es necesario. Lo mismo con el techo. No hace falta.

Caminamos en círculos por la parcela. El profesor y yo le hacíamos todo tipo de preguntas a León y él contestaba a detalle hasta las más específicas, enfocando la mirada sobre la nada y trazando líneas con las manos. Cuando yo no entendía algo, me decía: «Sólo intenta imaginar dos pasillos que se cruzan a la mitad. Así de fácil. Los pasillos tienen dos metros de ancho. A cada lado hay habitaciones y en el centro, un árbol. Eso es todo». En más de una ocasión me tomó del brazo y me condujo de punta a punta por ambos pasillos. «Ingresas por cualquier entrada. Avanzas diez metros y tienes cinco habitaciones a la derecha y cinco a la izquierda. Son pequeñas, de dos por cuatro metros. Ahora estás en el patio. Para cruzarlo hay que rodear un poco el árbol. Luego sigue el pasillo otros diez metros y aquí también tienes cinco habitaciones a la derecha y cinco a la izquierda. Todas son idénticas».

Una semana más tarde, un grupo de hombres comenzó a trabajar en los cimientos.

De tanto escuchar sobre el método de *loci*, llegué a la conclusión de que lo que hacía mi amigo con sus tesoros enterrados era una operación similar. En todo momento Osi era capaz de decir la ubicación exacta de los objetos que tenía escondidos por la finca. Lo hacía sin ningún esfuerzo y eso me quitaba un poco la oportunidad de asombro, pero, visto con calma, su memoria era un portento. Un día quise comprobarlo. Tomé papel y lápiz y le pedí que hiciera un recuento de sus pertenencias enterradas y la ubicación. El patrimonio sumó cuarenta y ocho piezas. A Osi no le impresionó la cifra, aunque sospeché que era porque no la dimensionaba. Luego fuimos a verificar la información, tarea que nos llevó dos mañanas en el campo. Además de que todo estaba justo donde había dicho, en el trayecto Osi recordó casi una decena de objetos más.

Los días siguientes experimenté un poco. Junté un montón de objetos que nadie extrañaría en casa y le propuse a Osi que los enterráramos por ahí. Mi plan era, primero, hacer que su colección llegara a la centena, y después medir la pericia con que él había de recordar la ubicación de los objetos. Dibujé un rudimentario mapa de la zona para tener un registro completo de los tesoros. Cuando le conté el plan a Osi, no les dio mucha importancia a los pormenores, pero se emocionó con el montón de objetos. Había llaves, figuras de madera, cubiertos de mesa, pinceles, botellas, naipes, monedas, tornillos, entre muchas cosas más. Pusimos todo en una canasta y nos echamos a andar por el campo.

Osi tenía una especie de instinto para elegir los sitios. De repente lentificaba la marcha, como si hubiera detectado algún olor, y entonces echaba un vistazo al entorno y daba unos pasos para allá y otros para acá, hasta detenerse en un punto. Yo había tomado una

pequeña pala que usaban en casa para el jardín, pero a él le gustaba escarbar con las manos. A veces se acuclillaba y echaba la tierra a los lados y otras veces abría las piernas y la proyectaba hacia atrás, como los perros. También cavilaba un segundo sobre la pertinencia de los objetos; comparaba pesos y tamaños e incluso a veces introducía unos cuantos al agujero antes de decidirse. Era un arte. Durante el camino, yo fui marcando en el mapa la ubicación de los tesoros.

Al final, nos quedamos muy cerca de los cien objetos, pero no continuamos. Era una actividad extenuante. Ya solo en mi recámara, puse en orden el mapa y el registro y luego dejé pasar el tiempo, dos semanas para ser exactos. En ese lapso no hablé del asunto con nadie y evité toparme con Osi. Me distraje con la armónica y las lecciones con el tutor y el proyecto de la casa de la memoria. Cuando llegó el momento, invité a Osi a tomar algo al porche de la casa. El examen que le hice consistía en dos pruebas. En una, le mencionaba un objeto y él debía especificar la ubicación; de quince consultas, sólo erró una. En la otra prueba, yo le describía la ruta que mi dedo iba haciendo sobre el mapa y él tenía que decir los objetos por los que pasaba. Sin que yo se lo sugiriera, Osi cerró los párpados. La claridad con que respondía me hizo pensar que en verdad era dueño de una mente especial. Sin embargo, fue él mismo quien terminó por refutarme: «Para esto no se necesita cabeza. Se necesitan ojos».

Una vez concluido, le conté a mi padre sobre el pequeño experimento y le mostré el mapa de los objetos. Le emocionó el hecho de que me hubiera interesado en la mecánica de la mnemotecnia, pero no compartía mi asombro por la memoria de Osi.

—Cuando terminemos la construcción, vas a entender el verdadero alcance del proyecto. Para memorizar ese mapa sólo tendrás que colgarlo en el muro de una habitación, así de sencillo.

—¿Colgarlo en un muro?

—De una habitación de tu mente.

En los meses de construcción visitaba la obra a diario. León me lo pedía. «Es fundamental». Por las tardes, él me acompañaba y recorríamos los pasillos una y otra vez, como locos, hasta el hartazgo. «Sumérgete, Porfirio —me decía—. Trata de incorporar este espacio en lo más hondo de tu mente». Íbamos antes de la cena, cuando mi padre volvía de la oficina. Arrojaba el portafolios en la biblioteca, se ponía botas y salíamos de casa. Nunca pasamos tanto tiempo juntos como en aquellos meses. En el camino hablábamos de la obra y del proceso de la configuración mental que yo debía hacer. Para esa hora los albañiles se habían marchado y la obra estaba vacía. Me gustaba así. León se ocupaba mirando detalles constructivos y yo podía estar en el lugar con tranquilidad. Buena parte de mi trabajo era eso: estar. Aunque pareciera simple, decía León, aquello era significativo. Se refería a que debía sentarme en las habitaciones un rato, tocar los muros y moverme de un pasillo a otro.

Por las mañanas la experiencia era muy distinta, debido a la presencia de los albañiles. En las visitas con mi padre me daba la sensación de estar en un lugar solemne, casi religioso, y eso se esfumaba por las mañanas con los albañiles, que desconocían el significado de la obra. No solía quedarme mucho tiempo; tan sólo hacía unos cuantos recorridos y luego regresaba a casa. Entre los albañiles había

un hombre que me molestaba en particular. Se llamaba Domingo; tenía los ojos manchados de amarillo y algunas canas le comenzaban a salir sobre las orejas. El resto de los albañiles no me prestaban demasiada atención, apenas me saludaban, pero él me veía con cierta intensidad y me decía cosas como: «¿Qué tal ha dormido, su majestad?». Y a pesar de que nunca le seguía el juego, él persistía: «Si se le ofrece algo, estamos para servirle, príncipe».

En una ocasión me hallaba haciendo estiramientos en una de las habitaciones, cuando Domingo se recargó en el quicio de la entrada.

—Me imagino que vives con miedo, ¿no? Yo lo haría —dijo, mirándose las uñas.

Yo continué con lo mío, en el suelo.

A lo lejos se escuchaban las voces de los albañiles.

—De hecho, yo estaría cagándome en los pantalones.

Los muros de la habitación eran de ladrillo; el piso, de piedra.

No había techo.

—La revolución está creciendo y algunos comienzan a decir que va a triunfar.

—¿Qué quieres, Domingo? —dije, incorporándome.

El sol entraba en diagonal en la habitación y su luz me pegó de pronto en el rostro.

Él se miraba las uñas y las mordía, sin interés.

—Es cosa de meses. Y cuando suceda, la revolución se va a encarar de ustedes. ¿Has escuchado de la guerrilla? ¿Sabes lo que significa?

—Déjame en paz.

Debía tener cuidado con crear memorias en la construcción. Mi padre me lo había advertido. Si creaba un recuerdo poderoso en

alguna de las estancias, éste ocuparía el espacio y no podría jamás almacenar nada ahí.

—¿Qué vas a hacer cuando seas uno de nosotros, eh?

—¡Fuera de aquí! Mi padre me tiene prohibido hablar con ustedes.

Domingo abrió las palmas en señal de acuerdo y retrocedió un paso.

—Sólo pensé que deberías saberlo. Algo para dormir.

—Largo.

—Lo que usted mande, majestad.

En otra ocasión fui a la construcción a la hora en que los albañiles tomaban el almuerzo. Se sentaban a la sombra de unos árboles cercanos y bebían ron. Ese día me había propuesto permanecer en el patio, lugar que atendía poco. Quería recostarme ahí y mirar, realmente mirar, cada piedra del piso; acaso también contarlas. La intención no me duró mucho, pues a los pocos minutos sentí una presencia a mis espaldas.

—¿Qué tal las cosas en el reino, príncipe?

—Extraordinario. Todo está extraordinario.

Al centro del patio había un recuadro de tierra en el que se plantaría un árbol. El profesor Atwood aún no había hecho una elección.

—Me alegro. En verdad. Quiero que las cosas sigan así hasta el momento en que llegue la revolución y los saque de aquí a todos ustedes a patadas. ¿Prometes no llorar?

De golpe se desvanecieron en mi mente los números que les había asignado a las piedras del piso.

—Si me dejas solo, te prometo lo que quieras, Domingo.

Me puse de pie y me volví hacia él. Estaba recargado en un muro y jugaba con un mango que llevaba en las manos.

—La gente dice que ya se escuchan los disparos.

—No me interesa.

—Que es cosa de semanas.

—No me interesa.

—Que Cuba será libre.

—No me interesa.

—La gente dice muchas cosas, ¿sabe, majestad?

—No me llames así.

—Cosas muy locas, pero cosas muy curiosas.

—Si no me dejas en paz le voy a contar a mi padre esto que haces, que me dices.

—Bueno, ya escuchaste lo que dicen de él, por ejemplo, ¿no?

—Esta noche se entera de ti y lo molesto que eres.

—Don León Belmonte, el amo, el señor, el jefe.

—Puedes irte despidiendo de tu trabajo.

—Las cosas que dicen de él y de esa chica que vive con ustedes.

Seguro las has escuchado, ¿no?

Domingo comenzó a caminar alrededor de mí, lento, lanzando el mango al aire con una mano y atrapándolo con la otra.

—¿Le pasa algo, príncipe? ¿De pronto no hay nada que decir?

Fuera, los albañiles estarían recostados sobre la hierba, tomando una siesta.

—Algo me hace creer que no es la primera vez que escuchas esto. Don León y la señorita Marta, ¿quién lo diría?

—Cierra la boca.

—A mí también me tomó por sorpresa. Muy serio que se ve el jefe y, mire usted, resulta que no lo es tanto.

—Cierra la boca.

—Y tu madre. ¡Ha de estar destrozada! Tal vez yo la pueda consolar. Nunca he montado a una reina.

—¡Que cierres la boca, negro de mierda!

Me lancé sobre de él con toda la fuerza que pude reunir y le pegué en la entrepierna. Domingo cayó de rodillas, aunque reía. Levanté el mango, que había rodado por el suelo, y se lo arrojé al rostro, pero fallé. Luego me eché a correr, llorando. Domingo no paraba de reír.

Nunca nos volvimos a ver. Él no se apareció más por la finca. Yo no le conté a nadie el episodio.

León y yo jugábamos tenis los fines de semana. Mi madre y Marta se sentaban bajo una sombrilla y tomaban vino espumoso. Cuando sentía que mi padre me daba alguna ventaja, se lo hacía notar. Él sonreía y lo negaba. Me gustaba correr por cada pelota y aventarme sobre el césped en los casos extremos. Era un ejercicio completo.

Cada tanto León me hacía observaciones desde el otro lado de la cancha.

—Estás golpeando la pelota atrás, Porfirio. El golpe siempre es delante del cuerpo.

Me lo decía sin enfado, pero si comenzaba a corregirme demasiado Marta intervenía a mi favor:

—Yo creo que estás haciendo un buen trabajo.

Que ella me creyera delicado me molestaba más que las observaciones de mi padre.

Vilma, por su parte, hacía el trabajo de juez de línea. Seguido llevaba sombrero y gafas de sol, y su atención estaba por todas partes excepto en la cancha. Me daba risa la manera en que cantaba sin

titubear las pelotas más polémicas, a veces incluso antes de que tocaran el suelo. Al cabo de un par de largas discusiones, todos aprendimos a respetar que los únicos ojos con voz eran los suyos.

En un momento dado, mi padre soltaba la raqueta, se dejaba caer y decía: «No puedo más», pero yo sabía que en realidad lo estaba haciendo por mí. Entonces nos acercábamos a la sombrilla y pretendíamos abrazar a Vilma y a Marta, que se levantaban de un salto para no salpicarse de sudor. Mi padre y yo nos tumbábamos a la sombra y bebíamos agua.

Marta tomaba las raquetas y le ofrecía una a Vilma. «Vamos, juega conmigo». Mi madre se resistía con el alegato de que era una bobada y se alejaba unos pasos, pero Marta suplicaba: «Una sola partida, te lo prometo. Quiero practicar mi saque», y le ofrecía la raqueta de nuevo. Sin falta, Vilma terminaba aceptando.

Jugaban sin pelota. Una simulaba sacar y la otra, responder. Tenía su gracia. Algunos puntos se extendían por minutos y otros se ganaban con el saque. «Te he mandado una bola alta», decía una. «La he devuelto hacia tu lado izquierdo», decía la otra.

León y yo las mirábamos, entretenidos por lo mal que soltaban los golpes. A veces yo cantaba una pelota como red o fuera, y ellas protestaban, divertidas. Como ambos habíamos sudado, mi padre y yo nos podíamos abrazar.

La obra quedó terminada el día en que plantamos el guayabo que el profesor Atwood había escogido para el patio central. «Tu memoria va a tener perfume, muchacho —me dijo el profesor—. El olor de la guayaba».

Mi madre y Marta conocieron la casa ese día. Mi padre las condujo por el edificio y les explicó los detalles. Dijo estar satisfecho con el proyecto, tanto con la hechura como con el diseño, aunque en un punto del recorrido comenzó a murmurar: «Es una locura», como disculpándose. Decía que por momentos lo atacaba el pensamiento de que había llevado las cosas un poco lejos y estimaba la casa como una terquedad desmedida. A pesar de esto, se veía contento: golpeaba los muros con las manos abiertas y asentía.

Al final del recorrido, nos reunimos en el patio con el profesor, que le daba de beber al vástago recién plantado. «No se moleste. No tarda en llover», dijo Vilma y se fue a una de las esquinas del patio. El cielo, en efecto, estaba nublado. Vilma se volvió hacia León, levantó los hombros y dijo: «Yo no veo una sola pizca de locura».

Marta y yo comenzamos a perseguirnos por la casa. Cuando me alcanzaba, me hacía cosquillas en las axilas y yo la abrazaba con todas mis fuerzas para sofocarla. Entrábamos a una habitación y luego a otra y nuestras risas salían disparadas al cielo. Mis padres y el profesor Atwood platicaban en el patio. En cada habitación el abrazo era diferente y nuevo, y a lo largo de la persecución las cosquillas que Marta me hacía se fueron convirtiendo en un abrazo también.

Con el tiempo nos cansamos y nos sentamos en una habitación, en el suelo.

—Con que así se ve tu cabeza, ¿eh?

—Esa es la idea.

—Me gusta.

—¿Cómo se ve la tuya?

—No lo sé. No puedo verla.

—Vamos, intenta.

Marta cerró los ojos.

—Creo que sería como el ropero de mi mamá. Tenía un ropero enorme, con muchos cajones, y yo jugaba todo el tiempo ahí, con sus vestidos.

Marta abrió los ojos, sus verdes ojos, y una llovizna apática empezó a caer sobre nosotros.

—Vamos a hacer algo, Porfirio.

—De acuerdo.

—Vas a congelar este momento. Justo ahora. Nosotros sentados, hoy. Siempre vamos a estar aquí, sentados, en tu mente.

—No puedo.

—Y siempre me vas a poder encontrar en esta habitación.

—Me gustaría, en verdad, pero no puedo. Afectaría todo el proyecto.

—Ya.

—Sí, nada de recuerdos nacidos aquí.

—Pero ¿y este día? ¿No lo vas a recordar?

—Desde luego. El detalle es que voy a archivarlo, por ejemplo, en una estantería en esta habitación.

—Aquí no hay nada.

—Una estantería imaginaria.

—Ah.

—Si generara un recuerdo poderoso de nosotros en esta habitación, ya no podría guardar aquí nada más, nunca. La habitación estaría llena.

Mi padre nos llamó desde el patio. La llovizna se había hecho lluvia.

—Entonces vamos a hacer otra cosa, Porfirio.

—Sí.

—Me voy a ir ahora y voy a escoger una habitación al azar, entre todas. Tú te vas a quedar aquí y vas a tratar de adivinar cuál ha sido. Me voy a sentar en esa habitación y te voy a imaginar aquí. ¿Eso se puede?

El viento mecía los árboles de alrededor y el sonido era delicioso.

—Sí, creo que sí.

—Recuerda la sensación, Porfirio.

—Sí.

—La sensación de mí.

Minutos después la lluvia arreció y corrimos de vuelta a casa. Vilma y Marta tomaron la delantera. Yo anduve al ritmo de mi padre hasta que me di cuenta de que el profesor Atwood se había rezagado. Decidí esperarlo porque en realidad a mí no me importaba la lluvia; la gozaba, incluso. Cuando llegó a mi costado, el profesor dijo: «Una cosa curiosa, muchacho. He estado pensando. Verás, la vida del árbol que hemos plantado es de treinta a cincuenta años. Luego muere. Pero en tu cabeza, una vez que crezca, el árbol no va a envejecer». Mi padre aceleró el paso hasta alcanzar a mi madre y a Marta.

El año de 1958 se perfilaba hacia el final. Aunque desde hacía dos años la nación vivía en guerra, ésta había sido casi imperceptible en La Compañía. La situación se agravó cuando los enfrentamientos, que antes se escuchaban como exclusivos del oriente, fueron ocurriendo cada vez más al centro del país, más cerca de nosotros. De pronto ya no fue posible seguir desatendiendo la lucha en que se enfrentaban el ejército rebelde y el cubano. Los obreros y los

campesinos del rumbo se incorporaban a las filas guerrilleras por decenas; tan sólo el central Soledad perdió un tercio de su gente.

Uno de los primeros aires de fatalidad lo trajo consigo el profesor Atwood la mañana en que entró a la biblioteca y nos anunció a mi padre y a mí que la Universidad de Harvard le pedía abandonar el país por cuestiones de seguridad. «Las cosas no pintan bien para el régimen», dijo. Debía volver a Boston cuanto antes. El jardín botánico se quedaría a cargo de algunos jardineros de confianza y el laboratorio de investigación cerraba sus puertas hasta que las cosas se calmaran. León y el profesor intentaron hablar de la guerra y de política, pero el interés no les duró mucho. Resolvieron que sería más apropiado sentarse frente al tablero de go y jugar una partida. Durante dos horas los miré despedirse por medio de las piedras; algunas veces incluso se reían con los movimientos estratégicos del otro. Disfruté alternar mi perspectiva entre las espaldas de ambos, como si aquello fuera una partida de póquer y yo les echara un vistazo a sus cartas. Al final, se levantaron y se dieron un abrazo, el único que les vi darse en esos años de amistad. Antes de que Vilma y Marta entraran a despedirse, el profesor le dijo a mi padre: «Hay que estar listos para todo, amigo». A partir de entonces los días me parecieron un poco grises.

León comenzó a pasar más tiempo en casa. Como en buena parte de la isla, la vida cotidiana se había frenado en Cienfuegos, y ello lo forzó a suspender los proyectos de la oficina. La medida no significó descanso para él. Puso en marcha reparaciones y trabajos en la finca, amarró varias ventas de ganado y, tomando el consejo del profesor, se propuso poner las cosas en orden por si

la estabilidad política se venía abajo. «Debemos estar preparados para salir de viaje en cualquier momento», dijo en la mesa familiar.

El reloj apenas avanzaba. En casa había más quietud de lo normal, y todos mirábamos con obsesión por la ventana, esperando que algo emergiera en el horizonte. Pero no ocurría nada.

Vilma se refugió detrás del piano. Trabajó día y noche en una nueva colección de composiciones. Por primera vez pude escuchar su obra original de lleno. Las piezas eran simples y tristes, y me parecieron una musicalización diáfana de las conversaciones de sobremesa que ella disfrutaba tener. A su lado, Marta se abstraigo del mundo en los libros. Leía sin orden ni preferencia; bien podía estar leyendo un tomo de enciclopedia o una novela de misterio. Siempre que Vilma tocaba el piano, Marta leía, recostada en un sofá de la sala chica. Tan firme llegó a ser esta dependencia que si a Marta se le antojaba leer tenía que pedirle a Vilma que se pusiera al piano.

León y yo aprovechamos la oportunidad para introducirnos a fondo en el proyecto de la casa de la memoria. Sobrellevábamos el lento paso del tiempo haciendo distintos ejercicios de entrenamiento. Mi preferido era el juego de Kim, que mi padre había sacado de la novela homónima de Rudyard Kipling. Consistía en lo siguiente: León acomodaba en un tablero de ajedrez un puñado de objetos y los cubría con una franela; los objetos podían ser joyas, monedas, utensilios, lo que fuera. Quitaba la franela y yo miraba el tablero por un minuto exacto; cuando lo cubría de nuevo, yo debía enlistar los objetos.

—Lo que tienes que hacer, Porfirio —decía—, es tomar cada una de las cosas que ves e irlas acomodando en las habitaciones de tu mente. Ingresas por cualquier entrada de la casa y acomodas

en la primera habitación a tu derecha el lápiz; en la primera a tu izquierda, el arete de Vilma; en la segunda de la derecha, la navaja de rasurar. Cuando las habitaciones del brazo se terminen, caminas al siguiente y continuas. Y así por toda la casa.

La dinámica funcionaba. Siempre comenzaba a almacenar los objetos en el brazo norte y continuaba en sentido de las manecillas del reloj, es decir, hacia el brazo este, luego hacia el brazo sur y por último hacia el oeste. Desde el inicio pude retener alrededor de doce o quince objetos, pero tras unas semanas ya jugábamos con treinta; de hecho, el problema más tarde fue conseguir objetos nuevos. Al cabo de unos cinco juegos de Kim necesitaba recostarme unos minutos y cerrar los ojos. La cabeza se me agotaba y debía recorrer la casa e ir vaciando una a una las habitaciones de mi mente.

También entrenábamos con la baraja. Nos sentábamos frente al escritorio y León soltaba, una tras otra, las cartas, hasta que yo perdía el hilo y me echaba hacia atrás. En vez de mirar todo al mismo tiempo, como con los objetos, las cartas las miraba una a una y sólo por unos segundos, puesto que se iban apilando. Este ejercicio me costaba mucho más trabajo. Para almacenar los objetos sólo debía transportar su configuración física a mi mente, pero con las cartas no podía hacer esto. El ocho de corazones y el as de diamantes, por ejemplo, eran objetos idénticos en cuanto a textura, peso y dimensión; lo único que los diferenciaba era el significado. «El problema es que no se puede almacenar el concepto abstracto de nada», me explicó León. La solución era crear una imagen por cada una de las cartas de la baraja y almacenar eso. El ocho de corazones eran ocho pájaros rojos enjaulados y el as de diamantes, un naranjo en una maceta de barro. A pesar de que aún estaba lejos de memorizar el orden de una

baraja completa, mi padre y yo creamos las cincuenta y dos imágenes juntos y desde entonces aquello fue lo que acomodaba en las habitaciones. León tiraba veinte cartas sobre la mesa y enseguida me entregaba otro mazo para que yo replicara el orden. El proceso fue lento pero progresivo, y el ambiente de entusiasmo y camaradería hacía las sesiones amenas; aquello nunca dejó de ser un juego.

Un día, después de un ejercicio, mi padre dijo:

—Cuarenta y dos cartas. Estás cerca, Porfirio. —Yo me levanté del escritorio e hice un baile de celebración—. Una pregunta solamente —me interrumpió—. Si en tu mente sólo hay cuarenta habitaciones, ¿cómo has podido recordar más cartas? ¿Dónde colocaste las dos sobrantes?

Detuve en seco el baile y cerré los ojos. No había pensado en eso. Volví a hacer el recorrido por los cuatro brazos de la casa y descubrí lo que había sucedido:

—El rey de tréboles, el gato negro, se está lamiendo el cuerpo debajo del guayabo. El dos de corazones está en el brazo sur. Un globo terráqueo gira a la mitad del pasillo.

León había anticipado esta situación en el diseño de la casa. La organización, decía, era fundamental. Si empezaba a colocar objetos por ahí, fuera de las habitaciones, me sería difícil después recordar el orden. El remedio estaba escondido en el diseño. Así me lo reveló:

—La clave es crear rutas dentro de la casa. La ruta que siempre utilizas inicia en la entrada norte y se mueve en el sentido de las manecillas hasta terminar en el brazo oeste. Cuando satures las cuarenta habitaciones en esa ruta, sólo hay que iniciar otra. Digamos que después entras a la casa por el acceso este. Debes ver las habitaciones vacías porque es otra versión de la casa, ¿entiendes? Ahora vas a

acomodar primero los objetos en el brazo este y luego en el sur y el oeste, y vas a terminar en el brazo norte. Son otras habitaciones, de alguna manera. Y lo mismo cuando hagas una ruta que comienza en el sur o el oeste. Con estas cuatro rutas solamente, tienes ciento sesenta habitaciones para llenar. Por el momento eso es más que suficiente, pero sospecho que podrías liberar cuatro rutas más si avanzaras en sentido contrario a las manecillas del reloj. Ya veremos.

El 23 de diciembre, después del desayuno, decidí salir al campo y buscar a Osi. En casa habían comenzado los preparativos para la cena de Navidad y no me apetecía pasar la mañana ocupado con una labor doméstica ni con el sacrificio del cerdo. Hacía mucho que no veía a Osi; los entrenamientos con mi padre me habían robado la atención por completo. Quería verlo y regalarle una caja de cachivaches que había reunido.

Al salir, pensé que sería conveniente seguir el camino de sus tesoros. El día estaba un poco nublado. Todavía se sentía una tensión en el aire por aquello de la revolución, pero la vida en La Compañía se mantenía en la quietud de siempre, y en especial durante esos días de fin de año. Desde hacía un tiempo, el único movimiento eran los aviones militares que cruzaban el cielo.

El camino de los tesoros era largo y a la mitad me detuve a descansar. En la caja de los cachivaches que llevaba había también algunas prendas y unos zapatos que ya no utilizaba. Vilma me había forzado a meter esto y dárselo a Osi, pero a mí me daba vergüenza. Preferí escalar un gran árbol y esparcir la ropa por las ramas. Me llevó un buen rato, pero al final la imagen me pareció encantadora;

era verosímil suponer que un torbellino había pasado por ahí. Después me recosté al pie del árbol y me puse a tocar la armónica.

Osi, acaso atraído por la suave música, llegó media hora más tarde. Iba descalzo y con el pecho descubierto. Se plantó a varios metros de mí y se quedó mirando el árbol.

Pero qué diablos, dijo.

¿Te gusta?

Negó con la cabeza.

Hace mucho que no te veía, Osi.

Sí.

Osi tenía los puños bajo la cadera, colgando como frutos.

Mira, te he traído esto. Para enterrar.

Cogí la caja y di un paso hacia él, pero su cuerpo se estremeció y de inmediato retrocedí.

Hay cosas que te pueden gustar, le dije.

Tú y yo ya no somos amigos, Porfirio.

Hay una lupa fabulosa.

Los hombres del central se han unido a la revolución.

Y un reloj de arena.

Mis hermanos también.

Osi avanzó unos pasos y ahora fui yo quien se estremeció.

Esto es una guerra y la vamos a ganar, dijo.

Yo no tengo nada que ver con eso, Osi.

Nosotros somos los oprimidos y ustedes nos explotan.

Yo no soy tu enemigo.

Los centrales son el enemigo, el gobierno es el enemigo, tu papá es el enemigo.

Solté la caja de cachivaches al suelo.

Lamento que lo veas así.

Vamos a ganar.

Suerte con eso.

Osi le echó una mirada al árbol a mis espaldas y contrajo el rostro.

Maricón.

Negro.

Osi se echó a correr hacia mí, maldiciendo. Yo quise hacer lo mismo, sólo que mis pies no respondieron. Después de la embestida, rodamos por el suelo. Conseguí conectarle un par de golpes en el rostro y el cuello, pero un puñetazo en la nariz me sacó pronto de la contienda. Tuve que ovillarme y cubrirme la cabeza con los brazos. Osi me siguió golpeando en el rostro por los huecos que encontraba y luego me pateó en las costillas.

Maricón, volvió a decir.

No contesté.

Vamos a ganar, te lo digo. El pueblo.

Osi se marchó. Yo me quedé ahí tirado, sin parar de llorar. El corazón me latía a todo vapor. Cuando me calmé, fui al río a lavarme el cuerpo. Dejé los cachivaches y la ropa en el árbol, y mi armónica también.

El primer día del año de 1959 desperté muy temprano, cuando el cielo apenas era color lila. La trama de la pesadilla que soñaba desapareció de mi mente en cuanto abrí los ojos, pero el espanto se quedó en mi pecho. El tenue resplandor del amanecer entraba por la ventana de mi recámara. Cuando entendí que no iba a volver a dormir, me levanté de la cama y me puse las pantuflas; quería ir

a la sala grande y encender el radio. Antes de bajar por la escalera, me detuve ante la puerta de la recámara de mis padres y pegué la oreja. No escuché nada.

La tarde anterior León, Marta y yo la habíamos pasado escuchando las noticias en el radio. En la ciudad de Santa Clara se estaba librando una impetuosa batalla. «Si cae la ciudad, la revolución gana el control», dijo mi padre. La señal radiofónica iba y venía, y había que saltar de estación a estación; lo confuso era que lo que decían en una era desmentido en la otra. Aunque Marta no separaba los labios, su talante me generaba una mala corazonada. Cada vez que me miraba abría demasiado los ojos, levantaba las cejas y sonreía sin ganas.

Hacia las ocho de la noche mi madre entró en la sala y encendió las luces. El atardecer había oscurecido y nadie de nosotros lo había advertido porque la visión la teníamos en las crónicas que escuchábamos.

—Suficiente. Nada más de guerra hasta mañana —dijo Vilma y apagó el radio.

Nos desalojó como a las gallinas y nos movimos a la sala chica. Ahí el aire era mucho más ligero. Ellos abrieron una botella de vino y yo tomé un refresco de cola. Vilma se puso al piano y comenzó a tocar una alegre melodía de jazz. El año de 1958 agonizaba.

Aprovechando que mis padres aún dormían, me serví una porción de la tarta de la noche anterior y me dirigí a la sala grande. Apenas encendí el radio, lo comprendí: había triunfado la revolución. En todas las estaciones lo anunciaban. El presidente de la república había renunciado y había escapado en un avión. No entendía bien lo que significaba todo aquello, pero tuve que dejar a un lado la tarta.

Apagué el radio y me puse de pie. El cuerpo me temblaba. Subiría a despertar a mis padres y les contaría lo que había sucedido ayer en Santa Clara. No sabía qué, pero intuía que había que hacer algo. Caminé por la sala de lado a lado. Quería calmarme un poco. A León no le hubiera gustado verme así de alterado. «Con el tiempo, Porfirio, la casa de la memoria te va a servir también para organizar tus sentimientos», me había dicho por esos días. La noticia de la revolución me retumbaba en la cabeza y el espanto de la pesadilla aún me oprimía el pecho.

La cena de Año Nuevo, la noche anterior, había sido especial porque Vilma la había preparado en su totalidad, ella, que nunca prestaba las manos para la cocina. Como se había negado a recibir la ayuda de nadie, al final gozó íntegros los elogios de tan magníficos alimentos. En la sobremesa, Marta pidió la palabra para agradecernos a mis padres y a mí por tenerla en casa. «Ustedes son lo más valioso que tengo», dijo con una voz que flaqueaba. Después se despejó la garganta con un trago de vino. «Perdonen la cursilería».

Antes de la medianoche, los cuatro admitimos echar en falta al profesor Atwood y León prometió que le escribiría. El sueño me iba venciendo poco a poco, pero me resistía a marcharme sin recibir el nuevo año. Me distraje levantando la mesa y haciendo algunas flexiones de yoga.

A las doce hubo que imaginar las campanadas, puesto que el reloj de la casa no las daba. Intercambiamos abrazos y felicitaciones y, sin más, me dispuse a subir a mi recámara.

—Te acompaño —dijo Marta y nos enfilamos hacia la planta alta.

Me metí a la cama y ella se sentó a un costado y me acarició el pelo. Le pedí un abrazo más de Año Nuevo y nos entrelazamos

por un lapso indefinido. Sentí su cuerpo más cerca que nunca. Mi boca estaba sobre su cuello y ella ronroneaba como gato. «Te quiero mucho, Marta», alcancé a decirle antes de que su calor me diera el golpe final de letargo y me quedara dormido.

Ahora la mañana comenzaba a clarear. Un tanto más calmado, subí por la escalera. Entraría a la recámara de mis padres y tomaría asiento junto a León. Le movería el brazo. Él se quejaría dos veces y luego abriría un ojo. «¿Qué pasa, Porfirio?», diría con la voz ronca. «Triunfó la revolución —respondería yo—. El presidente se ha marchado». Mis palabras serían tenues, apenas un susurro. Después, él sabría qué hacer.

Esperé unos segundos frente a la puerta. No se escuchaba ningún movimiento. Por fin entré a la recámara y todo era oscuridad. Las cortinas cubrían las ventanas y apenas unas cuantas líneas de luz se filtraban por los bordes. Me detuve al pie de la cama porque dejé de ver la continuación del suelo, y entonces me volví hacia las sábanas. En un extremo dormía León y en el otro Vilma, y en medio de los dos vi a Marta, tan despierta como yo. Estaba recargada contra la cabecera, casi sentada, y estaba desnuda. Sus ojos cristalinos, sus verdes ojos cristalinos, apuntaron hacia mí, y yo sostuve la mirada. Nos estudiamos el gesto, aunque para mí esto significó recalibrar de una sola embestida los pasados meses, cada escena y cada palabra. Así nos quedamos, sin respirar, hasta que Vilma giró en su sueño y puso una mano sobre el muslo de Marta. Al instante sacudí la cabeza y caminé hacia atrás, sin quitar la mirada de esos insomnes ojos verdes.

Fuera, los gallos cantaban el primer amanecer del año.

La isla de Cuba era distinta.

Los días cobraron una velocidad trepidante. Mi padre anunció que debíamos salir del país mientras la situación se calmaba. «Sólo unas semanas». Se escuchaban historias de fusilamientos, de saqueos a residencias y comercios y de levantamientos de obreros, pero lo cierto es que no había manera de distinguir entre las invenciones y la realidad. En tanto mi padre se encargaba de los pormenores del viaje, Marta y Vilma, con la ayuda de las mujeres de la casa, se dedicaron a hacer las maletas y a dejar todo en orden; había que vaciar cajones, empacar las cosas de valor, romper papeles, cerrar puertas y ventanas, cubrir los muebles con sábanas y girar los espejos y los cuadros.

La mayor parte del tiempo yo me aislaba en mi sitio preferido entre la hierba y pasaba horas mirando la casa. Allá dentro había mucho movimiento, como nunca, pero desde lejos era una postal de serenidad. Me gustaba imaginar operaciones delirantes con la casa: fantaseaba con sumergirla en agua o con hacer que las paredes fueran de cristal o con cambiar la distribución de las habitaciones. Tumbado ahí, pecho al suelo, perdía la dimensión verdadera de las horas.

Nadie me hacía demasiado caso entre tanta agitación. Mis padres se limitaban a decirme que todo estaba bien y que debía emocionarme por el viaje. Marta y yo nos mirábamos a la distancia. Por supuesto, el proyecto de la casa de la memoria quedó relegado; León no pudo seguir con los entrenamientos y me recomendó que me tomara un descanso con el asunto. Sin embargo, casi a diario, me daba una vuelta por la construcción y paseaba por los pasillos. Comencé a practicar aquello de crear distintas rutas para aumentar la cantidad de habitaciones. El guayabo comenzaba a soltar su perfume.

A mediados de febrero abandonamos La Compañía. Mis padres y yo tomamos un barco al puerto de Veracruz, en México. Marta no vino con nosotros.

## Tres. Recrear la vida pasada: un intento

¿Sigues ahí?

Soy yo, Alejo. ¿Me recuerdas?

Espero que no haya sido pesado el recorrido hasta este punto. En verdad, lector. Me gusta pensar que leíste el capítulo anterior en tres o cuatro sesiones, recostado en un buen sofá, y que por momentos te distrajo de tus problemas. Cuando comencé la historia, en mi realidad, como te dije, era febrero de 2019; ahora es julio (mismo año). He estado pensando en lo particular que resulta no conocer el ritmo temporal del otro. Los cinco meses que me llevó escribir el capítulo anterior tal vez fueron para ti un par de horas o seis semanas, o incluso puede ser que abandonaste la lectura hace diez años y es hasta ahora que te has animado a volver a abrir el libro. Extraño,

¿no te parece? Entre esta oración y la anterior me tomé un café, por ejemplo, e hice una llamada telefónica.

El lugar donde escribo, en cambio, no ha variado: estoy en mi oficina, mirando las montañas y la carretera por el ventanal. Te recuerdo que me hallo en un pequeño edificio que construí en el rancho de mi familia, a las afueras de Tuxpan. Aquí siempre habrá un sitio para ti, tanto en esta lectura como en el futuro; sólo te pido que te descalces en la entrada.

Te aseguro que era necesario que leyeras las páginas anteriores para comprender el resto de la narración. A mí me fue muy útil haber organizado los retazos que mi padre, Porfirio, me contó a lo largo de tantos años; me siento más ligero, como si esa historia ya no me perteneciera. Fue una experiencia inquietante ver el mundo a través de sus ojos. Supongo que alguna vez todos reconstruimos en la mente los recuerdos de nuestros padres, sin advertirlo quizá, pero escribirlos va más allá: es remodelarlos. La narración que he hecho de la infancia de Porfirio está repleta de desaciertos, sin duda alguna, pero corresponde con exactitud a la que habita (o habitaba) en mi cabeza; esa historia fue escribiéndose a sí misma, tomando forma poco a poco, desde mi niñez, cuando Porfirio solía relatarme por momentos el pasado. Así he querido entregártela, amigo lector; quiero que lo sepas.

Bien, sigamos avanzando.

A finales de febrero de 1959, Porfirio y mis abuelos llegaron al puerto de Veracruz y se instalaron en un hotel. Fueron semanas de vacío: no había nada que hacer, salvo caminar por el malecón y los portales del centro. León terminó uniéndose a las tardes de café de un grupo de empresarios y terratenientes que también se habían

marchado de Cuba. Aunque cada vez se validaba más la contundencia del triunfo de la revolución, la mayoría de ellos se empeñaba en creer que el mundo no lo permitiría, que alguien, ya fuera la mafia italiana o la CIA o el dictador Trujillo, echaría abajo el golpe. En abril, con el anuncio de la Ley de Reforma Agraria, unos cuantos del grupo vislumbraron lo que venía y partieron a Cuba a salvar lo que fuera posible, entre ellos mi abuelo, que se despidió de su mujer con una consigna: «A mi regreso, esta familia se hace mexicana».

León había escuchado que el gobierno pretendía nacionalizar la mayoría de los centrales azucareros, y supuso que esa sería la suerte del Soledad, pero aún tenía confianza en que su patrimonio estaría a salvo: la nueva ley les permitía a los ciudadanos cubanos poseer hasta cuatrocientas hectáreas, y la extensión de la finca era la mitad de aquello. Su intención era rematar tanto la propiedad como lo último que quedara dentro y volver a México. Pero a su llegada a Cienfuegos se enteró de que en los registros notariales La Compañía seguía formando parte del Soledad. El arreglo entre la familia Atkins y los hermanos españoles que habían fundado la finca no había tenido ninguna validez jurídica, por lo que los papeles que León presentó ante las nuevas autoridades no gozaban de mayor valor que si hubieran estado en blanco. La nacionalización de la propiedad completa era inminente: en cuanto entrara en vigor la reforma, pasaría a manos del Estado. Tras una serie de fervientes impugnaciones y de algunos sobornos, León consiguió una módica compensación en dólares por La Compañía, y antes de abandonar la isla, en un último intento por salvar algo, malbarató lo que pudo sacar de la casa: muebles, ropa, libros, animales y hasta el piano de Vilma.

En cuanto volvió a Veracruz, consiguió ayuda en las oficinas correspondientes y tramitó la naturalización de la familia. Cuando me lo contaba, Porfirio hacía hincapié en la premura de León por ir a Cuba y arreglar aquello, pero sobre todo en el modo en que, a su retorno, parecía haber hecho las paces con que la vida que había formado durante años se hubiera esfumado. Vilma perdió por ese entonces las ganas de hablar, y así, años después, habría yo de conocerla: buen genio sin excepción, pero con un dejo apático que venía desde la raíz de su ser.

En 1960 se mudaron a Tuxpan. (Nos vamos acercando, amigo lector. ¿Te das cuenta? Nos vamos acercando al lugar en que me hallo ahora.) Después de meses sin rumbo, León había obtenido en esa ciudad la adjudicación de un proyecto de una fábrica de enlados. Existía cierta simetría en el asunto, pues el yate de los revolucionarios de Cuba había zarpado de ese puerto cuatro años atrás. La familia rentó una casa a orillas del río, apartada del centro, y por fin pudieron establecer una rutina. Porfirio, que tenía doce años, comenzó a asistir por primera vez en la vida a la escuela.

Dos años después, en 1962, León decidió comprar una propiedad en el campo, a treinta kilómetros de Tuxpan, y, en un acto de terquedad y melancolía, la bautizó en honor a la anterior: La Compañía. La adquisición representó el desembolso casi íntegro del capital familiar. Mis abuelos contaban con los ahorros que habían traído en su salida de la isla y con lo que León había logrado reunir en la liquidación del viaje posterior; supongo que aquello les hubiera bastado para vivir con comodidad un par de años, acaso más, pero León supo moverse entre las nuevas amistades de México y vender sus servicios, y el capital fuerte permaneció intacto. Cuando

obtuvo el proyecto de la fábrica y juzgó que el viento soplaba a su favor, quiso invertir en un sueño que hasta entonces había silenciado: rehacer la vida de Cienfuegos en el campo de Tuxpan. Vilma, que practicaba ya una impasibilidad férrea, no se opuso. Antes de que terminara el año y acorde a un diseño de León, se comenzaron los cimientos de la casa del rancho, misma que, por cierto, puedo ver desde aquí.

Como podrás imaginar, lector, las cosas no salieron muy bien. (¿Alguien ha logrado alguna vez recrear una felicidad pasada?). En México, mis abuelos entendieron el verdadero trabajo de montar y organizar un rancho desde ceros; fue un proceso complejo, desgastante y costoso, como no habían anticipado. En Cuba había sido distinto porque la finca ya estaba en función cuando la compraron, y acaso también por la mano de obra tan mal pagada. El rancho de Tuxpan, en cambio, hubo que inventarlo de la nada y por muchos años fue un pozo de gastos. Esa es la maldición de los proyectos arquitectónicos: se alargan y se encarecen, por más que hagas cálculos y que asumas que habrá contratiempos. Sin importar el presupuesto del que dispongas, en las obras grandes suele haber un momento en que te cuestionas la sensatez de continuar, pero es demasiado tarde. (Algo semejante, me doy cuenta, sucede con las novelas: se alargan y originan contratiempos, y a medio camino el autor, por más aliento que tenga, examina la posibilidad de detenerse.) En el caso de La Compañía, les llevó diez años levantar la primera fase de la casa habitación, que no incluía la biblioteca ni las habitaciones de invitados; como he dicho antes, es una obra interminable, que sigue requiriendo mucho mantenimiento y arreglos constantes.

Por este motivo, mi padre vivió la adolescencia en Tuxpan. Los días eran plácidos y sencillos, y la gente del puerto, bajo la sombra, se entregaba a la espera de que el progreso llegara, pero Porfirio no pudo disfrutar de lleno la vida del trópico. El cambio tan brusco de las circunstancias no tardó en surtir efecto y convertirlo en ese tipo de adolescente que se aleja del resto, no por timidez, sino por desencanto, y que bien podemos abreviar como un muchacho triste. Lo que caracterizó sus primeros años en Tuxpan fue la sensación de tener dolores enjaulados en el pecho; en su caso eran dos: Marta y la casa de la memoria.

A Marta ni él ni sus padres la volvieron a mencionar tras la salida de Cuba. Porfirio creía que León y Vilma no eran conscientes de lo que él había visto la mañana del primero de enero, y aun así borraron de la conversación el nombre de Marta de un día para otro; él correspondió el silencio. Se imaginaba que ellos hablaban de Marta algunas veces, como cuando iban a la playa y tomaban largas caminatas junto al agua; Porfirio los miraba a la distancia y no se resistía a especular sobre qué historia estarían recordando.

La casa de la memoria, en cambio, sí venía a cuento cada tanto, sobre todo entre León y Porfirio. Ya no se trataba, sin embargo, de conversaciones largas ni profundas, sino de anécdotas acaecidas en otra vida. Para León, el proyecto de la casa de la memoria había terminado, y entender esto fue el origen del dolor de mi padre. El problema era que el cruce de aquellos pasillos había transformado el espacio de su mente y no había marcha atrás. Pronto tuvo que hacerse a la idea de que habría de continuar con la práctica del proyecto por su cuenta.

Encima de todo estaba la obsesión de mi abuelo por rehacer la vida de Cienfuegos en la nueva propiedad, acto que marcaría las próximas décadas del apellido Belmonte. El mayor de los deterioros que ocasionó el terco sueño fue la fricción entre León y Porfirio, cuya semilla se plantó alrededor de cuando éste cumplió los dieciséis años. Para ese tiempo, León había entendido que el rancho necesitaría una inversión constante y fija, que su oficio como arquitecto no podía sustentar; era un cálculo simple. Lo que precisaba era un negocio más inmediato que impulsara el rancho, por lo menos durante algunos años. León era consciente de que cualquier propósito lo emprendería sin su mujer. Con ella no se podía contar para nada; desde que había perdido el piano, Vilma se conducía como si le hubieran quitado las manos también. El único recurso que le quedaba a León era su hijo, que por el carácter retraído tenía ya un aire de madurez. Porfirio escuchaba con paciencia los planes para montar un negocio, un motor que alimentara al rancho, aunque a esas alturas había aprendido que más valía guardar cierta distancia de los proyectos de su padre. Pero éste decía *nosotros*, decía *debemos*, decía *sobreponernos*, y Porfirio no pudo encontrar una salida. Juntos, padre e hijo, luego de sopesar varias opciones por meses, viajaron a Ciudad de México y realizaron la compra del mobiliario preciso para montar una heladería.

El negocio, que llevó el nombre de Helados La Compañía, funcionó de maravilla. Las vistas al río y el moderno espacio que León diseñó fueron factores importantes. Porfirio dirigía el lugar por las tardes, después de clases, siete días a la semana, y lo hacía con una formalidad impropia de su edad. León, que seguía ejerciendo su oficio y siempre tenía algún proyecto en marcha, se las arreglaba para

llevar las cuentas del negocio. Al cabo de dos años, habían duplicado la variedad de la carta e instalado una ventanilla para el servicio a automóviles. Aún compraban la totalidad de los insumos, pero la intención era que pronto comenzaran a producir algunos en el rancho. El destino lechero de La Compañía se había revelado. León hablaba de queso, yogur, crema y demás derivados, y lo hacía con tanta emoción que no advirtió que Porfirio no le hacía eco. Por eso, cuando éste, al terminar el bachillerato, anunció sus intenciones de marcharse a la capital a estudiar arquitectura, el otro lo tomó como una pedrada precipitada.

Y comenzó la tensión. León utilizó las armas más discretas del discurso para disuadir a su hijo, pero sus argumentos partían de la falacia de que recrear la vida de Cienfuegos era un sueño compartido por ambos. Vilma asistió a la tácita batalla estrictamente como espectadora; hacía tiempo que vivía de modo ausente, como si hubiera perdido la capacidad de repercutir sobre su entorno. Al final, Porfirio no se fue a ningún lado, pero rompió el pacto de palabras impronunciadas y le cantó a León lo siguiente: «Me estás negando la vida para la que me preparaste siempre». Mi abuelo quiso dar marcha atrás y aparentar que mi padre tenía libertad absoluta, pero no le quedaba una pizca de credibilidad. A partir de ese momento y para siempre, la relación entre León y Porfirio se redujo a la de un par de socios.

Pasó el tiempo, ocho años para ser puntuales, y en 1972 quedó terminada la primera fase de la casa del rancho. Mis abuelos se mudaron apenas pudieron. León tenía cincuenta y dos años y Vilma cuarenta y nueve, y sentían (en especial él) que iban con retraso para aquello de vivir la felicidad bucólica por segunda vez. La casa era amplia y

ostentosa, más de lo que dos personas podían aprovechar, pero León la había diseñado con la previsión del crecimiento de la familia. Entre los lujos que se permitieron, el mayor fue un piano Yamaha, que situaron en la sala de estar. León sorprendió a su mujer con la compra el día en que llegaron con las maletas, pero ella apenas reaccionó. «Pruébalo», dijo él. «Quizá más tarde, querido», dijo Vilma. El patio central de la casa tuvo mayor efecto en ella; el piso de piedra, la fuente sonora, la ausencia de viento, la privacidad del espacio la hizo sentir bien. Adivinó de golpe que pasaría ahí el resto de sus días, de espaldas al mundo. Mi abuelo, por su lado, seguía tomando proyectos cada tanto, pero desde de la mudanza concentró buena parte de su energía y atención en la producción lechera y sus derivados; según los registros, el rancho alojaba en esas fechas doscientas cabezas de ganado.

Porfirio se quedó en la casa rentada de Tuxpan. Hasta ese momento no había conocido la delicia de vivir en soledad. Tenía veinticuatro años. Aunque el trabajo le robaba la existencia, se había hecho de dos hábitos que lo mantenían en forma y cuerdo. Ahora que lo pienso, son hábitos similares, puesto que son silenciosos y contemplativos: uno era correr, todas las mañanas, a orillas del río; el otro, pasear en motocicleta. Imagino que así trataba de sobrellevar la rutina, engañándose con la sensación de huida. Pero la recompensa no era pequeña. En ocho años la empresa había afianzado su presencia en la ciudad; se habían abierto dos sucursales y una tercera estaba en camino. Sus mesas se volvieron para los tuxpeños una de las mejores maneras de matar el tiempo. La oferta de productos se había expandido y el servicio se comenzó a parecer más al de una cafetería, por lo que la palabra helados quedó fuera

del nombre y el negocio pasó a llamarse simplemente La Compañía. El capital se había hecho fuerte otra vez.

Bien.

Respiremos un segundo, lector.

Quiero pedirte ahora que imagines a mi padre en aquella época, una mañana cualquiera.

¿Puedes verlo?

Tiene veinticuatro años, recuerda.

El canto fresco de los pájaros lo despierta. Sin pensarlo, se viste con ropa deportiva y sale de casa.

El cielo de Tuxpan es gris.

Porfirio comienza a trotar por el río. Todavía hay mosquitos en el aire y con frecuencia tiene que despejar su camino con la mano para no aspirarlos. A esa hora sólo deambulan ancianos con perros y algún trasnochado. Porfirio corre y corre. De pronto reconoce una figura a unos metros y aprieta el paso.

Es ella.

Una mujer que corre como él y a quien ve casi a diario. Es alta, delgada y morena. Él suele emparejarse hombro a hombro y darle los buenos días. Ella siempre, pero siempre, le devuelve el saludo diciendo: «Muy buenos días».

Corren juntos un tramo, hasta que ella cruza la calle y se introduce en el centro de la ciudad.

Hay que asumir que Porfirio se detiene y la ve hasta el último instante.

También hay que pensar que ella se vuelve a mirarlo antes de doblar en la esquina y que le dice adiós con la mano.

Con el tiempo hablan y por primera vez caminan juntos. Quedan en verse una tarde, para variar. Porfirio la lleva por un helado a su negocio.

La siguiente ocasión la sube a la motocicleta y van a una playa cercana.

Un día ella lo lleva a comer a casa. A sus padres no les gusta eso de que sea cubano, pero les gusta que tenga una empresa.

Otro día él la lleva al rancho. A mis abuelos les encanta ver a su hijo acompañado.

No es necesario que te cuente el resto, lector. Ya sabes cómo son las cosas. Basta con decirte que al año de noviazgo la pareja decide casarse.

Ella se llama Irene.

Es mi madre.

¿La puedes ver?

Desde el inicio del matrimonio, Irene se sumó al equipo de trabajo de La Compañía, y, por iniciativa propia, se encargó de la tercera sucursal. La ocupación fue perfecta para su naturaleza industriosa. Irene era dueña de una estupenda alegría jarocho, incansable, y si algo le hacía falta a la empresa (y a la familia) era eso: un poco de luz. Al par de meses aquella sucursal se volvió la más exitosa. Tan contundente era la jovialidad de Irene que pudo mitigar el aire triste que Porfirio cargaba desde la adolescencia. La figura de mi madre también ayudó a serenar la fricción entre mi abuelo y mi padre; digamos que su sola presencia hacía las mesas más llevaderas. Para León, el éxito del matrimonio de su hijo fue un alivio para su conciencia.

Irene no se tomó una pausa del trabajo sino hasta después de dos años, cuando quedó embarazada. Entonces decidió recluirse en

el rancho y vivir días de absoluta quietud. Vilma la acogió con un apego insólito, al grado de que aceptó volver al piano para complacerla. Porfirio estaba más ocupado que nunca con el negocio, pero también trasladó su residencia al rancho, aunque fuera sólo para pasar las noches con su mujer. La convivencia familiar le sirvió a Irene para comprender mejor la relación de sus suegros y su marido; fue armando a tientos los años en Cuba y distinguiendo los temas que todos preferían evitar. En este sentido, los ratos de más provecho eran los que pasaba a solas con León, quien tenía la lengua más suelta. Algunas mañanas lo acompañaba en su recorrido de control por La Compañía, y para cuando volvían a la casa él le había revelado algún pormenor del pasado. Sin advertirlo, en los meses de reclusión mi madre se encariñó con el apellido.

En abril de 1975, aquí en el rancho, nació yo: Alejo Belmonte. Aunque mis padres habían convenido en que volverían a Tuxpan tras el parto, Irene quiso prolongar su estancia en La Compañía. Porfirio estuvo de acuerdo. Como él pasaba el día entero trabajando, le agradó la idea de que Irene estuviera acompañada. Pensó que los primeros días de su hijo estarían adornados de un verde silvestre similar al del entorno en que él se había criado en Cienfuegos, y eso también le agradaba. La temporada en el rancho le había traído a la cabeza varias reminiscencias de su infancia; era incapaz de pronunciarlo, pero Porfirio reconocía para sus adentros que extrañaba el campo. Después de un tiempo, viendo que la propia vida marcaba el camino, mis padres decidieron establecerse de manera definitiva en La Compañía, y con ello arrancó la construcción de la segunda etapa de la casa.

La próxima década sería decisiva para la empresa. Tanto Porfirio como León demostraron eficacia, cada cual en lo que le correspondía:

éste en la producción lechera y aquél en la administración de las sucursales. La presencia de La Compañía se expandió a las ciudades de Tampico, Poza Rica, Teziutlán y Xalapa, y en el rancho hubo que ampliar y mejorar las instalaciones de ordeña y la planta quesera. En Tuxpan, mi padre inauguró una oficina central.

En la casa también hubo progreso. Irene y su ánimo de trabajo tomaron el mando y estremecieron el lugar. Desarrolló una obsesión por la mesa reunida de todos los días y hacía grandes esfuerzos para que no hubiera excepciones. Esta actitud de unidad llegó al extremo cuando, cuatro años después de mí, nació Alfonso, mi hermano. Aquello se comenzaba a sentir como una familia con todas sus letras. Durante nuestra infancia, Irene se las ingenió para no dejar nunca un rato vacío; inventaba juegos y ocupaciones de toda naturaleza, y lograba convencer a quien estuviera cerca de que participara. Con su guía, por ejemplo, montamos obras de teatro, pintamos cerámica, tiramos con arco, acampamos en noches de luna llena y recreamos cuadros famosos.

Creo que ella también tuvo que ver con la relación tan estrecha que mi hermano y yo desarrollamos con mis abuelos. A petición de Irene, Vilma nos inició en el piano, aunque pronto fue evidente que Alfonso tenía mayor habilidad y la música terminó por unirlos a ellos. Yo conecté mejor con mi abuelo León. A veces me llevaba con él a supervisar la producción, y algunas tardes las pasábamos en la biblioteca, hojeando libros de arquitectura; también me enseñó a jugar go y a trabajar con herramientas.

De lunes a viernes, a primera hora, mi hermano y yo nos íbamos con Porfirio a Tuxpan; él nos dejaba en el colegio y se iba al trabajo. Es posible que esa media hora en el auto fuera mi momento

preferido de la semana: Alfonso en el asiento de atrás a punto de dormirse, mi padre y yo platicando de cualquier cosa y el cielo clareando sobre nosotros. A la una y media de la tarde, mi madre pasaba al colegio y volvíamos al rancho. Tomábamos el almuerzo los tres solos, puesto que mis abuelos lo hacían más temprano y mi padre se quedaba en Tuxpan; luego nos ocupábamos con los trabajos escolares o alguna actividad que Irene ingeniaba. Al atardecer, Vilma y Alfonso practicaban al piano en la sala, y yo acompañaba a León en la biblioteca. Pero el acto estelar del día ocurría a las ocho de la noche, cuando Porfirio llegaba a casa y nos sentábamos todos a cenar. La mesa era una fiesta de comida y de risas y de música. Después de varios años de gestiones escondidas, el propósito de Irene de reanimar el apellido había resultado ser un triunfo (quizá sea mejor decir *alumbrar*: mi madre alumbró el apellido).

El final del capítulo, como puedes sentir, amigo lector, se avecina, pero bien sabrás que no podemos cerrarlo sin dar un golpe, eso que va a disparar el siguiente capítulo. Puesto que lo narrado en esas páginas yo lo viví, creo que es preferible escribirlo en tercera persona y alejarme un poco de mí mismo, si es posible. Como se trata de algo personal, no quisiera perder demasiado la objetividad, ¿entendes? Te confieso que el golpe que cierra este capítulo es también el mayor que he recibido en mis cuarenta y cuatro años.

Venga, hagámoslo de una vez.

El jueves catorce de mayo de 1987, Irene salió del rancho a las 11:30 a. m. y condujo a Tuxpan. Les había dicho a mis abuelos que iría al supermercado antes de recogerlos del colegio a mi hermano y a mí. Vilma le pidió un acondicionador para el pelo.

A las 12:45, Irene, que vestía un overol de mezclilla, pagó en efectivo la compra y un chico le ayudó a empujar el carrito hasta su auto, un Volkswagen Atlantic azul mediterráneo. Irene y el chico comenzaban a meter las bolsas en el maletero, cuando una camioneta tipo van se detuvo a unos metros y descendieron tres sujetos encauchados. En cuanto vio que uno de ellos le apuntaba con un arma, el chico alzó los brazos y dejó caer una bolsa con envases de vidrio. Los otros dos hombres se acercaron a Irene y la tomaron por los brazos. Ella les dijo que estaba bien, que se llevaran el auto, e intentó darles las llaves, pero ellos la empujaron hacia la parte posterior de la camioneta. Soltó patadas y gritó, gritó que la dejaran, que les daría todo lo que quisieran, pero que la dejaran ir por el amor de dios, que tenía que recoger a sus hijos de la escuela. Unos brazos surgieron desde el interior de la camioneta y la sujetaron por los pies, puesto que aún se resistía. Los dos hombres que la empujaban ingresaron con ella por la parte posterior y cerraron las puertas. Al final, el hombre que le apuntaba con el arma al chico subió al asiento del copiloto, y la camioneta, blanca, posiblemente de la marca Ford, sin placas identificadas, arrancó a toda velocidad.

Al ver que nadie venía por nosotros, desde el colegio telefonaron a Porfirio y fue a buscarnos. Yo tenía doce años; Alfonso, ocho. Mi padre nos llevó al rancho con mis abuelos y volvió a Tuxpan, donde a la brevedad dio con la escena del supermercado y se enteró de lo que había sucedido.

Dos días después recibimos en casa la primera llamada. Porfirio la tomó en la biblioteca, en compañía de León y los investigadores de la policía, como lo haría con las demás por las siguientes semanas. Mi hermano y yo no salimos del rancho por un mes; en las

mañanas jugábamos en el jardín y trepábamos árboles, y el resto del día nos distraíamos con Vilma al piano. Yo era consciente de la situación, pero mi padre me había dicho que, si realmente quería ayudar en algo, debía cuidar que Alfonso no se preocupara de nada. «De lo demás me encargo yo —dijo—. Confía».

Tras semanas de amenazas y negociaciones, mi padre y los secuestradores acordaron una suma de rescate. Él les prometió que la policía no estaría involucrada en la entrega del dinero y ellos le dejaron escuchar la voz de Irene. Las cosas avanzaban. En la fecha y hora pactadas, Porfirio salió de casa sin hacerse acompañar por nadie y abandonó una maleta repleta de billetes en el sitio que le indicaron, el cementerio de un pueblo en la montaña. Los días siguientes no hizo más que esperar en las mecedoras del patio a que el teléfono sonara. León se ocupó de mantener a flote la empresa y Vilma de ambientar la casa con notas demasiado esparcidas en el tiempo. Cada vez que Alfonso tomaba una siesta o practicaba al piano, yo acompañaba a mi padre en el patio, sin pronunciar una sola palabra. Cuando por fin sonó el teléfono, fue para anunciarnos que la policía acababa de encontrar el cuerpo de mi madre a la orilla de una carretera.

## Cuatro. La vida en escenas

El chico tomó la pala y siguió a su padre. Era una herramienta pesada. Aunque su padre no llevaba nada en las manos, daba la impresión de que las necesitaba para caminar: las entrelazaba una y otra vez, se tocaba el rostro, acariciaba el viento e incluso cada tanto sujetaba a su hijo por el cuello. A éste no le molestaba cargar la pala; se sentía fuerte y útil.

Se detuvieron en una pradera. Allá abajo se veía la casa y al fondo la carretera y las montañas.

—Es un buen sitio —dijo el padre.

—Me gusta la vista —dijo el chico.

El padre se puso a cavar. Las paladas eran pausadas pero vigorosas. El chico se sentó a unos metros y trató de no mirar demasiado a su padre, pues se dio cuenta de que éste había comenzado a llorar.

A la distancia algunos gallos cantaban el atardecer. El chico arrancaba espigas de la tierra y se limpiaba los dientes. Después de un tiempo, el sudor de la frente del padre se precipitó sobre sus ojos y ocultó las lágrimas.

Cuando la excavación quedó lista, el chico dijo:

—Mañana te va a doler todo el cuerpo.

El padre descansaba las manos sobre la pala, como si fuera un bastón. En lo hondo de la fosa, la tierra estaba húmeda y había unas partículas minerales con un poco de brillo.

—Venga, Alejo. Vamos a casa —dijo el padre y le entregó la herramienta.

Lo primero que se le ocurrió a Porfirio fue correr. Tenía treinta y nueve años, y de él dependía en buena parte el modo en que sus hijos enfrentarían la muerte de su madre. Lo de correr le pareció un inicio sensato: así él había salido adelante en momentos difíciles. Antes que todo había que sudar; lo demás ya se iría solucionando después.

Para demostrar que iba en serio, compró ropa deportiva y calzado especial para los tres. Al mayor de los hermanos le emocionó la propuesta desde que la escuchó, y al menor, en consecuencia, también.

Tres o cuatro veces a la semana, padre e hijos salían de la casa por la mañana y atravesaban de lado a lado el rancho. Corrían en fila y despacio, hasta que alguno se cansaba. Luego volvían caminando a casa y hablaban de cómo habían dormido o de alguna molestia muscular.

El ejercicio arrancó en verano y los chicos no tenían clases. Para septiembre, cuando volvieron al colegio, correr por las mañanas ya era un hábito.

Irene con el rostro pintado como conejo. Es el cumpleaños número siete de Alfonso y ella le ha organizado una fiesta en el rancho con los compañeros de su clase. Mesas en el patio de la casa. Refrescos, pastel y regalos. Después de la comida, Irene lleva a los niños a jugar fuera. Ha planeado una serie de actividades: concurso de salto, carrera con obstáculos, juego de sillas musicales y otras por el estilo. De vuelta en el patio, Irene anuncia una última sorpresa: dos piñatas. Dulces en el aire y en el suelo. Aplausos, risas y gritos. Caos. Cuando la fiesta termina y todos se marchan, Irene, todavía con el rostro pintado, toma la escoba y se pone a barrer. No puede dejar de sonreír.

León tuvo que luchar en contra de la vejez que se le iba subiendo por las piernas. Tenía sesenta y siete años. Como Porfirio estaba rebasado con el cuidado de los niños, él asumió algunas de sus responsabilidades en la oficina de Tuxpan. A los sesenta había decidido retirarse de la arquitectura y se había enfocado en la explotación del rancho, que disfrutaba sobremanera. El retorno al trabajo de oficina fue brusco; se descubrió torpe y con ciertas inseguridades. En cuanto se aclimató, sin embargo, comprendió que echaba de menos sentarse a un escritorio repleto de deberes.

Lo segundo que se le ocurrió a Porfirio para sus hijos fue compensar la tristeza. Alejo tenía el hábito de la lectura y Alfonso tocaba el piano, pero creyó que les hacía falta una diversión más bruta y estimulante.

Las motocicletas.

Si Porfirio ya los había empujado a correr, ahora los introduciría en su segundo pasatiempo.

Para demostrar que iba en serio, compró dos motocicletas de motocrós y el equipo de protección correspondiente. Al mayor de los hermanos le emocionó la propuesta desde que la escuchó, y al menor, en consecuencia, también.

León, que no expresó una sola opinión, se encargó de diseñar un circuito en el rincón de La Compañía más alejado de la carretera. Cuando los chicos aprendieron a montar, se empeñaron en que su abuela atestiguara semana a semana su progreso. Vilma no halló escapatoria. Para su sorpresa, terminó por disfrutar sentarse junto a la pista y verlos dar vueltas y vueltas; el estrépito de las motocicletas era una música nueva.

El cuidado de los chicos consumía la mayor parte de su tiempo, y el resto tenía que dedicárselo a la empresa. Los primeros meses Porfirio soportó bien el ritmo, pero un día, de súbito, lo sacudió el pensamiento de que no debía seguir gastándose el alma de ese modo.

Y las visitas a la oficina se fueron acortando.

Algunas mañanas conducía en motocicleta por las carreteras del rumbo sin otro propósito que estar solo y no hablar. Añoraba el sitio entre la hierba de la casa de su infancia, y esa era una forma de

reemplazarlo. Gafas oscuras, brazos estirados, combustible a tope, Porfirio flotaba sobre el asfalto. Maniobrar la motocicleta le vaciaba la mente a tal grado que al final del paseo no recordaba la ruta que había tomado.

En estas huidas fugaces, volvió a tocar la armónica.

En alguna playa.

En las gasolineras.

Tocaba la armónica.

Lo advirtió en el primer aniversario luctuoso: a sus hijos se les estaba debilitando el recuerdo de Irene. Ese día los llevó a visitar la tumba, en la pradera que veía hacia las montañas. Ellos le contaron a su madre sobre el colegio y las motos; él mencionó que la familia seguía reuniéndose a diario para cenar, como a ella le gustaba. Enseguida el mayor de los hermanos relató aquella vez que Irene dejó caer una olla de agua hirviendo porque una lagartija había entrado en la cocina.

—No sabía que le daban miedo —dijo el menor.

—La sola palabra le provocaba escalofríos —dijo el otro.

Entonces al menor lo embistió una ola de dudas sobre su madre; unas eran tan básicas que el padre sintió genuina preocupación. Después se sumó el mayor; si bien conocía más, también tenía algunas preguntas propias. Ahí, frente a la tumba, el padre intentó responder a todo, pero cada pedazo de información abría nuevas consultas. El colmo fue cuando el menor, que tenía nueve años, preguntó de qué color eran los ojos de su madre. Aquélla era una tarea de varios días.

Tengo algo que pedirte, dijo Porfirio.

¿Qué pasa?, dijo León.

Estaban en la biblioteca, sentados en un sofá, leyendo el periódico.

He pensado en algo para los chicos, algo que puede ayudarles.

Ya.

Pero necesito pedirte una cosa.

Uno leía una sección y luego se la pasaba al otro.

Quiero que construyas de nuevo la casa de los pasillos.

León bajó el pliego que sostenía y se volvió hacia Porfirio.

Ah.

Sí. Tengo una idea y necesito el espacio.

¿Idéntico?

Idéntico.

León quiso reanudar la lectura, pero apenas extendió el periódico dijo:

¿Cuándo quieres empezar?

No lo sé, ya, pronto, cuando puedas.

De acuerdo.

Bien.

Hubo unos minutos de silencio, pero las palabras se podían tocar en el aire.

Cuando le pasó a León la última sección del periódico, Porfirio dijo:

Sólo una cosa más.

Sí.

Tú construyes la casa, pero yo me encargo de los chicos.

Entiendo.

Va a ser algo distinto a lo de Cienfuegos.

Está bien, hijo.

Irene y Alejo en la biblioteca. Llevan horas practicando la conferencia que mañana él tiene que dar en el colegio. El tema es el *Hippopotamus Amphibius*. Madre e hijo han escrito un discurso a partir de varias consultas enciclopédicas y están satisfechos. El asunto ahora es memorizarlo. Preparan una serie de tarjetas con la información más importante y ensayan, ensayan una vez y otra, y una más. Por fin, Alejo se siente listo para continuar sin las tarjetas y se las entrega a su madre. Ella está sentada en el suelo y lo mira caminar de lado a lado. Cuando pierde el hilo, Alejo se vuelve hacia Irene y ella gesticula alguna palabra clave de la información que sigue. El método funciona. Alejo retoma el discurso. En un par de horas consiguen un ensayo perfecto. Para la conferencia de mañana, a lápiz, Irene dibuja en una amplia cartulina un hipopótamo saliendo de un río.

Todos los días encontraban un rato para ellos, León y Vilma.

En el rincón de una habitación, a la sombra de un árbol, al borde de la fuente del patio.

Se tomaban un descanso del resto del mundo y pasaban un tiempo a solas.

Dos personas que a mitad de una cena se levantan para discutir un asunto.

El asunto de su intimidad.

Rozaban la setentena.

Tenían canas pero no hablaban con nostalgia. Tenían arrugas pero se movían con cierta agilidad. Tenían dolores pero no habían perdido la carcajada.

A diario hallaban unos minutos, aunque fueran pocos.

Se hacían caber en un asiento, se acomodaban la ropa, se adivinaban el pensamiento.

León y Vilma.

Dos personas que se arriman bajo el paraguas cuando llueve.

Una lluvia exclusiva para ellos.

Porfirio llamó a sus hijos a la biblioteca. Esa mañana había salido a correr con ellos, y ahora, a mediodía, tras el desayuno y la ducha, Alejo y Alfonso gozaban de un vigor luminoso, similar al de su madre; él, en cambio, se había hecho otra vez de esa aura gris de la adolescencia.

Cuando estuvieron acomodados en el escritorio, Porfirio realizó círculos con la cabeza, estiró los brazos hacia arriba y dijo:

—Les quiero contar una historia.

Por primera vez, los chicos escucharon sobre la casa de la memoria. Sabían algo de Cuba y la revolución y el Soledad y el jardín botánico y la finca, pero nada sobre los pasillos que había diseñado su abuelo. Porfirio no mencionó el origen del proyecto ni los entrenamientos mentales, sino que se limitó a describir el espacio: el patio central y el guayabo, las cuatro entradas, las cuarenta habitaciones, la ausencia de techo. Tampoco profundizó en los alcances del método de *loci*; tan sólo habló de lo útil que podía ser para recordar la lista de las compras y la letra de las canciones.

—Les cuento todo esto para proponerles algo —dijo, al fin—. Un pequeño proyecto. Quiero volver a construir esa casa aquí en el rancho para ustedes, para que la introduzcan en su mente. Yo les voy a ayudar, claro. Es muy sencillo. Pero la gracia del asunto es que se trata

de un homenaje a su madre. Lo que van a almacenar en las habitaciones no es información sin importancia, como hice yo. No, en su caso, lo que van a almacenar son recuerdos de Irene, sus preferidos. Así, la van a llevar con ustedes siempre, lo prometo. Van a poder verla con mucha claridad. Se los dice un cubano. Es como soñar.

Al mayor de los hermanos le emocionó la propuesta desde que la escuchó, y al menor, en consecuencia, también.

Habían cerrado dos sucursales fuera de Tuxpan desde que León se había puesto al frente de la oficina, y él lo tomó como un golpe personal. La edad lo había castigado con un nerviosismo que nada tenía que ver con el hombre de décadas atrás. Se había vuelto sumamente dubitativo, al extremo de que no podía decidir nada sin consultar varias opiniones. Pero lo peor era que la memoria comenzaba a fallarle. Olvidaba compromisos y fechas y nombres, y avanzaba por el día emparchando lo que debía haber hecho ayer. Su labor se convirtió en algo así como sacar agua del pozo con un cuenco agujereado.

Lo cierto era que estaba haciendo el trabajo de dos hombres, si no es que más. La empresa estaba por cumplir veinticinco años y hacía mucho tiempo que requería una logística más compleja de lo que un solo individuo podía dirigir.

Cuando León se acercó a Porfirio para pedirle que regresara de lleno a la oficina, no supo controlar sus nervios y la solicitud se escuchó como un reproche terminante.

—Por mí, que se vaya todo al carajo —respondió Porfirio.

Mientras se construía la casa de los pasillos, Alejo y Alfonso debían definir los recuerdos que querían almacenar de Irene. Porfirio se refería a éstos como *escenas*.

Más que palabras, era vital que los chicos evocaran detalles visuales y sensaciones. Debían darle preponderancia a la imagen de Irene, a su vestimenta, sus gestos, su olor.

—Cuando tengan en la mente una escena, no traten de examinar el contexto —decía Porfirio—. No piensen por qué estaban en ese sitio ni qué fue lo que sucedió antes o después. Véanla sólo a ella. Escuchen su voz.

El plan original era que Alejo y Alfonso almacenaran escenas distintas, de acuerdo a su experiencia individual, pero en el proceso a Porfirio se le ocurrió que podían compartir unas cuantas que él les describiría, escenas de Irene previas a la maternidad.

Además del atletismo y el motocrós, Porfirio quiso para sus hijos algo que él no había hecho jamás: viajar.

Fue una década ocupada.

Recibieron el Año Nuevo en Nueva York, avistaron ballenas en la costa de Oaxaca, recorrieron los parques temáticos de Orlando, exploraron las ruinas arqueológicas de Chiapas, tomaron un crucero en el Caribe...

Cuando podían, viajaban.

Siempre los tres.

Porfirio se quitó el casco y se sentó en el césped junto a Vilma, que, como todas las semanas, estaba mirando el progreso de los chicos en la pista.

Mamá.

Hola, hijo.

El estrépito de las motocicletas era ensordecedor.

¿Cómo lo soportas?, dijo él, quitándose los guantes.

Oh, me he acostumbrado. Después de un rato no escucho nada.

Vilma seguía profesando una lejanía física con su entorno, de la que sólo su marido era inmune por momentos. Era difícil hacer contacto incluso con su mirada.

Creo que están listos para competir.

Han mejorado, dijo Vilma.

Una de las motocicletas en la pista era roja; la otra, azul.

A lo mejor es hora de buscar una carrera para Alejo, sólo para él, dijo Porfirio. Alfonso tiene que crecer un poco.

La roja iba a la delantera y saltaba más alto, pero la azul se mantenía al paso. En el aire, los chicos torcían el manubrio y movían con la cadera la moto; a veces levantaban los brazos.

Ya estamos trabajando con lo de la casa y la memoria, ¿sabes? La cosa va bien. Creo que va a funcionar.

Me alegro, hijo. Eso espero.

La construcción está casi lista. Es idéntica a la de Cienfuegos. ¿Te has asomado?

No, no quiero. Sería extraño, como ver un fantasma.

Hay algo de eso. Caminar por esos pasillos, no sé, es una sensación rara.

Me imagino.

He estado pensando mucho en esos tiempos, ¿sabes? En Cienfuegos y la finca.

Durante la práctica, no se escuchaban los pájaros ni las vacas. El estrépito de las motocicletas no era distinto al de las sierras mecánicas con que se cortan los árboles.

En Marta, también. He pensado en ella también.

Ya veo.

¿Supiste de ella después?

Algunas cosas, dijo Vilma. Nos escribimos varios años, pero hace tiempo que ya no. Se marchó de Cuba.

Qué rápido se terminó todo, ¿verdad? Salimos corriendo de nuestra vida.

De un día para otro.

Sin quitar la mirada de lo que sucedía en la pista, Vilma le cogió la mano a Porfirio.

Me gustaría escribirle, dijo él. Si todavía tienes una dirección.

La tendré apuntada en algún lugar, dijo ella.

Los chicos apagaron los motores y de inmediato el silencio se esparció por el rancho. Vilma y Porfirio se levantaron del césped y se dirigieron hacia ellos.

Irene subiendo por la cuesta que conduce al Castillo de Chapultepec. Metros atrás, Porfirio le apunta con una cámara fotográfica. Ella avanza a toda marcha y lo anima a que acelere el paso, pero él no se retira la cámara del rostro. Es temporada de jacarandas en Ciudad de México y da la casualidad de que el violeta le va bien a Irene. En el castillo admiran los murales y las antiguas habitaciones; después

salen al mirador. Irene recoge una flor de jacaranda y se la coloca detrás de la oreja. Porfirio le dispara el resto del rollo fotográfico. Es su luna de miel.

—¿Esto es todo? —dijeron los chicos en la primera visita—. Pudimos haberlo imaginado.

Cuando se superó la mitad de la obra, pasaban a darle un vistazo todos los días. Porfirio solía acompañarlos; les recordaba que había que tocar los muros, entrar a cada una de las habitaciones y recorrer los pasillos, una y otra vez, hasta el hartazgo.

—¿No va a haber techo? —los chicos preguntaban.

A Porfirio le sorprendía lo similar que estaba quedando la obra a la de su infancia. En repetidas ocasiones se ponía en cuclillas y examinaba el espacio. Cerraba un ojo y con el índice verificaba la alineación de los muros; para comprobar las distancias, caminaba por los pasillos con largos pasos y con los brazos abiertos.

—Tal como lo tengo acá arriba —decía y se tocaba la sien—. Pero en estos años se me había olvidado tomar en cuenta el crecimiento de mi cuerpo.

Los años remarcaron las afinidades dentro de la casa.

Por un lado, estaban Alfonso y Vilma, que compartían el gusto por la música; por el otro, Alejo y León, que lo hacían por la arquitectura.

Sin embargo, dentro de los pares existía cierta divergencia.

Alfonso había practicado el minimalismo musical que Vilma veneraba, pero luego descubrió que para él la mitad del gozo residía en acompañar el piano con la voz, y empezó a cantar boleros y tangos.

Alejo se dejaba seducir por los proyectos de arquitectura delirante que le mostraba León, pero sus libros favoritos eran los de la sensata estética del interiorismo japonés.

Porfirio vigilaba la cercanía de los chicos con sus abuelos. Si estaban pasando mucho tiempo juntos, desviaba la atención de aquellos con alguna tarea. El motocrós y el atletismo le gustaban porque eran actividades mucho más terrenales que la música y la arquitectura, y él conocía los riesgos de estudiar materias tan vastas durante la infancia. Los viajes también eran un modo de contrapesar la vida de reclusión en el rancho; eran un encuentro con la realidad.

*Terrenales.*

Así describía de vez en vez Porfirio a Irene.

«Una mujer terrenal».

Y así quería que fueran sus hijos.

Terrenales.

Aunque no abandonó las escapadas en motocicleta, Porfirio reapareció en la oficina. Después de un año de ajetreo, León pudo por fin respirar. Creyó que todo volvería a la normalidad: su hijo se haría cargo de la administración y él de la ordeña, y la empresa seguiría con su marcha natural. Pero estaba equivocado. A su regreso, Porfirio se dedicó a preparar un modelo de negocio para la venta de franquicias de La Compañía.

—Es la única manera de crecer —le dijo a León.

A éste no le gustaba la idea de hacer partícipes a terceros en la marca familiar. Prefería mantener el camino que llevaban, con crecimiento acompasado pero estable, y, sobre todo, evitar tratos con desconocidos.

Cuando los pormenores del modelo de franquicias quedaron resueltos, padre e hijo platicaron formalmente de la posibilidad.

—Si la empresa funciona, ¿cuál es la necesidad de cambiar, Porfirio?

—Algo seguro es que no podemos seguir así. Apenas nos damos abasto.

Desde hacía muchos años moderaban el ritmo con que se dirigen la palabra.

—Las cosas van a mejorar ahora que estás de regreso.

—Otra cosa segura es que yo no puedo seguir así. Ya le di a la empresa veinticinco años de mi vida. Creo que es suficiente.

—Es nuestro patrimonio.

—Y con las franquicias va a crecer, te lo aseguro.

—¿Cómo sabes eso, eh?

—Ahí están los números.

Hablaban lento para no soltar ninguna palabra desatinada.

—No me gustaría compartir algo tan sagrado con otra gente, Porfirio. Un negocio como el nuestro es algo sagrado.

—¿Sagrado? Todo fue una ocurrencia.

—Sí, sagrado.

—Una ocurrencia para arrancar con el rancho, nada más.

Hablaban lento porque las palabras entre ellos tenían un peso especial.

—También es patrimonio de los chicos.

—De ellos me encargo yo, papá.

—No falta mucho para que puedan hacerse cargo de algunas tareas.

—De ningún modo, no. No voy a permitir que malgasten su juventud detrás de la caja registradora.

—Esa decisión es de ellos.

—No les voy a hacer lo que tú a mí.

Como si las palabras se cristalizaran una vez dichas.

Porfirio le escribía a Marta cada tanto, aunque no sabía bien por qué.

Así se justificó en la primera carta: «Creo que no me dirijo a ti en realidad, sino a la persona que recuerdo. Ella sabía escuchar y rara vez daba consejos. A lo mejor era en parte por desinterés, pero creo que principalmente era porque estaba tan perdida como yo. Y eso me haría bien ahora: algo de silencio empático».

Ella no respondía.

Porfirio a veces le escribía sobre los años de su adolescencia en Tuxpan, sobre Irene, sobre sus hijos y sobre los paseos en motocicleta a ningún lado, pero el verdadero asunto de las cartas se fue revelando poco a poco: la configuración de su mente. «Han pasado más de treinta años desde que se construyó la casa de la memoria de Cienfuegos —escribió—, y no ha habido un día desde entonces en que no haya recorrido en mi mente esos pasillos. Cierro los ojos y eso veo. Todo lo que tengo en la cabeza está ordenado ahí».

En cada entrega, Porfirio se tomaba un espacio para detallar la dinámica de su memoria. Nadie a su alrededor lo sabía, pero

después de la salida de Cuba había intentado varias veces deshacerse del diseño mental y había fracasado sin falta, por lo que tuvo que aprender a vivir con él. «En el colegio me dio algunas ventajas. No tenía que hacer nada más que mirar la pizarra y almacenar la información en la casa. Afiné tanto la visión que en el librero de una habitación cabían los apuntes de un año. Mis profesores se molestaban porque no escribía mucho. Creo que cursé el bachillerato completo con el mismo cuaderno».

Era posible que las cartas no llegaran a su destinatario. La dirección que Vilma le había dado a Porfirio era de hacía más de una década. Él, sin embargo, tenía fe en que Marta las leía: el silencio se sentía distinto.

El padre y los chicos llegaron a la casa. Él cargaba una pala y ellos un árbol de jacaranda en maceta. El viento entraba por el extremo de un pasillo y salía por el otro; el sonido que suscitaba la corriente era leve y placentero. En el centro del patio había un recuadro de tierra. Antes de ponerse a cavar, el padre se pasó el brazo por la frente y se alzó los pantalones. Los chicos lo miraron. Si el viento soplaba mucho, se creaba la sensación de que la casa respiraba. En cierto punto, sin decir palabra, los chicos extrajeron el árbol de la maceta, lo acostaron en el suelo y enseguida salieron del patio uno detrás del otro. Minutos después, volvieron con un cubo de agua cada uno. El padre había terminado y se refrescaba con el viento. Finalmente, vertieron un cubo en el agujero, introdujeron el árbol, rellenaron con tierra y vertieron el otro cubo de agua. La jacaranda se movía con el viento.

Cuando la casa de la memoria quedó terminada, Porfirio les dijo a sus hijos:

—Unos llevan un amuleto en el cuello, ustedes tienen esto. Cuarenta habitaciones, cuarenta postales de su madre. Nunca la van a olvidar.

Comenzaron a visitar la casa sin su padre. Iban juntos, pero ya dentro solían tomar rumbos diferentes. Uno, por ejemplo, se metía en una habitación del brazo norte y recreaba la noche en que Irene le había curado el insomnio con la historia de una anciana que le tejía suéteres a los árboles. El otro se metía en una habitación del brazo sur y volvía a la mañana interminable en que se meció con Irene en una hamaca. Sólo si estaban en el humor indicado, acordaban encontrarse en una de las habitaciones de recuerdos compartidos y evocaban la escena entre los dos.

Aunque la intención era que tarde o temprano pudieran realizar la dinámica en su mente, no llevaban ninguna prisa: les gustaba estar ahí. Era un espacio de privacidad y juego, y tenían la edad exacta para disfrutarlo. Podían pasar horas en una sola escena, y había más habitaciones en la casa que días en el mes. El encanto de la construcción los mantendría entretenidos durante años.

Vilma se lo había dicho meses atrás: «A tu padre le está fallando la cabeza». Como ella no decía cosas a la ligera, Porfirio lo observó unos días. Fue así que se enteró de que León se había vuelto un viejo. Hacía tiempo que el pelo se le había encanecido, pero ahora también tenía los brazos y el pecho completamente plateados; la

mirada siempre en el suelo, caminaba gacho y a veces en círculos, murmurando pensamientos. Si bien era evidente que su padre había dado un bajón considerable, Porfirio no creyó que tuviera nada. Hablaba menos y cada cuando olvidaba una palabra, pero seguía siendo el mismo de siempre.

Así que la vida continuó.

Sin más.

Y siguió y siguió.

Hasta el día en que León, en uno de sus paseos por el rancho, terminó en lo alto de un cerro sin saber dónde se encontraba y unos campesinos lo tuvieron que llevar de vuelta a la casa. «Te lo dije —le reclamó Vilma a Porfirio—. Algo tiene. Hace medio año que no abre un libro».

León justificó el episodio como una desorientación fugaz, y el furor excesivo con que lo hizo acabó de acentuar la preocupación de la familia.

Para la consulta con el médico, tuvieron que arrastrarlo a Tuxpan. León se empeñó en demostrar su buena salud y lucidez, y al principio creyó que tendría éxito; además, los análisis de sangre resultaron estupendos. Pero después vinieron las evaluaciones cognitivas, y el optimismo y el verbo le sirvieron para nada: una tras otra, falló las pruebas de memoria a corto plazo. Aunque no le hablaban con claridad, él adivinaba que el asunto estaba lejos de terminar.

En un par de semanas, los médicos lo remitieron a un centro de neurología en Ciudad de México. León se resistió con la fiereza de su nombre. Las discusiones con Vilma y Porfirio se llevaron a cabo en el tono más dócil y en el más violento, y agotaron cada uno de los silogismos de la terquedad. Más que un juzgado, la mesa

familiar se volvió un cuadrilátero. El proceso fue tan cansado y catártico que al final, desprovisto de todas sus armas, León se dejó conducir con una docilidad infantil.

Tenía setenta años cuando le diagnosticaron alzhéimer.

Irene cruzada de brazos, caminando hacia el mar. Bajo una palapa, la familia observa la lluvia, pero al primer trueno todos empiezan a recoger sus pertenencias y a meterlas al auto. El día de playa ha terminado, hasta Alejo y Alfonso lo comprenden. El viento se lleva volando el mantel de la mesa, y Vilma y León van detrás de él. Nadie advierte cuando Irene se encamina hacia el mar, cruzada de brazos. La lluvia redobla su intensidad. Retumban los truenos y rugen las olas. De pronto, Porfirio levanta la mirada, señala hacia Irene y sale corriendo. La lluvia difumina la imagen, pero desde la palapa los chicos perciben cómo la embiste, la levanta en el aire y comienza a girar una y otra vez. Estalla la risa de Irene. Alejo se echa a correr; luego Alfonso. Vilma y León los siguen con la mirada. Llueve, y los cuatro se arrojan agua. Llueve y llueve, y se tumban en la arena. Llueve y llueve y llueve, y se meten al mar.

«La dinámica que les estoy enseñando a los chicos para recordar a Irene —escribió Porfirio en una carta— es algo que yo comencé a hacer inconscientemente. Un día me di cuenta de que al pensar en las personas se me venía por automático a la mente el diseño de los pasillos. Ahí, en las habitaciones, guardaba los recuerdos más significativos, a veces eran imágenes, a veces sensaciones.

»Me sigue pasando con todos, sin salvedad. Digamos que la casa se convirtió en el único modo en que mi mente organiza información. Es incontrolable. Hay personas de las que sólo tengo uno o dos recuerdos, personas que he visto una vez, y aun así los tengo distribuidos en una versión de la casa en que sólo una o dos habitaciones están ocupadas. De las personas más cercanas tengo miles de recuerdos, claro. Por ejemplo, si pienso en Vilma, puedo acceder a incontables versiones de la casa, cada una con cuarenta habitaciones de recuerdos. Es raro. A veces las habitaciones están ordenadas por el tiempo y a veces por la naturaleza de los recuerdos. Ahora estoy pensando en una vez en que Vilma se pinchó un dedo con una aguja y por primera vez la escuché maldecir. Es un recuerdo específico: estábamos en la sala chica de la casa de Cienfuegos y ella cosía el botón de una camisa. Bien. Pues esa escena, no sé por qué, la veo en el brazo sur, segunda puerta de la derecha. Ahí está. En el resto de habitaciones de esa versión de la casa hay otras escenas en que Vilma maldice o suelta una grosería, pero también hay recuerdos que ocurrieron en los días cercanos al incidente con la aguja. ¿Me entiendes? De hecho, también hay unos cuantos de ella haciendo remiendos.

»En fin, no quiero que esto les ocurra a mis hijos. Sólo estoy tratando de ayudarlos un poco a conservar la imagen de su madre. La casa les va a servir para eternizar cuarenta escenas nítidas de ella, y nada más. Porque eso sí: los recuerdos se conservan con la calidad de una película».

El único tratamiento que no le molestó a León fue el go. Los fármacos, el ejercicio físico y otras actividades de estimulación cognitiva,

como la pintura y los rompecabezas, le generaban una tremenda desgana. El go, en cambio, lo practicó con la devoción de antaño; en el tablero halló el último rincón del mundo que podía controlar a sus anchas y, por consiguiente, acudía a él cuantas veces fuera posible.

La persona con quien jugaba era Alejo, a quien le había enseñado las bases tiempo atrás. Para estar al nivel de su abuelo, el chico se impuso mejorar su juego con una determinación tan recia que abandonó el motocrós unas semanas; leyó libros de estrategia y por una larga temporada les dedicó a las piedras las mejores horas del día. Aunque estaba por cumplir quince años, la noticia de la enfermedad de su abuelo le dio un empuje definitivo hacia la madurez. Alejo soportó con paciencia los esporádicos cambios de humor de León y las palabras con veneno en que por lo regular éstos desembocaban; escuchó tristezas y aplaudió alegrías y consoló miedos, y lo hizo con un amor que nadie sospechaba que tuviera, empezando por él mismo. El esfuerzo valía la pena por aquellos momentos de calma en que, a media partida, León le decía: «Esto nunca lo voy a olvidar».

Esa mañana salieron a correr uniformados de color rojo, Porfirio y sus hijos. Acostumbraban turnarse la delantera como las aves que migran; no era, sin embargo, cuestión de aerodinámica, sino de compartir el mando. La ruta la armaban entre todos y siempre era distinta. Esa mañana Alfonso los llevó hasta la planta quesera, después Porfirio quiso zigzaguear por entre los árboles de naranja y Alejo, por último, los acercó a la carretera y alcanzaron la entrada principal del rancho. Al final de la carrera, sin perder la formación, comenzaron un esprint por el camino que conducía a la casa, pero

pronto se toparon con una imagen que a esa temprana hora tenía un aire espectral: una mujer en gabardina. Alejo frenó y enseguida Alfonso y luego Porfirio... unos puntos suspensivos en tinta roja.

La mujer se giró.

—Viniste —dijo Porfirio, jadeando.

—Claro que he venido —dijo ella.

Sus verdes ojos fosforecían con el sol naciente. Como la gabardina le cubría el cuerpo, sólo destacaban sus botines negros y sus aretes dorados; al hombro llevaba un bolso y en una mano una pequeña maleta.

Los chicos y Porfirio seguían uno detrás del otro. Éste se puso las manos en las rodillas y trató de recuperar el aliento. Aquéllos miraron a la mujer y la mujer los miró a ellos. El silencio se acumulaba. La mujer les sonrió y ellos le sonrieron. Por fin, Alejo rompió la formación y dio unos saltos por ahí para aflojar el cuerpo. Alfonso se quedó en su sitio, atento al misterio de la mujer, y dijo:

—Nos gusta correr, es lo nuestro.

—Es muy lindo el uniforme.

—Yo soy Alfonso.

—Encantada. Yo me llamo Marta.

Había decidido ir a La Compañía cuando leyó sobre la enfermedad de León en una de las cartas. Aunque las palabras de Porfirio no extendían una invitación, sugerían la visita.

La mañana de su llegada, entró en la casa con Porfirio y los chicos y los siguió hacia la cocina. Ahí estaba Vilma, vestida de blanco, preparando el desayuno. Se saludaron con dos besos en las

mejillas, pero hubo de ser al vuelo y sin abrazo, pues Vilma tenía el fuego encendido.

No hubo preguntas ni comentarios del tipo: «Una eternidad sin verte» o «¿Qué haces aquí?». De hecho, lo primero que Vilma le preguntó a Marta fue en referencia al modo en que tomaba el café: «Dos de azúcar y leche, ¿no es así?». Les tomó un segundo desenterrar el trato cotidiano de su juventud. Si no hubiera sido por las arrugas y las canas, nada habría revelado que el tiempo, una cantidad innumerable de tiempo, había transcurrido.

El encuentro con León fue distinto. Cuando Marta se sentó a su lado, en la biblioteca, él le tocó el rostro, incrédulo de la realidad. Le acarició la frente y las cejas, la nariz y el cuenco de los ojos, la barbilla y los labios, las orejas y el cuello. Sin desprender la mano de esa piel amiga, León se volvió hacia Porfirio y Vilma y dijo: «Es ella».

En los días siguientes, León se deleitó demostrando que la memoria de largo plazo la tenía intacta. Hablaba con emoción de Cienfuegos y de la finca, haciendo un especial énfasis en los enseres de la casa. «¿Recuerdan el cenicero de cristal de Murano? Era azul. Estaba en la sala grande, sobre una mesita de madera de una sola pata». A menudo los demás admitían que habían olvidado dichas minucias y León se jactaba; sin embargo, había mañanas en que, en el desayuno, volvía a mirar con asombro a Marta, le tocaba el rostro y, reconociéndola por primera vez, le decía: «Tú».

Con el retiro forzado de su padre, Porfirio echó a andar el modelo de las franquicias de La Compañía. Empezó por traspasar las sucursales ya establecidas, a excepción de las de Tuxpan, que

quiso conservar por orgullo. Después corrió la voz y puso anuncios en el periódico de la venta de franquicias de la marca, y en el curso del año abrieron sucursales en Veracruz, Puebla, Tulancingo y Orizaba. El cambio que originó el modelo fue que, en vez de atender una docena de sucursales propias, ahora Porfirio sólo se encargaba de producir y distribuir los insumos. Si bien no disminuyó demasiado, el trabajo por lo menos se concentró en el rancho, y las utilidades de la empresa se fueron hacia arriba.

De vez en cuando era necesario que León firmara algún papel. A Porfirio nunca le iba bien con esto, sin importar lo que intentara. Si le decía la razón verdadera y le explicaba sobre la reestructuración de la empresa, León daba de gritos y arrojaba el bolígrafo. Si lo trataba de engañar, apenas leídas unas líneas, él le reclamaba: «Ten la decencia de no tratarme como a un idiota». A veces Porfirio optaba por dejarle los papeles en la biblioteca y esperar que al otro día aparecieran firmados. En tanto avanzó la enfermedad de su padre, no le quedó más remedio que sacar provecho de los agujeros de su memoria y presentarle los papeles con la frase: «Aquí está lo que me pediste»; funcionaba sin salvedad.

Todos los días encontraban un momento para ellos, León y Vilma.

Y también Marta.

En el banco del piano, en una vereda del rancho, detrás de una puerta con llave.

Se aislaban de la realidad y retrocedían en el tiempo.

Una terna de amigos que desentierran un álbum fotográfico.

El álbum de un amor furtivo.

Ellas estaban a dos años de los setenta.

Les temblaba la voz, pero no la risa. Se movían con cautela, pero con garbo. Dormían poco, pero soñaban suficiente.

Él tenía setenta y uno.

Se le escapaban las palabras, pero no el significado. Dejaba caer los objetos, pero tenía buenas manos. Lloraba sin razones, pero acusaba a la alegría.

A diario hallaban unos minutos, aunque fueran pocos.

Regaban plantas, posaban frente al espejo, se hacían gestos.

León y Vilma.

Y también Marta.

Una terna de amigos que comparten el último cigarrillo de la noche.

Una noche inventada para ellos.

—Es idéntica —dijo Marta cuando visitó la casa de los pasillos—. Como si hubieran transportado la de Cienfuegos.

Porfirio la había llevado a recorrer el rancho y aquella era la última parada. Alejo los acompañaba. Era un día brumoso.

—Una jacaranda —dijo Marta en el patio—. Eso es nuevo.

—Sí —dijo Porfirio.

—Nosotros la plantamos —dijo Alejo.

El viento soplaba.

—No puedo ver este lugar sin escuchar el sonido de tu armónica —dijo ella.

Las nubes corrían líquidas en el cielo.

—¿Tocabas la armónica? —preguntó Alejo.

—Sí, un poco —dijo Porfirio.

El canto de los pájaros no tenía eco.

—¿Un poco? —dijo Marta y se volvió hacia Alejo—. No paraba nunca.

—Qué raro —dijo el chico—. ¿Cómo era eso?

—Como el maullido de un gato con hambre —dijo ella.

Caminaron por la casa. Marta se obstinó en asomarse a las habitaciones como si vislumbrara más que muros lisos. Recorrían de lado a lado un pasillo y salían de la construcción; luego caminaban hacia otra entrada y volvían a cruzar los treinta metros de distancia. Mantuvieron esta acción hasta que la plática se les terminó y se detuvieron en el patio.

—Gracias por haberme dejado venir, Porfirio —dijo Marta.

Las ramas de la jacaranda se tambaleaban y crujían.

—Me da gusto que lo hicieras —dijo él.

En el suelo había unos cuantos pétalos violetas.

—Ha sido estupendo volver a verlos, a Vilma y a León. —La voz de ella también se tambaleaba y crujía—. Ustedes son como familia.

—¿Tú no tienes hijos? —preguntó el chico.

—Alejo, eso no es asunto nuestro —dijo Porfirio.

—No me molesta —replicó Marta y se acercó a la jacaranda.

—Lo lamento —dijo Alejo.

La bruma se había metido al patio.

—No, no tengo hijos.

—Lo lamento —volvió a decir Alejo.

—No hay por qué —dijo ella—. Tengo familia, pero nunca tuve hijos.

La humedad se podía tocar en el aire.

—Vamos —dijo Porfirio y se enfiló hacia un pasillo—. Es hora de volver a casa.

Camino hacia fuera, Marta le dio unas palmadas a los muros.

Supieron que León había entrado a la siguiente etapa de la enfermedad cuando comenzó a creer que estaba en la finca de Cienfuegos. Preguntaba por el profesor Atwood, hablaba de la revolución de Sierra Maestra y se vestía para ir a la oficina. En la casa se estableció la norma de cerrar las puertas con seguro. Los cambios de humor de León se agravaron, aunque cada vez era más frecuente la tristeza que el enojo. La resignación lo fue desgastando mes a mes, discusión tras discusión, y terminó por orillarse hacia el silencio. Si lo sentaban frente a un muro, una ventana o un espejo, era lo mismo: él perpetuaba una mirada de derrota.

Vilma tuvo que batallar con su espíritu apático y prestar las manos para el cuidado de su marido. Como él todavía gozaba de independencia para lo más básico, su faena no era otra cosa que ayudarlo con la torpeza de sus movimientos y, sobre todo, vigilarlo. Vilma ingenió una prueba diaria para valorar la mente de su marido: le pedía que le contara cómo se habían conocido. Él narraba la crónica del remoto concierto en el Teatro Auditorium de La Habana; a veces cambiaba algunos detalles y las frases perdían precisión, pero la base de la historia no variaba nunca. «Tocaste seis piezas esa noche —decía—, cada una con el nombre de un día de la semana. Pero te habías saltado el lunes. A mí eso me gustó». Esta era la única prueba que a Vilma le importaba.

Porfirio lo llevaba a pasear por el rancho. Eran caminatas largas, de una o dos horas, en las que León se asía de su brazo como de la vida misma. Porfirio descubrió que el mejor momento de lucidez de León sucedía en la visita a los establos. Les hablaba a las vacas y a los caballos con una franqueza y fluidez insólitas, a pesar de que les cambiaba el nombre a diario. Porfirio aprovechaba la visita para hacerle preguntas a su padre, quien, distraído con los animales, contestaba de modo inconsciente y perspicaz; en un par de ocasiones, hubo de llevarlo hasta los establos para sacarle alguna información.

Los chicos también ponían de su parte para el cuidado del viejo. Alfonso, que sólo podía ofrecer su música, sentaba a León en la sala de estar y se ponía al piano. Aún tenía una voz suave e infantil, que animaba hasta las canciones más tristes de su repertorio. Los conciertos solían durar una hora, una hora y media, dependiendo del humor del chico; si León estaba teniendo un buen día y canturreaba algunas estrofas, Alfonso se ponía de pie y, sin despegar las manos de las teclas, zapateaba un poco.

Pero quien más esmero invirtió en el asunto fue Alejo. Aunque León no diera señales de interés, le contaba sobre su vida cotidiana: las amistades de la escuela, los kilómetros corridos, los recuerdos de Irene. Alejo estaba convencido de que su abuelo lo escuchaba desde una esquina de su mente. Con el tiempo tuvo que hablar incluso durante las partidas de go, pues cada vez los turnos se prolongaban más. León comenzó a mirar el tablero con la vaciedad con que miraba el resto de las cosas. El intervalo entre los movimientos fue creciendo y creciendo, hasta que en el transcurso de una tarde las piedras en el tablero no sumaron más de diez y quedó en evidencia que aquella había sido la última de sus partidas.

Alejo, que tenía diecisiete años, no se rindió; se propuso leerle a León y le siguió hablando como a los amigos. Fue por ese entonces cuando desempolvó los baúles con que la familia se había embarcado a México décadas atrás y encontró fotografías y planos de las obras que su abuelo había construido en Cuba; eran edificios de una afilada sencillez, sobrios, de proporciones moderadas. En los baúles también se hallaba una extensa colección de dibujos y apuntes que aludían a la materia de la arquitectura visionaria, y Alejo tuvo el acierto de leerlos en voz alta; León levantaba las cejas y asentía en algunos pasajes, e incluso a veces hacía un comentario. «Un hotel infinito —decía—. Imagina eso, muchacho».

Irene en la cama, con una almohada sobre la cabeza. Alejo y Alfonso entran corriendo al dormitorio y le saltan encima. Revoltijo de sábanas, extremidades y risas. Es la mañana del cumpleaños treinta y cinco de Irene. Cuando cesa la batalla, los chicos la conducen a la cocina, aún en pijama. La mesa está servida. Fruta, pan y café. Un ramo de margaritas blancas. No hay manera de que los chicos hayan preparado aquello, pero nadie más aparece por ahí durante el desayuno. Alejo y Alfonso se disponen a recoger los platos, cuando, allá fuera, se escucha que un auto se acerca y toca el claxon. Irene no puede terminar de beber la taza de café: Alejo la toma de un brazo y Alfonso se le cuelga del cuello. Cruzan el patio y salen de la casa. Un auto con un moño de regalo en el cofre se detiene en la entrada. Porfirio desciende y abre los brazos. Sin desprenderse de sus hijos, Irene se apresura a abrazarlo. El auto es un Volkswagen Atlantic azul mediterráneo.

Marta se quedó en La Compañía once días, sólo eso.

Once días que parecieron una época.

Pasó la mayor parte del tiempo junto a Vilma, con quien la complicidad seguía siendo la de antaño. Más que hablar, cuchicheaban, y no paraban de reír: la vejez les había devuelto la levedad de la infancia.

Cuando ya no tenían nada que decir, Vilma tocaba el piano y Marta se entregaba a fumar, un cigarrillo tras otro, hasta la última nota.

Marta no reveló mucho de su vida, no por reserva, sino porque su interés en los demás era desmedido. Desde su llegada, asumió el cometido de recabar toda la información posible sobre los miembros de la familia Belmonte. No tomaba notas, pero daba la impresión de que lo haría en cuanto estuviera sola. Cuando alguien hablaba, ella lo miraba con la intensidad del verdor de sus ojos y asentía al ritmo de las palabras; casi siempre interpelaba con alguna pregunta, alguna broma, pero si no lo hacía guardaba un silencio manifiesto, medido, distinto a los demás, que era también un tipo de réplica.

No anunció el tiempo que se quedaría, acaso ella misma lo desconocía, pero todos intuyeron que no sería mucho. Después de cenar, al término de una composición, cuando se acomodaba el pelo, Marta no podía evitar mirar el reloj en su muñeca.

Se quedó once días.

Una época.

El siguiente paso en el modelo de las franquicias fue establecer sucursales en las carreteras de Tuxpan. En soledad, a bordo de su motocicleta, Porfirio barrió la zona de arriba abajo y se apersonó con los dueños de las gasolineras. Además de que la marca ya se había

hecho de buena reputación, el éxito de la propuesta estuvo relacionado con su modo de hablar, directo, formal y seguro, tan distinto de la común digresión costeña. Porfirio estaba en su mejor momento; rebasaba la cuarentena y el aura gris que lo rodeaba desde la viudez le había dado el semblante de quien se tiene mucha confianza.

Las aperturas en las gasolineras terminaron de redondear la transformación de la empresa. Para el año de 1992, La Compañía contaba con treinta sucursales esparcidas por la región, de las cuales sólo tres, las de Tuxpan, regentaba Porfirio. A partir de entonces, éste se dedicó a perfeccionar la producción y distribución de los insumos, así como la gestión de la oficina. El propósito último era crear un sistema autosuficiente, que no le demandara demasiado tiempo; antes de llegar a los cincuenta, lo lograría.

Alejo estudió a profundidad los escritos y dibujos que encontró en los baúles de su abuelo. Los papeles no estaban archivados en ningún orden específico y resolver el embrollo fue en parte lo que lo atrajo con tanto fervor.

La arquitectura visionaria era la materia central de la colección.

Una prisión subterránea con la distribución de un hormiguero.

Un acueducto circular.

Una habitación para tocar el piano suspendida en el aire por una grúa.

Solía haber varios bocetos de cada proyecto, además de algún texto descriptivo, pero había que seleccionarlos y reunirlos, pues todo estaba desperdigado en los baúles. Dotado de una paciencia meticulosa, Alejo pasó un año completo tratando de darle

sentido a aquello. Primero su labor consistió en organizar el material y posteriormente en analizarlo.

En el revoltijo de papeles también había documentos de otras temáticas.

Reflexiones sobre el juego de go.

Tablas de contabilidad de la finca de Cienfuegos.

Fotografías de casas y edificios.

Alejo no pudo conseguir a nadie que lo ayudara con el ensamble de las piezas; Vilma no estaba interesada y Porfirio reprobaba el propósito. Ni siquiera su hermano, que solía interesarse en lo mismo que él, lo secundó. En los baúles Alfonso no veía nada más que un montón de papeles viejos; Alejo, en cambio, cada vez se convencía más de que ahí dentro había un enigma que resolver. La única colaboración de la que dispuso fue la de su abuelo, a quien había que hostigar con preguntas y ruegos para que soltara pequeñas dosis de información.

—Eso no es un edificio —decía, por ejemplo, un día—. Es un monumento.

—Un monumento al olvido —aclaraba la semana siguiente.

Y el próximo mes:

—Está pensado para hundirse en la tierra a través de los años.

A mitad de la noche, Alejo salió de la cama y se dirigió al patio. Ahí estaba Marta, fumando un cigarrillo, sentada en el borde de la fuente. La miró un largo rato antes de salir de la sombra.

¿Tampoco puedes dormir?

Alejo, dijo ella. Qué susto.

Las volutas del humo que salían de su boca eran nítidas bajo la luz de la luna.

¿Sabes la hora?, dijo él.

No.

El agua de la fuente sonaba como unas piedras dentro de una caja.

¿Te pasa a menudo?, dijo ella.

Qué.

No dormir.

Ah, dijo él. A veces, no mucho.

Entiendo.

Es algo nuevo.

¿Cuántos años tienes?

Quince, pero casi dieciséis.

Sí, uno empieza a no dormir a esa edad.

Ya.

Disfrútalo mientras puedas.

Alejo tomó asiento junto a ella, en el borde de la fuente. El ambiente era fresco.

¿Sabes? Me he quedado pensando en lo que dijiste el otro día sobre mi padre. Que tocaba la armónica.

Sí, bastante bien, por cierto.

No lo sabía. En mis quince años de vida, jamás lo escuché hablar sobre la armónica.

Bueno, casi dieciséis, dijo ella.

¿No te parece extraño?

Marta encendió otro cigarrillo.

¿Cuántas cosas por el estilo no sabré? De él y de otras personas.

Quizá lo de la armónica era algo privado, dijo ella. Un secreto.

Puede ser. Pero aun así es extraño que no lo mencionara.

Es imposible saberlo todo de una persona.

No sé, dijo él. Si tocas un instrumento, lo dices. Es algo importante.

Sí.

Y nosotros hablamos mucho, cuando estamos solos. En el auto, haciendo ejercicio, haciendo alguna reparación, hablamos mucho y hablamos de verdad, ¿me entiendes? Hablamos de todo.

Alejo metió una mano en el agua de la fuente y luego se la llevó a la nuca.

¿Te dije que de joven fui bailarina?, dijo ella y se levantó.

No, no sabía.

Marta llevaba un camisón blanco a las rodillas.

Mira, dijo ella.

Se puso en puntillas y arqueó los brazos sobre la cabeza.

¿No te duele?, dijo él.

Un poco. Siempre que me acuerdo de mis pies, me duelen.

Marta alzó una pierna a la altura de su cadera y se sostuvo en la otra, sin descansar el talón. Tenía el torso echado hacia enfrente y los brazos abiertos, pero la gravedad no operaba sobre su cuerpo.

Sorprendente, dijo Alejo.

Marta elevó más la pierna en el aire y comenzó a girar lentamente. Como aún sostenía en una mano el cigarrillo, la brasa trazó un aro rojo en la noche. Al completar la vuelta, Marta recuperó su postura natural.

*Voilà*, dijo.

¿No lo extrañas?

Nada.

Seguro que eras buena, dijo Alejo. Sí, tienes la apariencia.

Es algo que nunca menciono, dijo Marta. A veces incluso se me olvida que solía bailar.

Alejo sonrió; sus dientes brillaron con la luz de la luna.

Me voy, dijo y se volvió a mojar la nuca. Quiero dormir un poco.

Yo también, dijo ella. Es hora.

Se enfilaron hacia lados opuestos del patio, pero antes de entrar a las habitaciones se miraron.

No tengo idea de quién seas, dijo Alejo, pero me alegra que hayas venido.

Gracias, dijo Marta.

Te voy a recordar.

Yo a ti.

Al organizar el contenido de los baúles, Alejo se encontró con un conjunto de apuntes de su abuelo que no entraban en ninguna de las categorías de la nueva clasificación. No se podía decir que eran ensayos ni poemas; a veces imperaban las reflexiones, a veces las descripciones y a veces los sonidos. Los apuntes estrenaron una categoría propia.

El archivo de arquitectura visionaria abarcaba la mayoría del acervo. Estaba compuesto por proyectos de arquitectos ilustres y por los de León, y tanto unos como otros iban acompañados de una serie de anotaciones en hojas delgadísimas que el tiempo había amarillado. Otra buena parte del contenido eran planos y fotografías de las obras que León había construido en la realidad. También había una categoría con los registros de la operación de la finca de

Cienfuegos, que consistía en ventas, salarios y ganado. Categorías menores eran la del go y la de recortes periodísticos.

La serie de apuntes que Alejo encontró no eran ensayos ni poemas, a pesar de que algunos hospedaban ideas y otros se formulaban en verso. Gozaban de la particularidad de que la superficie en que estaban escritos no era común ni uniforme: pedazos de cartón, revistas, envoltorios de chocolatinas, chapas de madera, folios de todos tipos y tamaños y hasta un pañuelo de bolsillo. Hablaban del campo, de la geometría del amor, de la infancia y del sonido del piano, aunque decir *hablar* hubiera sido una condescendencia: aquellos textos eran los pensamientos de un náufrago enloquecido; no tenían principio ni fin, omitían la puntuación más básica y, más que enunciar, titubeaban. Alejo no comprendía mucho, pero hallaba cierto gozo en la lectura. Tuvo la corazonada de que si les asignaba un orden y los pasaba en limpio, algunos pasajes se aclararían. Como esto no funcionó y nadie en casa estaba interesado en los baúles, sólo le quedó el recurso de la lectura obsesiva y la interpretación personal. Para esas fechas, el habla de León se había reducido bastante y Alejo ni siquiera intentó preguntarle nada. Lo que lo cautivaba era que los textos habían sido escritos cuarenta años atrás y sus formas inescrutables ya presagiaban la demencia que se apoderaría de León en la vejez.

Marta se marchó la tarde de un domingo, diez noches después de su llegada.

Por la mañana, en la biblioteca, le leyó a León la sección de deportes de un periódico viejo. Así fue que se despidió, no con las palabras, sino con el tono, como hubiera hecho quien no habla el

idioma del otro. La liga de baloncesto estadounidense, el Giro de Italia o la escuadra de la selección nacional de fútbol, la naturaleza de los párrafos era indistinta: el adiós vibraba en la voz. El mensaje de Marta se transmitió con tal eficacia que al final León le dijo: «No tardes en volver».

A mediodía, Marta fue con Vilma a ver la práctica de los chicos en la pista de motocrós. El estruendo de los motores fue un gran pretexto para no hablar. Sentadas sobre el césped, Marta fumaba y de vez en cuando, sin soltar el cigarrillo, le ofrecía a Vilma una calada. Los chicos saltaban en el aire. En un punto, Marta se volvió sobre su hombro y advirtió que Porfirio estaba de pie a la distancia, mirándola. Había llegado la hora. Intentó decirle unas palabras a Vilma, pero el sonido de las motocicletas era rotundo. Se despidieron con dos besos en las mejillas.

Porfirio condujo a Marta a Tuxpan, en donde cogería un autobús. En los once días, fue el único tiempo que pasaron a solas. Hicieron algunos comentarios del clima y del paisaje y del crecimiento de la ciudad, y a la media hora aparcaron frente a la terminal. Antes de descender del auto, Marta envolvió a Porfirio en un abrazo prolongado y suave; él alcanzó a ponerle un brazo en la espalda, enterró el rostro en su pecho y se echó a llorar.

No volvieron a escribirse nunca más.

Nadie se exaltó con la noticia de que Alejo se iría a Ciudad de México a estudiar arquitectura. El chico se percató de ello por vez primera al hablar con su padre, que lo escuchó feliz pero sereno, como si se hubiera enterado de la decisión días atrás. Lo mismo ocurrió con

su hermano y su abuela, cuya reacción de sorpresa no pudo ser menos convincente. Alejo gozó sólo de la emoción de León, pero le fue suficiente porque su abuelo estallaba cada vez que se ponía al corriente de la vida.

En el verano, Porfirio y Alejo viajaron a la capital para resolver el alojamiento de éste y entregar algunos papeles en la universidad. Por una semana, no hicieron más que caminar por los barrios sureños de El Pedregal y Coyoacán. Alejo nunca vio a su padre tan contento, tan lleno de optimismo y energía; cualquiera hubiera dicho que era él quien iniciaba la aventura. «Que no se te olvide disfrutar esto —decía señalando hacia todas partes—, en especial cuando empieces a acostumbrarte. Caminar por estas calles, con la cabeza llena de ideas, sin otra preocupación que elegir el restaurante para invitar a la muchacha de la clase, ese es el verdadero privilegio. Te lo dice un cubano».

La primera semana de agosto de 1993, Alejo, con dieciocho años, comenzó la carrera de arquitectura en la Universidad Nacional Autónoma de México.

Tras la partida de su hermano, Alfonso fue perdiendo interés en el juego de la memoria, hasta que el asunto se redujo a una anécdota de la infancia. El motocrós se volvió la actividad predominante en su vida; la escuela, el atletismo y la música quedaron relegados cuando logró entrar en el ciclo de competición juvenil del centro del país, que representaba diez carreras al año. Como su padre lo apoyó a ciegas, los trofeos y los podios llegaron pronto.

Desde que había echado a andar el modelo de las franquicias de La Compañía, Porfirio disponía de más libertad y serenidad, y año

con año la empresa seguía creciendo. Próximo a la cincuentena, Porfirio consiguió que sus hijos entraran a flote en la madurez, proeza con la que había soñado desde la muerte de Irene. Todavía tenía la usanza de los largos paseos en motocicleta y cada tanto se tomaba unos días para aventurarse a destinos más lejanos. El desprendimiento del trabajo le permitió llevar una rutina llena de lectura, caminatas por el campo y sueños largos; también se distrajo con la práctica de la armónica y con el eterno mantenimiento que la casa del rancho requería y que él gozaba realizar con sus propias manos. El acomodo de la vida le estaba dando el primer respiro desde la juventud. Sin embargo, el proyecto al que destinaría mayor atención a partir de entonces sería la casa de los pasillos, que comenzó a visitar varias veces a la semana.

Alfonso lo miraba ir y venir, con algunos papeles bajo el brazo, e incluso en ocasiones caminaba con él hasta la construcción, pero no quiso preguntarle nada y Porfirio no tocaba el tema. Maltratada por el sol y la humedad, la casa había adoptado un aspecto ruinoso que la camuflaba entre los pastos y los cerros. Desde el exterior se podían ver las ramas de la jacaranda del patio, que se erguía con el esplendor de su adolescencia y que empezaba a extender su copa en forma de sombrilla. Porfirio entraba en la casa de los pasillos y unas cuantas horas después volvía a la casa del rancho, no se sabía más. Alfonso le hizo notar a Vilma la nueva costumbre de su padre y en el momento ella no opinó nada, pero tras un par de semanas dijo: «Sea lo que sea, es inofensivo. Tiene los ojos más aterrizados que nunca».

En una llamada telefónica con su hermano, Alejo se enteró de las visitas de Porfirio a la casa de la memoria; reconoció estar muy

interesado en más detalles y le pidió a Alfonso que se diera una vuelta por la construcción la próxima vez que su padre se hallara ahí. Al cabo de unos días, Alfonso lo volvió a llamar y le contó lo que había visto.

—Está trabajando en una historia. Primero escribe un rato en el patio y luego lee en voz alta en las habitaciones.

—¿Qué clase de historia? —preguntó Alejo.

—Eso es lo más raro. La historia no tiene sentido. Son puras tonterías.

La próxima vez que estuvo en La Compañía, Alejo le confesó a su padre lo que sabía.

—Ah, eso —dijo Porfirio—. No es nada. Estoy memorizando los decimales de la constante pi.

—¿Qué quieres decir?

—Fui a Roma y lloré. Escúchalo bien. Fui a Roma y lloré. Tres letras, una letra, cuatro, una, cinco. Tres, uno, cuatro, uno, cinco, el inicio de pi.

—Entiendo.

—La estoy memorizando, sólo por deporte.

—¿Y cuál es el fin de todo esto?

—Pasar el rato, solamente. Ver hasta dónde llega mi mente.

—Suena medio loco.

—Alejo, hace poco pasé los diez mil decimales. ¿Lo puedes imaginar? Diez mil. ¡Una locura!

León murió a inicios de 1997, a los setenta y siete años. Como los últimos meses su calidad de vida había bajado mucho, la familia, más que tristeza, experimentó alivio.

Ese mismo día, Alejo, que cursaba el octavo semestre de la carrera, condujo al rancho y llegó al anochecer. La única luz encendida en la casa era la de la biblioteca. Tocó la puerta y asomó medio cuerpo. Ahí estaba Porfirio, tumbado en un sofá, leyendo.

—Papá —dijo desde el umbral.

—Alejo, llegaste.

—Quiero presentarte a alguien.

—Pasa, pasa.

Alejo cruzó el umbral y detrás de él, tomada de la mano, una chica.

—Laura —dijo—, te presento a mi papá.

El rostro de la chica resplandecía.

El chico tomó la pala y siguió a su padre, cuesta arriba. Era una mañana tibia y silenciosa. El padre llevaba las manos vacías y al principio las balanceó en el aire de modo exagerado; cuando el movimiento se volvió inviable, se puso a recoger piedrecillas que enseguida arrojaba hacia ningún lado. En el cielo una maraña de nubes empañaba el azul. El chico asió la pala a media altura del mango y no reacomodó la posición en todo el camino.

Llegaron a la pradera alta que veía hacia las montañas. A lo lejos, algunos autos transitaban por la carretera. Sin decir palabra, el padre extendió el brazo para que el chico le entregara la herramienta, pero éste no lo hizo.

—Déjame intentarlo —dijo.

A un par de metros de la tumba que estaba ahí, el chico comenzó a cavar. El sonido de las paladas era idéntico al de morder una manzana. El padre se recostó pecho a tierra, sobre la hierba, y clavó la mirada en el paisaje.



## Cinco. La mente y sus límites: una obsesión

¿Qué tal te ha ido, lector? ¿Todo bien?

Siento que es hora de que perdamos un poco la formalidad. Propongo que cambiemos de aire y vayamos a la planta de abajo. Ahora conoces algunos de los rasgos más íntimos de mi familia, así que no veo por qué no podamos relajarnos, platicar un rato y tomar algo. ¿Te parece? Luego, al final del capítulo, volvemos a subir. Vamos, anda, tomemos la escalera. Te sigo.

Concebí la torre en que nos hallamos como un refugio, un refugio espacial, desde luego, en el que pudiera estar a solas de vez en cuando y trabajar a gusto en ese camino invisible de la *gran arquitectura* (lo que sea que signifique), pero también, y sobre todo, quise construirla como un refugio temporal. Allá fuera, lo sabrás de sobra, el tiempo, con su eterna insolencia, se fuga de modo trepidante, y

no hay nada que uno pueda hacer, en especial si, como yo, vives en una ciudad metropolitana. Ahí los días no transcurren, sino se vaporizan, sin misericordia y aceleradamente, y la única pista que dejan de su desfile es la delgada humedad con que amanecen las calles. Cuando siento que las semanas se están pasando muy rápido, vengo al rancho y me encierro en la torre. Entonces el tiempo se ensancha. Los días aquí más bien se derriten, pues están hechos de una cera viscosa que suda lento. Una semana en el rancho y una en Ciudad de México son periodos disímiles por completo.

Aquí estamos, lector, en el primer nivel. No te preocupes, no es necesario quitarse los zapatos. Adelante. La planta parece más reducida que la de arriba, ¿no es verdad? Los mismos setenta metros, pero amueblados. La sala de estar, los libreros, la televisión. Hasta el murmullo terco del refrigerador ocupa espacio. ¿Lo escuchas? En un momento abro un vino, si estás de acuerdo. Como te digo, es hora de perder un poco la formalidad. Acomódate donde quieras.

Ya que he hablado del tiempo, debo aclararte el de mi realidad. La última vez, puedes verificarlo páginas atrás, te escribí desde julio de 2019; ahora es enero y el año, 2020. Qué rara sensación, ¿no? Desplazarte unas cuantas páginas y hallarte en otra fecha de mi vida; un poco atrás y soy un muchacho, un poco adelante y soy el de hoy, de cuarenta y cuatro años. Si te place, cierra el libro y pasa el pulgar por las páginas; el aire que sopla y que sientes en el brazo, quizá también en el rostro, es mi aliento, soy yo, Alejo Belmonte, desde esta habitación y este día, diciéndote: «Hola».

Ha pasado casi un año desde el comienzo de este proyecto literario. Te he hablado de varias etapas de mi familia, y ahora me

gustaría contarte qué fue lo que sucedió después de la muerte de mi abuelo, en 1997.

Bien, pues lo más importante tiene que ver con esa chica que me acompañó de vuelta a casa la noche en que murió León: Laura. ¿La recuerdas? *Su rostro resplandecía.*

Nos habíamos conocido en la facultad de arquitectura y llevábamos cerca de dos años de novios para ese entonces, pero no la había llevado nunca al rancho y apenas le había comentado a mi padre que había *alguien* en mi vida. Una tontería de mi parte, en verdad. Ella, en cambio, era muy generosa. Desde que comenzamos a salir, me invitó a su casa y me sumó a cada una de las celebraciones de su familia, que era grande y estaba repleta de personas exitosas. Creo que terminé de enamorarme de ella (y con tanta efusión) debido a las ricas mesas de su hogar. Hablara con quien hablara, todos tenían un historial impresionante, ya fuera de viajes, de estudios, de negocios o de algún empleo notable. El patriarca era el padre de Laura, don Tomás, uno de los arquitectos más renombrados del país, que había diseñado el nuevo edificio de la universidad y al que incluso estudiábamos en clase. Cuando ella me dijo de quién era hija, no le creí. Recuerdo que, como un idiota, me burlé y le respondí: «Y mi papá es Hugo Sánchez». Laura no insistió y dejó que lo comprobara por mi cuenta en una comida en su casa, la primera a la que asistí. Admito que ni siquiera ese día, mientras esperaba a que me abrieran la puerta, con traje y camisa, botella de vino en mano, estaba convencido de que ella me decía la verdad. Una empleada doméstica me hizo pasar, cruzamos un bello jardín y entonces advertí la casa: pertinente manejo de proporciones, muros gruesos, espejo de agua, colores profundamente mexicanos. La sangre se me heló. Me sentí ridículo por haber

dudado, por el comentario de Hugo Sánchez y, más que nada, por no haber comprado un vino mejor. Pero los padres de Laura fueron muy buenos conmigo, y en particular don Tomás, que mostró interés en lo que yo decía y que me exhortó a tutearnos.

¿Te apetece un *syrah*, amigo lector?

A lo mejor me resistí a llevar a Laura al rancho porque la Ciudad de México era para mí todavía un mundo nuevo y la visita de ella hubiera sido comunicarlo con el mundo antiguo. Disfrutaba estar lejos de casa. Vivía solo, en un pequeño departamento cerca de la universidad, tenía auto y disponía de una mensualidad que me permitía ahorrar sin esfuerzos. La vida era maravillosa. A la menor provocación, Laura y yo tomábamos la carretera y pasábamos el fin de semana en los jardines de Cuernavaca, en las playas de Acapulco, en los callejones de San Miguel de Allende o en cualquier otro sitio que se nos ocurriera. Pero lo mejor de todo, aunque no me lo creas, lector, no fue nada de lo anterior, sino la revelación de la arquitectura como vocación definitiva. Me sucedió a mitad de la carrera. De un día para otro, me había hecho amigo de los profesores de la facultad y había desarrollado la afición de visitar edificios en mis ratos libres y me había sumergido en las bibliotecas y en las conferencias y en los proyectos de clase. A veces, cuando salíamos por una cerveza, mis compañeros tenían que pedirme que dejara de hablar de arquitectura. Y es que estaba hechizado: había empezado a creer que la arquitectura regulaba hasta los niveles más insospechados de la realidad.

Al rancho sólo volvía en verano y en diciembre, y lo hacía con una pena en el alma que me duraba semanas. Aprovechaba el tiempo para leer los libros que el ritmo metropolitano no me permitía atender (lo dicho: allá los días se vaporizan). También acompañaba

a mi abuelo León, que ya estaba en la recta final; le presentaba mis maquetas, le explicaba mis dibujos y le contaba de algún arquitecto que hubiera descubierto recién. Sin falta, terminaba echándole un vistazo a los viejos baúles, cuyo contenido cada vez entendía mejor y que, por lo tanto, gozaba más.

Pero vayamos de vuelta al día en que murió León. Era un martes de finales de enero. Yo estaba en octavo semestre de la carrera y tenía veintidós años. Esa tarde había salido a correr a los viveros de Coyoacán, y al volver a casa había un mensaje en el contestador. Era mi padre, Porfirio. «Se fue en paz —decía—. Lo encontramos en posición fetal y con una leve sonrisa en la cara». En ese momento, como una electricidad inexplicable, tuve la urgente necesidad de tomar el auto y conducir al rancho. Pero esta vez mi intuición me dictaba que debía hacerlo con Laura a mi lado, y así corregir aquello de mantener separada mi vida en Ciudad de México de La Compañía y mi familia. Antes de salir del departamento, hablé por teléfono con mi hermano Alfonso y le dije que esa misma tarde iría al rancho. Sorteando las caóticas calles de la capital, fui en busca de Laura, la adorable Laura. Ahora era un hecho que jamás conocería a León, de quien tanto le había contado, presumido, inventado, y lo que era más terrible: él no la conocería a ella. Cómo se le hubiera iluminado el semblante con sólo mirarla. Conduje deprisa a casa de Laura, como si, en tanto León no estuviera bajo tierra, aún fuera posible que ella alcanzara a saludarlo. Apenas la vi, le conté lo que había sucedido y le pedí que viniera conmigo, que por favor viniera conmigo. Ella aceptó.

En esa época el camino a Tuxpan era largo y malo, y uno tardaba seis horas, y eso si no te encontrabas con un accidente bloqueando el paso. Pero tuvimos suerte: la carretera fluía sin tráfico y la luz

del sol resistió la mitad del viaje. Llegamos a La Compañía cerca de la medianoche. En la casa, la única luz encendida era la de la biblioteca. Toqué la puerta y asomé el cuerpo. Porfirio estaba leyendo, recostado en un sofá. Le dije que quería presentarle a alguien y él, incorporándose, me dijo que pasara. Laura entró detrás de mí. *Su rostro resplandecía*. Los presenté y luego hablamos un poco, aunque no de la muerte de León.

Media hora más tarde, tomé a Laura de la mano y me levanté.

—Voy a llevarla a mi habitación —dije.

—Claro —dijo Porfirio—. Descansen. Yo también voy a la cama.

—De hecho, ¿me puedes esperar? —pregunté—. Quiero platicar de algo.

En mi habitación, Laura caminó en círculos con los brazos cruzados, expectante. Levantaba los objetos que hallaba a su paso y, más que mirarlos, los analizaba; se detuvo con especial interés en las fotografías de mi madre. Yo pensé que había estado bien hacer el viaje con ella: era agradable tenerla ahí.

Cuando me aseguré de que no le hiciera falta nada, volví a la biblioteca. Porfirio seguía leyendo.

—Laura es un encanto —dijo.

—Sí.

Lo que leía era un libro de poesía.

—¿Qué pasa, Alejo?

—Me hubiera gustado que se conocieran, el abuelo y Laura.

—Oh, no pienses en eso. Quizá fue mejor que ella no lo viera así.

—¿La abuela está bien?

—Sí, creo que sí. Aquélla no era vida.

—Tengo noticias, papá. —Un silencio que duró lo que un trago de saliva—. Laura está embarazada.

Porfirio no dijo palabra. Se acercó, me dio un abrazo, fuerte y prolongado, y me dio unas palmadas de ánimo en el cuello.

—Nos enteramos hace unas semanas —agregué.

Luego, nos fuimos a descansar.

Buen vino, ¿no es así, lector?

Laura y yo nos quedamos en La Compañía hasta el sábado, puesto que el domingo teníamos pensado hablar con sus padres. Tras el entierro de León, les dimos la noticia a Vilma y a mi hermano, y el entusiasmo que se creó terminó de ventilar la muerte y revirtió el tono de los días. Tuve la oportunidad de mostrarle a Laura mis rincones preferidos del rancho, y entre ellos, claro, la casa de la memoria. En los pasillos le describí un par de escenas de mi madre, y a ella le emocionó tanto la dinámica que me pidió examinar habitación por habitación. Cuando las recorrimos todas, volvimos al patio, bajo la jacaranda, y dijo: «Ya sé que no planeamos nada de esto, pero estoy contenta. Estamos bien y vamos a estar muy bien».

La noche del viernes, Porfirio me llamó a la biblioteca y nos pusimos de acuerdo sobre algunas cuestiones. Lo primero fueron mis estudios universitarios. Yo le dije que ahora más que nunca veía mi futuro ligado a la arquitectura y que tenía todas las intenciones de concluir la carrera, para lo que me faltaban tres semestres; él dijo estar aliviado de escucharlo. Lo segundo fue lo económico. Yo iba a empezar a hablar de números y fechas, pero él me detuvo en seco: «Te lo resumo en dos palabras: lo que necesites, cuando lo necesites». Quise mencionar que era algo temporal, que ya después vería cómo acomodarme y que lo agradecía; él me hizo entender con el

gesto que no había problema. Lo tercero, y último, fue la entrevista que iba a tener con los padres de Laura. «Creo que, dentro de lo que cabe, lo van a tomar bien —dije—, pero quería esperar a hablar contigo y tener un plan. Laura y yo creemos que lo mejor es casarnos». Porfirio no me interrumpió mientras expuse lo que pensaba hacer; se limitó a repetir: «Claro» y a abrir las manos como muestra de que no tenía nada entre ellas. Ese era mi padre, alguien que respetaba tu opinión, alguien que no creía saber mejor que tú. Al otro día, al despedirnos, me entregó el anillo de compromiso de mi madre.

Los padres de Laura no estuvieron nada contentos con la noticia, pero al cabo de unos días hallaron una tranquila resignación en el hecho de que se estrenarían en eso de ser abuelos. Que su hija estuviera tan contenta (pues lo estaba a todas vistas) también ayudó a amenizar la situación. Y así, el primero de marzo, Laura y yo nos casamos por lo civil, en una ceremonia que organizamos en el jardín de su casa. Nuestras familias por fin se conocieron, y, para mi sorpresa, los miembros de la mía dieron una gran impresión: Porfirio pronunció un brindis simpático y conmovedor (mucho mejor que el de don Tomás), Alfonso bailó con las primas de Laura y Vilma constató que la belleza y la elegancia no tienen que ver con la edad.

La luna de miel fue exprés, tan sólo tres noches en Acapulco, y lo cierto es que se sintió como otro fin de semana de escape juvenil. Apenas encontramos el hueco para el viaje, puesto que nuestro calendario estaba al tope de ocupaciones: teníamos las clases, los médicos, las compras y los compromisos familiares. Los primeros meses nos apretamos en mi departamento, pero en el verano pudimos cambiarnos a una pequeña casa que un tío de Laura nos rentó en Chimalistac.

Fue por ese tiempo que comencé a trabajar en el despacho de don Tomás. Aunque me lo había sugerido algunas veces en la sobremesa, no me lo tomé como una propuesta seria sino hasta que me llamó a su oficina y me enseñó el lugar. El puesto era como dibujante y la carga de trabajo era pesada, pero no tuve que escuchar los pormenores para aceptar. Se lo agradecí con creces: en verdad consideraba un privilegio el sentarme en esa oficina a diario y aprender el oficio. A pesar de que mi vida había girado de cabeza en los pasados meses, una cosa continuaba en su sitio: yo había venido a este mundo a hacer arquitectura.

Laura decidió no inscribirse en el noveno semestre, ya que el parto estaba programado para inicios de septiembre. No descartaba retomar los cursos más adelante, pero lo decía sin demasiada motivación. Sucedió que, desde la adolescencia, Laura había sido testigo de las decisiones profesionales y académicas que su padre tomaba por ella: los campamentos de verano en Estados Unidos, las clases de danza y de idiomas, los voluntariados en hospitales y, por último, la carrera universitaria. Laura tenía un bagaje arquitectónico impresionante, mayor al de cualquiera de nuestros compañeros; había viajado mucho y su padre la había llevado desde pequeña a un sinnúmero de obras en construcción y conferencias. En la corrección de proyectos solía recibir elogios, y ello se reflejaba en un acta de calificaciones impecable. Sin embargo, no recuerdo una sola ocasión en su paso por la facultad en que hablara con ánimo en relación a las clases. La pasión con que se desbordaba por la vida se reducía a una diplomática simpatía en cuanto se trataba de arquitectura. «Lo que a mí me hubiera gustado estudiar —me había confesado al conocernos— es historia del arte. Mi sueño sería trabajar en un

museo». Y es que después del bachillerato, Laura había estado tan empeñada en complacer a su padre que se dispuso a entrar a la facultad de arquitectura, conseguir el título y, sólo entonces, atender su ambición museística. Por eso, aun con todas sus dificultades, la maternidad fue para Laura parte de un proceso de emancipación, y acaso también por lo mismo la practicó con una entrega absoluta.

El segundo día del mes de septiembre (de 1997) nació una niña, con los ojos llenos de curiosidad, y la llamamos Alma.

¿Voy bien, lector? ¿Un poco más de vino?

Los siguientes años transcurrieron ferozmente rápido (en la ciudad, la pista que dejan los años de su desfile es el óxido que corroee las ventanas y los semáforos y las verjas). Yo me titulé y seguí trabajando en el despacho de don Tomás. No voy a negar que me daba un trato especial, sobre todo en cuestión de licencias vacacionales, pero es preciso señalar que en la jerarquía de la oficina yo no gozaba de ninguna altura: era uno más del equipo. De lo que sí me beneficiaba era de la fenomenal tutoría de don Tomás, que me aconsejaba y me resolvía dudas con una generosidad paternal. Nos veíamos a diario, incluyendo los fines de semana, tanto en mesas de trabajo como familiares, y pronto nos hicimos muy unidos. Más que platicar, él rebotaba ideas conmigo, las ensayaba; yo era bueno guardando silencio, y él mismo, al enunciar sus problemas, hallaba las soluciones. No me molestaba estar bajo su sombra: era fresca y agradable y me daba acceso a cultivarme entre los bastidores de la *gran arquitectura*.

Un día le conté sobre León y su gusto por la arquitectura visionaria. Le mostré unos dibujos de cárceles imaginarias y hoteles infinitos, y le detallé el proyecto de la casa de la memoria, que le

despertó un interés notable. Don Tomás reconoció que a inicios de su carrera se había dejado seducir por las posibilidades conceptuales de la arquitectura, pero después de un tiempo había descubierto los mayores encantos de la repercusión real del lápiz: el urbanismo, por ejemplo, o la sustentabilidad. «Cuando comprendes que puedes mejorar la calidad de vida de la gente —me dijo—, y la responsabilidad que implica ello, la belleza de las ideas pasa a un segundo plano». Aun así, tenía en alta estima a la arquitectura visionaria: «Es lo que la poesía a la literatura: es necesaria su existencia. A pesar de esto, solemos olvidarnos de ella. Y, créeme, hay que leer mucha poesía para ser arquitecto». Don Tomás me pidió que le mostrara más dibujos de León; le gustaba la técnica y me dijo que alguna vez había de llevarlo a conocer la casa de los pasillos. Sé que le estuvo dando vueltas a eso de la arquitectura visionaria porque durante semanas, si no es que meses, me llevó a mi mesa de trabajo revistas y libros de arquitectos activos en el ramo, muchos de los cuales él conocía en persona.

En el rancho, mi padre y Vilma se quedaron solos, pues Alfonso se había ido a Ciudad de México a estudiar medicina veterinaria. Vilma tenía setenta y cinco años y las manos todavía le permitían tocar el piano; su agilidad con las teclas se había reducido, pero a cambio su toque se había hecho de una sabia delicadeza que favorecía la melancolía y el minimalismo de sus piezas. El aislamiento no menguaba su ánimo, sino al contrario: la rejuvenecía; parecía que el apartarse del ritmo de la vida también la apartaba de las secuelas del reloj. Cuando hablábamos por teléfono, su discurso era firme y lúcido, y por momentos se me olvidaba que al otro lado de la línea había una persona mayor y no una joven de veinte años.

Porfirio le dedicaba la mitad del día a la empresa; esto a veces significaba trabajar en la oficina de Tuxpan, a veces supervisar la planta quesera del rancho y a veces simplemente hacer unas llamadas. La otra mitad del día la tenía libre y, además, contaba con los fines de semana completos, en los que seguía paseando en motocicleta; aunque a veces iba a la capital a visitarnos, prefería las intrincadas carreteras del Golfo de México. Como siempre me mantenía al tanto de sus viajes, pude descifrar que algunos no los hacía solo. Nunca me lo dijo abiertamente, pero me lo hacía entender. Yo interpretaba que eran compañías pasajeras porque ocurrían largos periodos sin que lo insinuara y de repente, un día, lo volvía a hacer. Si yo no hubiera sabido lo contento que era en su profunda soledad, lo hubiera animado a establecer una relación seria.

Mi padre tenía cincuenta años y estaba en una muy buena condición física; desde hacía un tiempo se había tomado lo de correr más en serio y había comenzado a participar en maratones. Entrenaba casi todos los días, llevaba una dieta saludable y no fumaba ni bebía. Más que por cuidarse, decía que se ejercitaba con tanta disciplina para poder conciliar el sueño. De lo contrario (lo había comprobado) pasaba la noche entera en una nerviosa pugna con la almohada. La raíz del insomnio era un misterio porque no había en el horizonte de su vida una sola contrariedad; la empresa marchaba de modo eficiente y casi automático, su madre envejecía en paz y sus hijos íbamos en buen camino, Alfonso con los estudios, las motos y los amigos y yo con la arquitectura y la flamante familia. Tras experimentar con cada uno de los remedios conocidos por la herbolología, Porfirio se rehusó a tomar somníferos y no tuvo más opción que llevarse al límite durante el día para hallar descanso en la noche.

Pronto se encontró con que estrujar los músculos no era suficiente: el agotamiento debía ser también mental. Fue entonces que intensificó el entrenamiento con la casa de la memoria.

Lo de los decimales de pi había sido sólo el inicio; el reto le aburría cuando llegó a los quince mil dígitos y decidió detenerse. Continuó con la Biblia, con el Antiguo Testamento, en específico. Hay que aclarar que mi padre no era creyente (a decir verdad, nadie lo era: ni él ni mi hermano ni yo estábamos bautizados); el texto canónico era sólo un asunto paliativo. Porfirio memorizaba los versículos caminando de arriba abajo por la casa de los pasillos, y lo hacía con tanta resolución que cualquiera que no lo conociera hubiera pensado que había emprendido un camino religioso. Siempre que hablábamos por teléfono, me ponía al tanto de su avance. Por lo regular él mismo se burlaba del desproporcionado ejercicio, pero de vez en cuando admitía estar exhausto de tanta palabrería. El lado positivo de la circunstancia era que el recurso funcionaba: sus noches volvieron a ser llanas. «Con frecuencia tengo la impresión —decía— de que el propósito último de la vida es el buen dormir».

Para Laura y para mí, las cosas pintaban prósperas. Estábamos convencidos, como los padres primerizos que éramos, de tener al bebé más lindo del planeta y nos habíamos acoplado sin esfuerzo a la vida de hogar. A pesar de que con mi salario hubiera podido cubrir la totalidad de los gastos, mi padre aún me mandaba una mensualidad de apoyo. «Es lo que te corresponde de La Compañía». Encima de esto, Laura tenía acceso a una cuenta de ahorros que sus padres le habían abierto desde la adolescencia. Aprovechábamos la comodidad económica para disfrutar al máximo los años dulces de la infancia de Alma: la membresía en el club deportivo, la reluciente camioneta, los

viajes a Acapulco cada tres meses, la guardería de estimulación temprana, el seguro médico y de vida, entre otros desembolsos. Laura, en efecto, no volvió a mencionar la posibilidad de reanudar la carrera y, en cambio, se inscribió a un diplomado en historia del arte.

Sin importar cuán soñada fuera mi situación familiar, la cabeza siempre la tenía en la oficina. No es que llevara conmigo el trabajo a casa; más bien mi atención permanecía allá. Los proyectos me absorbían de la manera dilatativa en que algunas películas nos acompañan por días. A menudo, me tenía que levantar de la mesa o de la cama, ir en busca de un cuaderno y apuntar una idea que se me había ocurrido para uno de los proyectos en marcha. Don Tomás apreciaba mi compromiso, aunque desconocía que no era voluntario, sino que me dominaba. Tras un par de años, obtuve un ascenso y comencé a cultivar mis propios diseños. Celebré la oportunidad los primeros meses y me abstraí todavía en mayor grado; sin embargo, no tardé en averiguar que no estaba conforme con lo que producía. ¿Has escuchado, lector, eso de que la arquitectura es una de las pocas materias que combinan el arte y la ciencia? Pues digamos que me hacía falta alimentar la vena artística. La parte técnica del oficio era lo más sencillo: tenía a la mano los libros y apuntes de la carrera y, ante cualquier duda, siempre podía recurrir a don Tomás o a algún arquitecto del despacho. Por el otro lado, con el arte no quedaba más que estudiar a los grandes arquitectos, pasados y actuales, y buscar inspiración en su trabajo. Me gobernaba la sensación de que debía hacerme de una base filosófica más robusta: conformar y madurar un catálogo de valores estéticos y hasta morales de lo que debía ser la arquitectura, mi arquitectura.

Don Tomás entendía a la perfección mi inquietud y me tranquilizaba diciendo que era una buena señal, que en la arquitectura el ansia de reflexión es una vereda hacia la cumbre. Después de un año de pláticas, llegamos a la conclusión de que sería conveniente que yo estudiara una maestría. «Si vamos a hacer esto —me dijo don Tomás, así, en plural—, más vale que lo hagamos bien y busquemos lo mejor». Nos pusimos a trabajar en las aplicaciones para tres universidades en Estados Unidos y para una beca del gobierno mexicano. Don Tomás se lo tomó como una misión personal, acaso también como una inversión del despacho, y, con su ayuda y la de sus contactos, fui aceptado a los programas de maestría y conseguí la beca.

A los veintiséis años, en septiembre de 2001 (mes de terror que pasó a la historia estadounidense), comencé mis estudios en la Escuela de Diseño de Harvard. El primer semestre estuve solo, pero para el segundo Laura y Alma se vinieron conmigo a Boston y me acompañaron por el resto de la maestría. La experiencia resultó ventajosa para ambas: Laura realizó prácticas en una prestigiosa galería de arte y Alma desarrolló el inglés en el preescolar. Fue una época de altas felicidades.

Don Tomás no se distanció en ningún momento. Además de que hablábamos por teléfono con regularidad, él y su mujer nos visitaban cada que podían. Ya fuera bajo las lluvias y nevadas de invierno o en los días de niebla de finales de primavera, don Tomás y yo solíamos tomar largas caminatas por la ciudad y me pedía que lo pusiera al corriente de lo que sucedía en mis clases; estaba muy interesado en las nuevas tecnologías de construcción, así como en los casos que estudiábamos. Él me contaba sobre los concursos y las obras del despacho, al que (se entendía) yo no había dejado de pertenecer.

Si las caminatas se prolongaban demasiado, Laura le decía en broma a su padre: «Sí sabes que tu hija soy yo, ¿verdad?». Don Tomás a veces me usaba como pretexto para acercarse a la universidad y venía conmigo y saludaba a los profesores y directivos; con tan sólo aparecerse por ahí, lo invitaron en mi segundo año a dar una serie de conferencias sobre la arquitectura emocional de Mathias Göeritz.

Las visitas de mi familia, en contraste, fueron sólo dos: en una ocasión, Alfonso y su novia se desviaron un par de noches en un viaje a Nueva York; en otra, mi padre corrió el maratón de Boston. (A Vilma no pude convencerla de volar ni con el chantaje de Alma.) La visita de Porfirio significó mucho para mí; él tenía planeado quedarse sólo una semana, y al final, no sé cómo, logré que postergara su regreso dos veces y terminó quedándose un mes completo. Alma comenzaba a definir ciertas aficiones directrices, y durante ese periodo decidió, sin que nadie lo esperara, que el abuelo Porfirio era su persona preferida en el mundo, axioma que se sostendría por décadas. Fue viendo a mi padre involucrarse esos días en los juegos imaginarios de Alma que me sentí adulto por primera vez en la vida. Ni siquiera el matrimonio o la paternidad me habían hecho consciente del paso del tiempo con tanta precisión. El hombre que me había criado estaba ahí, rodando por la alfombra con mi hija, actuando que de pronto la fuerza de gravedad de la Tierra cambiaba de dirección. A partir de aquella sacudida, lo tengo perfectamente registrado, mi trato hacia con mi padre también reacomodó su centro y empecé a apreciar cada instante de su compañía; digamos que me embistió una suerte de ternura o de consideración. En pocas palabras, caí en la cuenta de que mi padre era un ser mortal.

Antes de que se marchara de Boston, llevé a Porfirio al Museo Botánico de Harvard y vimos la magnífica, la imposible colección de vidrio de los Blaschka. Las criaturas marinas no sólo eran fidedignas, sino que nadaban, y lo mismo con el resto de los modelos: tenían vida; las plantas florecían, las frutas se pudrían, las abejas aleteaban. Después de varias horas de minucioso recorrido, dimos, en otra área del museo, con una sala que recordaba el antiguo laboratorio de la universidad en el central Soledad, la Estación para la Investigación Tropical y de la Caña de Azúcar. Había fotografías de los molinos y las calderas, de la casa habitación y la familia Atkins, del río Arimao y las fragatas de carga, del ferrocarril y los sacos de azúcar, de los obreros de machete en mano y los niños descalzos, y del jardín botánico y la variedad de orquídeas y palmeras. A Porfirio se le escaparon algunas lágrimas, pero comprobé que al menos unas cuantas eran de felicidad cuando se detuvo ante una fotografía que rezaba al pie: «Profesor Frank S. Atwood, director» y no pudo contener una amplia sonrisa.

Concluí la maestría en 2003, a los veintiocho años. De vuelta en México, nos instalamos en una casa en la calle Fernández Leal, en el centro de Coyoacán, lugar en el que hasta el día de hoy residimos. (Ya lo sabes, lector: si alguna vez estás en el rumbo.) Alma entró a la escuela primaria, Laura obtuvo un trabajo de medio tiempo en el Museo de Arte Carrillo Gil y yo retorné al despacho de don Tomás, aunque ahora en calidad de director de proyectos. La maestría había sido un gran éxito para mis propósitos. No es que en Boston me hubieran dado la respuesta a aquellas incertidumbres filosóficas y estéticas que me acechaban, sino la oportunidad de debatirlas, de ponerlas a la luz y de diseccionarlas. (En mi experiencia esto es lo

valioso de los estudios: desplegar inseguridades sobre la mesa.) Uno de los placeres que me trajo la maestría fue profundizar en el tema de la arquitectura visionaria. Con la tutoría de un profesor inglés, estudié a fondo el trabajo de un puñado de arquitectos del ramo y escribí una tesis sobre el que, a mi entender, ha sido el más brillante de nuestros tiempos: Douglas Darden, que veinte años antes se había graduado del mismo programa que yo. (Ahora que escribo su nombre, no puedo evitar pensar dos cosas. La primera, la fascinación que le hubiera causado su trabajo a mi abuelo León. La segunda, que este libro que tienes en tus manos, lector, no lo hubiera podido escribir sin haber leído sus trabajos sobre el fuerte vínculo entre arquitectura y literatura.) Pero quizá la mayor de las utilidades prácticas que obtuve en Harvard fue la confianza que comencé a tener en mi lápiz. El muchacho que había partido y el que había regresado eran distintos hasta en el modo de caminar. En el despacho ahora ya no era un aprendiz de dibujante, sino un diseñador desenvuelto.

Súbito e irrefrenable, brotó en mí un afán por construir, construir lo que fuera con tal de que no hubiera que apagar la revolvedora de concreto, afán comparable con la embriaguez por la materia que había padecido durante la carrera. Para mi fortuna, el despacho estaba hundido en trabajo y, asumiendo cuantos proyectos fueran posibles, pude saciar mi ansia. Estaba listo para probarme en el mundo, ver qué tan lejos llegaría en eso que no podía terminar de definir pero que yo llamaba el camino de la *gran arquitectura*; tenía ambición y tenía energía y estaba en el lugar indicado, así que, sin ningún sentido de mesura, me arrojé a la obsesión del trabajo. Hasta entonces comprendí la dura rutina a la que se sometía mi padre: hay

periodos en los que uno necesita vivir al límite sólo para poder dormir en paz. En mi caso, el periodo fue de casi diez años.

Poco después de cumplir los treinta, decidí construir la torre en La Compañía. Me había percatado de que el tiempo, insolente e inaprensible, se estaba pasando muy rápido en la ciudad, y consideré que con una oficina en el rancho podría acudir cada tanto a la trampa de las horas dilatadas. Además, la construcción me daría el singular placer, que aún no conocía, de habitar un diseño propio. Lo único que tenía claro antes del primer bosquejo era que el lugar debía tener altura y unos grandes ventanales para ver el amanecer y el atardecer. Como se trataba de un espacio independiente (una suspensión en el tiempo, en realidad), quise librarlo del ajeteo de la casa principal y de la operación del rancho, y lo ubiqué al frente de la propiedad, cerca de la carretera. Como he dicho antes, las plantas son de setenta metros cuadrados, dimensión que disfruto. En el segundo nivel estaría mi oficina, que debía ser un espacio limpio, vacío y sencillo, en el que el escritorio de trabajo fuera el elemento central. El nivel en que nos hallamos, lector, el primero, fue concebido para el descanso y el esparcimiento; inicié una biblioteca exclusivamente de poesía y arquitectura, que puedes ver de ese lado, y monté esta sala, la cava y la televisión. Está uno a gusto aquí, ¿no? A lo mejor puede parecerte excesivo el garaje de allá abajo, pero te aseguro que era necesario. Verás, ya desde los treinta era una persona nostálgica y tenía la pretensión de salvaguardar ahí ciertos objetos importantes para mí. ¿Puedes adivinar cuál es el que más? Te doy un segundo, piénsalo. El auto de mi madre, en efecto. Después de su fallecimiento, el Atlantic se quedó varado bajo un árbol, y a pesar de que nadie volvió a utilizarlo nunca más, era impensable deshacerse

de él: se había convertido en una especie de amuleto. Terminada la torre, traje el auto aquí y lo fui restaurando por partes. Si quieres, al rato nos asomamos. También salvé las motocicletas de mi infancia, algunas herramientas viejas (incluida la pesada pala) y los baúles de León. No vayas a creer, lector, que suelo bajar y manipular estos objetos y rendirme ante la nostalgia. Nada de eso. Yo diría que sólo una o dos veces al año me permito entrar al garaje. Pero a veces, cuando estoy trabajando arriba en la oficina, pienso en lo que hay almacenado ahí y me siento bien.

De acuerdo, sigo con la historia.

El alzamiento de la torre hizo que visitara con más frecuencia el rancho. Concluidos sus estudios e inmune a los encantos de Ciudad de México, Alfonso había decidido volver a casa e involucrarse en la empresa familiar. En Tuxpan, supo acomodar una vida desahogada y libre. Tenía muchos amigos y muchas novias, seguía envuelto en el mundo del motocrós y las competiciones y ahora tenía la intención de probar con la crianza de jabalíes, negocio que más adelante había de prosperar. A mí me sorprendía que conservara íntegro el temple alegre de su infancia; con sólo verlo te llenabas de energía. Otra cosa que también había conservado era su cercanía con Vilma, que rebasaba la octava década. Todavía tocaban el piano hombro a hombro, y Alfonso era la única persona que podía hacerla reír a su voluntad. A Vilma se le había desgastado la vista, pero era dueña de una elegancia incansable, recalcitrante, y las piernas le daban para caminar colina arriba hasta la tumba de su marido y platicar con él (platicar a solas, como ellos sabían). Porfirio, por su parte, había sabido acoger la ayuda de Alfonso y había dado un paso atrás (pequeño pero esencial) en la dirección de la empresa. Aparte

de los constantes viajes en motocicleta, su existencia la dividía entre los ejercicios del cuerpo y los de la mente; en esas fechas corría dos maratones al año y había memorizado más de la mitad del Antiguo Testamento.

Yo había entrado en mi periodo de obsesión con el trabajo a los veintiocho años, y no salí sino hasta los treinta y siete. En ese tiempo pude participar en un raudal de proyectos que consumieron todo mi esmero y pensamiento y que hoy me tienen (no voy a pretender humildad contigo, lector) muy orgulloso. Por mencionar algunos, quisiera hacer énfasis en un complejo habitacional en la Riviera Maya, que obtuvo reconocimiento por su sistema constructivo ecológico, y un edificio gubernamental en la Ciudad de Panamá, inspirado en el Castillo Sant'Angelo de Roma. Al cabo de un par de años, convencido de mi compromiso con su obra, don Tomás me hizo socio del despacho. Nuestra relación había tenido varios frentes: el de mentor y aprendiz, el de suegro y yerno, el de colaboradores, pero desde aquel ascenso en adelante, como si nos hubiéramos desembarazado de una secreta astilla, predominó el frente de camaradas, de grandes camaradas.

Para mi mujer también fue un intenso periodo laboral. Después del Carillo Gil, se había movido al Museo Tamayo y enseguida, en el 2008, había conseguido una subdirección en el Museo Universitario de Arte Contemporáneo, que, aunque apenas se inauguraba, ya prometía ser uno de los más importantes del país. La puntualidad con que asumimos nuestros trabajos nos reprimió la intención de tener otro hijo. Si bien nos gustaba la idea de que Alma no creciera sin hermanos, nos apaciguaba la manifiesta desenvoltura con que estaba creciendo; cursaba con facilidad el colegio, asistía a clases de

danza y de tenis y, bajo cualquier excusa, tomaba la palabra en las mesas familiares. En el verano, por petición propia, Alma se iba a La Compañía con su abuelo, que la llevaba al mar, le enseñaba a montar a caballo y en motocicleta y le contaba sobre la abuela Irene, de quien había heredado la altura y esa manera *terrenal* de percibir su entorno. También hubo oportunidad de que Vilma la iniciara en el piano, con lo que ésta alcanzó a promover tres generaciones del apellido bajo su tutela. Alma creció expuesta a un mundo interminable de estímulo y bienestar, abrigada por la confianza de saberse el centro de un círculo grande de personas. Laura y yo, al menos, nos tomamos su crianza con una genuina avidez de éxito.

Lo que marcó el final de mi periodo de intensidad laboral fue la salud de Porfirio, quien, pasada la sesentena, empezó a perder el control sobre los dos aspectos fundamentales de su rutina: el ejercicio físico y el mental. Las primeras quejas estaban relacionadas con el insomnio, que cada vez le costaba más doblegar; de pronto dejó de ser suficiente molerse el cuerpo a kilómetros y la mente a versículos, y los remedios caseros le volvieron a fallar. Como le sobraba determinación y autonomía, acudió a un médico en Tuxpan y aceptó probar suerte con los somníferos. Por unos meses, mantuvo a raya el insomnio, aunque con la sensación de no estar del todo despierto durante buena parte del día. Su rendimiento físico y mental se fueron al suelo. En cuanto al primero, sólo en los mejores días salía a correr; su marcha era tropezada y constreñida, y una carrera mayor a diez kilómetros se había hecho una meta soñada. En cuanto al rendimiento mental, ahora tenía que invertir una tarde completa en la casa de los pasillos para memorizar lo que antes le hubiera

llevado unos minutos; siquiera contaba con la tranquilidad de seguir reteniendo sin mácula los pasajes bíblicos ya aprendidos.

La circunstancia dio un giro dramático una mañana en que Vilma, camino a la cocina, escuchó que su hijo discutía con alguien en el dormitorio. A pesar de que no le encontraba sentido, Vilma (indiferente) no quiso entrometerse y siguió de largo. En la cocina, puso a hervir agua para el café y encendió un cigarrillo, como era su ritual matutino. Tenía casi noventa años y la mirada se le nublabla día con día, pero aún se las arreglaba a tientas para moverse por la casa sin la ayuda de nadie. En eso, antes de que el agua bullera, unos gritos terribles desgarraron el aire calmo de la mañana. Vilma se dirigió a la habitación de Porfirio y, al entrar, constató que no había nadie más ahí. Su hijo todavía dormía en la cama, pero aullaba oraciones y movía con brusquedad los brazos; debajo de los párpados, sus ojos se movían de lado a lado, y, cual si estuviera despierto, decía que no quería llegar a los golpes, pero que lo haría si era necesario. «Y te juro —añadió sonámbulo— que, si arranco, no me detengo hasta que no te mate, cabrón». Vilma se acercó a la cama y cogió a Porfirio por el hombro para despertarlo, pero enseguida éste le dio un puñetazo en el rostro que la derribó. «¡Te lo dije, maricón! Te voy a matar ahora». Mi hermano Alfonso, atraído por el alboroto, entró a la habitación, atendió a Vilma y la ayudó a recuperarse. Porfirio siguió lidiando con el altercado en su sueño hasta que Alfonso lo tomó de los brazos y lo sacudió, momento en que se enteró de lo que había ocurrido.

Quisimos aislarlo como una pesadilla, pero el episodio se repitió una semana después y a la siguiente también, y fue evidente que algo se estaba desencadenando. Porfirio dejó de tomar los somníferos, por

lo que conciliar el sueño volvió a ser una larga persecución de imaginación y persistencia. Que se durmiera tan tarde, nos permitía escabullirnos en su habitación temprano por la mañana y observarlo. Ocurría una o dos veces por semana, y aunque la mayoría de los sueños eran de naturaleza violenta, supimos que algunos eran agradables porque esporádicamente se reía e incluso soltaba esa frase suya: «Te lo dice un cubano». Cada tanto también parecía emular el trote y los estiramientos del cuerpo que acostumbraba. La vivacidad de las representaciones era tan asombrosa como el hecho de que Porfirio no se despertara. Al pie de su cama, escuchándolo rugir en tremendas disputas, me invadía el pensamiento de que estaba conociendo una sección recóndita de su persona que él jamás hubiera destapado en sus cabales, un terreno infestado por la furia desatendida durante toda una vida de contención. Cuando despertaba, Porfirio solía recordar los sueños; los argumentos más recurrentes eran dos: el secuestro de mi madre y una revuelta obrera en el Soledad.

Si al principio no nos alarmó la situación ni a mi hermano ni a mí fue porque Porfirio se lo tomó a la ligera. Actuar los sueños no le afectaba en nada; ni se despertaba alterado ni se sentía más cansado de lo normal. La única medida que aprobó fue la de cortarle las patas a la base de su cama para evitar una caída. Por lo demás, las cosas siguieron igual por un tiempo. Quien hizo una interpretación más profunda de las señales fue Vilma, que estaba convencida de la catástrofe que se aproximaba. «Esto apesta a la desmemoria de León», decía. Por supuesto que lo habíamos pensado, y Porfirio antes que todos, pero lo cierto era que aún gozaba de una mente prodigiosa. Le realizamos en casa las pruebas que habíamos aprendido años atrás, y no sólo las pasó, sino lo hizo prácticamente sin yerro alguno. Algunas de

ellas (cantar el alfabeto al revés, por ejemplo, o señalar las fechas de sucesos históricos) las superó con mejores resultados que mi hermano y yo, así que él mismo se dio un parte médico que lo libraba de un mal mayor. Sin embargo, el respiro no perduró: tres o cuatro meses después del primer sueño actuado, Porfirio comenzó a tener alucinaciones. Lo curioso era que éstas no derivaban de la vista, sino del oído y el olfato, y fueron brotando de un modo tan discreto que apenas se les podía considerar como tales. La ilusión que más se repetía era la de escuchar música de piano. «¿Quieres ir a ver qué pasa con tu abuela? —me decía, digamos, en la biblioteca, aunque la casa estuviera en silencio—. Ha tocado sin parar todo el día». Yo no litigaba su percepción, sino que optaba por salir y pretender que hacía lo que me pedía. El problema era cuando escuchaba el piano fuera de la casa o cuando Vilma se hallaba frente a nosotros. «¿Escuchas eso?», decía. «¿Qué cosa?», le contestaba yo, pero enseguida, cayendo en cuenta de la incongruencia de sus sentidos, Porfirio se retractaba y decía: «Nada, nada. Olvidalo». El otro tipo de alucinaciones que padecía, las olfativas, estaban relacionadas por lo general con el olor de la guayaba de su infancia y con el de madera chamuscada.

Tras una exhaustiva serie de estudios en Ciudad de México que duró meses, los médicos establecieron que Porfirio no presentaba síntomas de alzhéimer, sino de una demencia con cuerpos de Lewy, que, en pocas palabras, consiste en una saturación de proteína en las neuronas. El año era 2012 y mi padre estaba por cumplir sesenta y cuatro. Quiso estar presente en cada una de las entrevistas con los médicos, incluso en aquellas que discurrían sobre los cuidados que la familia debía tener. Se habló sobre la esperanza de vida, sobre la degeneración irrefrenable y sobre la parcial efectividad de

los medicamentos; él escuchó atento, con los brazos cruzados y el rostro impassible, evitando hacer preguntas innecesarias.

Los meses del proceso clínico Porfirio los pasó en casa con nosotros, en Fernández Leal. Temprano por la mañana salía a caminar y de vez en cuando también corría. Al volver, sin falta, me acompañaba a llevar al colegio a Alma, que, quién sabe cómo, ya tenía quince años. El resto del día lo pasaba en casa a solas, leyendo el periódico o algún libro que encontraba; más adelante, en cuanto los médicos la mencionaron, empezó a leer todo lo que había disponible sobre la demencia con cuerpos de Lewy. Yo intentaba salir de la oficina antes de hora, pero siempre había alguna reunión, algún imprevisto, y no volvía a casa sino hasta la cena. Puesto que Laura también se sometía a épicas jornadas en el trabajo, Alma y Porfirio pasaban las tardes juntos, por lo regular jugando go en los cafés del centro de Coyoacán. Ella seguía ejerciendo una firme adoración por él (la cual se agravó con la novedad de la demencia) y él reparó en la fugaz orfandad en que ella vivía de lunes a viernes, hasta que Laura y yo volvíamos a casa. Porfirio y Alma hallaron la manera de no parecer abuelo y nieta; ni él le hablaba en tono lectivo, ni ella se esforzaba en falsas amabilidades. Su relación era la de dos espíritus afines, invulnerables a la edad. Se paseaban por la ciudad sin agenda ni propósito; iban al cine, a los museos y a los parques. Desde hacía un tiempo, Alma había desarrollado un interés por la fotografía y tomaba talleres, y en aquellos días inició el proyecto de retratar a su abuelo, que sabía posar.

Cuando ya no hubo más estudios que hacer, Porfirio quiso regresar al rancho. «Ocho años de vida, en el mejor de los escenarios —dijo, citando a los médicos—. Más vale hacerlos rendir». Fue en aquel

momento en que me propuse estar más cerca de él y decidí salir del obsesivo periodo laboral que me tenía preso. Es lo más próximo que he estado de tener una epifanía. De pronto, la ambición personal de triunfo perdió sentido. Pensé mucho en mi madre, en las escenas que tenía grabadas en la mente. ¿Cuántos momentos de esta naturaleza había vivido junto a mi padre en la pasada década? ¿Y junto a Alma? Los diplomas y los reconocimientos no tienen lugar en la memoria. ¿Y los edificios? Acostado en la oscuridad de mi dormitorio, ¿significaba algo lo que había construido? ¿No eran más reales aquellas escenas en mi memoria que los muros de mis diseños en ciudades remotas? ¿Acaso la arquitectura visionaria no enseñaba que aquello de erigir en la Tierra era menos trascendental que hacerlo en los sueños?

Me hubiera gustado abandonar todo de un solo golpe e irme a La Compañía de tiempo completo y dedicarme a la ordeña, retomar el motocrós y dibujar sólo por el gusto, pero no era sencillo. Creí que algo asequible sería dividir mi vida entre Tuxpan y Ciudad de México por periodos de dos semanas. Recuerdo que antes lo hablé con don Tomás que con Laura, pues estaba seguro del respaldo que ésta me ofrecería y no así del de aquél. Entre más viejo se hacía, más reconocimiento buscaba don Tomás. Su función en el despacho ya no era la de tomar el lápiz, sino la de ser el nombre y la cara de un equipo de arquitectos que trabajaban apartados de la luz. Adiviné que no le gustaría mi decisión: me necesitaba; era yo quien administraba la oficina mientras él se encontraba en el eterno viaje de las ferias de arquitectura y las pláticas en las universidades, era yo quien cazaba los talentos nuevos y quien lidiaba con los constructores. Al final, comprendió mi situación y me dio el visto bueno, con tal de

que llevara conmigo algo de trabajo en mis estancias fuera de la ciudad y de que no me despegara del teléfono. Yo acepté sus condiciones y delegué los proyectos bajo mi dirección.

Es hora de que nos vayamos levantando de aquí y regresemos allá arriba, amigo lector. Estamos por finalizar el capítulo, y el final del libro tampoco está tan lejos. ¿Okay? Me ha gustado el vino y la plática en confianza, y espero que a ti también.

Antes de levantarnos debería decirte que la vida dividida que establecí funcionó de maravilla. No supe que necesitaba tomarme un descanso sino hasta que volví con Porfirio a La Compañía y me quedé en cama las dos semanas de ese primer periodo. Si me olvidaba de la arquitectura por un rato, ¿qué otra pasión tenía? Los meses que siguieron recuperé el hábito de correr y de tocar el piano. Pasaba mucho tiempo con mi padre, principalmente trabajando en las eternas reparaciones de la casa, que a medida en que terminábamos unas descubríamos otras. Hablábamos sin parar y a menudo nos conducíamos con una lentitud exagerada sólo para mantener la plática viva (en cuanto dejábamos de movernos, venía el silencio). Siendo cauteloso, puedo asegurar que mitad de lo que decíamos estaba relacionado con su infancia; de hecho, escribir sobre La Compañía de Cienfuegos me lo planteé por primera vez al calor de esas reparaciones conversadas. En el rancho también me reencontré con mi hermano Alfonso y su corazón lleno de júbilo, así como con Vilma, que se había hecho de una serenidad envidiable, casi mística.

Venga, levantémonos, lector. De lo contrario nos va a pillar el anochecer.

La narración que sigue es la de un viaje que realizamos Alma, Porfirio y yo, un año después del fatal diagnóstico. Tengo que

admitir que no fue idea mía (aunque debió serlo), sino de mi hija, que, a la mesa de un desayuno dominical, le dio un trago a la taza de té, se volvió hacia mí y, aún con la modorra de las sábanas, dijo: «He soñado con que llevábamos de viaje al abuelo a Cuba y visitábamos la vieja finca. ¿No sería lindo hacerlo?». Digo que debió ser mi idea porque era de una poética tan justa y evidente que me correspondía a mí concebirla. En fin, lo importante es que sucedió, hace ya más de seis años, en el verano de 2013. Tomamos el avión a la mayor de las Antillas huyendo de la enfermedad de Porfirio, que lo acechaba con la premura de una tormenta. Puesto que el viaje surgió del modo antes descrito, me parece sólo justo que la crónica sea a través de los ojos de Alma, no de los míos. (Así también tú y yo nos damos un respiro.) ¿Cómo lo contaría ella? El siguiente capítulo es mi mejor suposición.

Subamos a mi oficina, lector, que se está haciendo tarde. ¿Lo puedes sentir?



## Seis. El huracán de los años

De modo que a papá le parece buena idea. Es temprano y estamos en la cocina. No está seguro de que el abuelo Porfirio quiera volver al lugar en que nació, pero yo le digo que eso no se pregunta. En este caso se trata de un regalo. Uno compra los pasajes de avión y eso es todo. A papá le satisface mi lógica y bebe su café en silencio. Hoy estoy en racha. A veces tengo mañanas así, llenas de claridad. Apenas salgo de la cama, tropiezo con una transparencia total. Intuyo de pronto el orden de las cosas y me pongo a *reacomodar las flores en los floreros.*

Cuando papá se termina el café, se pone a hablar del posible itinerario del viaje a Cuba. Las fechas, las ciudades, los transportes. Cree conveniente pedirles a los médicos la autorización para que el abuelo salga de casa. Toma su teléfono y crea un memorándum para

que no se le olvide pedir una cita. En ningún momento me menciona a mí. Dice

*nosotros*

en referencia al abuelo y a sí mismo. Al parecer se ha olvidado de que la idea es mía, de que los sueños son de quienes los sueñan, *no de quienes pueden pagarlos.*

Pero estoy tranquila. Sé que si ese viaje ocurre yo voy a ir. No permitiría que fuera de otro modo. También tengo mañanas así. Mañanas en que soy dueña de una tremenda confianza.

Papá suelta el teléfono y, en el tono más amable, le pregunto si quiere más café. Dice que sí. Me levanto, relleno la taza, se la pongo delante, le doy un beso en la frente y le digo que los sueños son de quienes los sueñan, que si ese viaje ocurre yo voy a ir y que no permitiría que fuera de otro modo. Y agregó:

*Ojalá lo sepas.*

Él sonrío. Hace tiempo que no lo hace. Desde que al abuelo lo diagnosticaron, para ser precisos. El desconsuelo bloquea su capacidad de expresar emociones.

Mamá aparece en la cocina cuando ya hemos lavado los platos. El domingo es el único día en que se da la licencia de dormir a su capricho. El resto de la semana es una máquina con la batería a tope. Por eso es raro verla en su torpeza dominical. Pero va despertando mientras le contamos sobre el viaje,

*la última aventura de un hombre en cuenta regresiva.*

Creo que le gusta el plan, aunque el cansancio bloquea su capacidad de expresar emociones. Lo único que aclara es que, si yo pienso ir, el viaje tiene que ser en verano, ya que las clases hayan terminado. A mí me decepciona un poco este comentario y a papá

también. Estamos hablando de cosas mayores, de un cerrar un círculo, casi de un

*performance,*

y ella sale con eso. Pero bueno, supongo que es normal. Pensar en esas cosas, quiero decir, en especial cuando es domingo por la mañana y lo primero que escuchas es que tu marido y tu hija de dieciséis años van a hacer un viaje, y además no suena a que te estén invitando.

En fin, así queda arreglado el asunto. Sé que papá se va a encargar de todo. No tenemos que volverlo a hablar.

Unas semanas más tarde, me llama el abuelo y dice que papá le acaba de dar la noticia. No suena muy animado, pero quizá son los medicamentos, que bloquean su capacidad de expresar emociones.

Aunque faltan dos meses para el viaje, aquel día salgo a comprar rollos para mi cámara. He decidido que ése será mi papel:

*fotografía oficial de un barco que se hunde.*

Podría hacerlo con mi teléfono, que tiene dos lentes y graba en alta definición, pero se me antoja llevar mi vieja cámara. Todas las fotografías serán en blanco y negro.

### *Día 1*

En el aeropuerto José Martí, al pasar por aduana, nos preguntan la razón de nuestro viaje. Quiero responder:

*Hemos venido a hacer un performance, señor oficial, a cerrar un círculo.*

Pero me conformo con soltar un soplido exagerado. Papá afirma:

*Turismo,*

y nos sellan el pasaporte. La sensación de que hemos mentido me acompaña buena parte del día.

Tras recoger el equipaje, encontramos a un hombre con un letrero que dice:

*Belmonte.*

Papá lo ha contratado como guía y chofer. Nos saluda con entusiasmo. Se llama Adiel. Me cuesta trabajo entender lo que dice porque habla muy rápido.

*Sus palabras patinan.*

Nos conduce afuera del edificio y señala hacia el final de la calzada, donde ha estacionado la minivan. Al acercarnos, un muchacho desciende por la puerta del copiloto, abre el maletero y nos ayuda con el equipaje. Es el sobrino de Adiel y, como éste, no deja de sonreír. Lo bueno es que tiene una magnífica sonrisa.

Camino al hotel, nos presentamos un poco. Quien menos habla es el abuelo Porfirio, que mira por la ventana. Ha estado así desde que salimos de México. Razones no le faltan. Tiene sesenta y cinco años y los médicos le han dicho que con suerte va a vivir ocho más, pero eso fue el año pasado, así que en realidad ahora son siete. No ha vuelto a Cuba desde que zarpó junto con sus padres a los diez años.

*Medio siglo de ausencia.*

Es evidente que el día es difícil para él. Todavía le significa mucho este lugar, por más que evite hablar con el acento de su infancia.

*Algunas cosas que te importan las entierras, como los tesoros.*

*Otras, las miras en silencio,*

como él mira las primeras calles de La Habana que se van revelando al otro lado de la ventana. En cambio, su madre, la abuela Vilma, no escondió su indiferencia cuando se enteró de que íbamos a venir.

Levantó las cejas, apretó los labios y asintió, como si le hubiéramos dicho que había llovido ayer. Es admirable su desapego, de verdad. Lo envidio. Es casi budista. Así me gustaría envejecer,

*como una mujer que pide la cuenta pero se queda a fumar un rato más,  
a tocar el piano cuando nadie la escucha,  
a verse el cuello con joyas en el espejo.*

Ahí, en la minivan, tomo la primera fotografía del viaje. Un  
*over the shoulder*

de Porfirio, mirando por la ventana  
*su patria.*

En el lobby del hotel nos despedimos de Adiel y Yobal, que es como se llama el sobrino, y quedamos de vernos a la mañana siguiente.

Se supone que el hotel es un monumento nacional, un lugar con mucha historia. Para que no lo olvides, junto a la recepción, hay una colección de fotografías de las celebridades que se han alojado ahí.

*Se llama categoría, querido huésped.*

Papá ha reservado una habitación para nosotros y otra para el abuelo, debido a sus noches intranquilas, que siguen empeorando. Subimos a descansar un poco. Antes de acostarme, abro el ventanal que mira hacia el mar. Me quedo dormida por una hora.

En la noche salimos a cenar al centro de la ciudad. Porfirio no recuerda esas calles, aunque seguramente ha estado ahí alguna vez. Todo huele a madera vieja y en cada esquina hay música.

Me molesta un poco el lugar en donde cenamos. Está lleno de turistas y, encima, la comida no es buena. Pero me alivia ver a papá tan contento. Siempre que lo está, hace un esfuerzo por mantener la conversación ágil y entretenida.

Caminamos de vuelta al hotel por el malecón. Las olas chocan contra el muro y nos bañan. Hago un par de fotografías del agua volando sobre los peatones.

A medio camino, Porfirio se detiene. Una pierna se le ha entumecido y no puede seguir. A veces le pasa. Tiene que ver con su enfermedad. A veces también le tiembla una mano mientras come y debe esperar un rato a que se le calme. Pero para entonces la comida se ha enfriado.

*Ningún viejo se merece tomar una sopa fría.*

Nos sentamos en el muro del malecón y vemos a la gente pasar. Los chicos son guapos. Algunos me saludan:

*Hola, baby.*

Y yo les contesto:

*Bye, honey.*

Al abuelo le da risa, no así a papá. Todavía no le he presentado a ningún novio, pero mamá le ha contado sobre los que he tenido. La vergüenza bloquea mi capacidad de expresar emociones.

Como la pierna de Porfirio no mejora, papá detiene uno de esos triciclos a los que llaman cocotaxis y nos apretamos en la parte posterior. Da la casualidad que el conductor es piloto de carreras. Hace rebasamientos milagrosos, esquiva peatones, ahuyenta perros con el claxon. En un punto da un volantazo y por unos segundos una de las llantas traseras deja de tocar el pavimento. Yo me río porque siento cosquillas en el estómago. Papá intenta decirle que no llevamos prisa, pero el conductor está ocupado insultando a quienes obstaculizan su camino. Imagino la noticia de nuestra tragedia.

*Turistas mexicanos mueren a bordo de un frenético cocotaxi.*

*Visitaban la isla para hacer un performance.*

*La última aventura de un hombre en cuenta regresiva.*

Y ahí, a toda velocidad, sin parar de reír, estoy segura de que el viaje ha valido la pena.

*Mi sueño.*

Voy a recordar este momento por siempre. Voy a enterrarlo en alguna parte dentro de mí.

*Como tesoro.*

*Día 2*

Tomamos el desayuno en los jardines del hotel. El abuelo ha dormido bien y el entumecimiento ha desaparecido. Entregamos la llave de las habitaciones y nos reunimos en la entrada con Adiel, que todavía sonrío. Sospecho que desde ayer no ha dejado de hacerlo. Su sobrino, Yobal, sube las maletas a la minivan con facilidad, como si estuvieran vacías. Viste una camiseta de los Chicago Bulls.

Tomamos la Autopista Nacional. No hay mucho tránsito. A menudo veo personas pidiendo aventón,

*hitchhiking*,

o, como dicen ellos,

*cogiendo botella.*

Pero nosotros no nos detenemos. Vamos camino a Cienfuegos, a conocer La Compañía, la original.

*Cienfuegos.*

Cuántas veces he escuchado sobre aquel lugar. Si yo estoy nerviosa, no me imagino Porfirio. Sabemos que hace once años, en el 2002, el central Soledad, rebautizado como Pepito Tey, dejó de operar. También sabemos que el jardín botánico sigue existiendo y está

abierto al público. Pero de la finca de León y Vilma no hemos podido averiguar nada. Así que se respira tensión.

La plática de Adiel y Yobal nos distrae, y las dos horas y media se pasan rápido. Adiel y papá comparten un gusto por la construcción, puesto que aquél es ingeniero civil. Yobal me pregunta sobre Ciudad de México y lo que hago los fines de semana con mis amigos.

*¿Qué tal están las discos?, ¿hasta qué hora termina la fiesta?*

Hoy el abuelo está un poco más animado. Cuando cruzamos la mirada, me guiña el ojo.

Nos detenemos en un kiosco a las afueras de Cienfuegos. Compramos algo de beber. Estiramos las piernas. Adiel mira un mapa, pero Porfirio le dice que no es necesario, que él conoce el camino desde ahí y, al volver a la minivan, se acomoda en el asiento del copiloto. Yobal, por lo tanto, se sienta a mi lado.

*Huele a una fruta desconocida.*

El camino se reduce a un carril. Algunas personas viajan en bicicleta en las orillas. El paisaje es un muestrario exhaustivo del color verde. A lo lejos, hay montañas. El cielo está cubierto por una capa de blancura, aunque no se podría decir que está nublado. Como a veces le sucede al abuelo, comienzo a escuchar una música irreal.

*Unos tambores africanos.*

Pasamos junto a un gran letrero que dice:

*Jardín Botánico de Cienfuegos.*

Estamos cerca.

*Más tambores.*

El abuelo se lleva una mano al rostro y la otra la suspende en el aire para dirigir a Adiel. Le hago una fotografía. Justo detrás de él, papá va sentado plácidamente, con las piernas extendidas y la camisa

abierta hasta la mitad del pecho. También le hago una fotografía. Ahora siento que debo de hacerle una a Yobal, que posa y sonrío con esa magnífica sonrisa apenas la cámara le apunta.

*Clic.*

De pronto el abuelo pone ambas manos sobre el tablero y la camioneta desacelera. A nuestro lado izquierdo una vía se abre entre la espesura de la vegetación.

*Es aquí,*

dice Porfirio, que sigue con las manos sobre el tablero, deteniendo el tiempo

*y los tambores.*

La minivan entra en la vía, pero a unos cuantos metros las ramas de los arbustos nos cierran el paso, así que tenemos que caminar.

La alineación de árboles certifica que aquello solía ser una calzada. Mientras avanzamos, algunos bichos se mueven bajo nuestros pies. El abuelo acaricia con discreción la hierba,

*como si estuviera entrando al agua.*

Hago una foto de los cuatro hombres de espaldas. Es surreal el número trasero en la camiseta de Yobal.

23.

Una casa brota de la frondosidad.

*La casa.*

Es de dos plantas y los muros son del color del cielo, por poco blancos.

*Bienvenidos,*

dice Porfirio.

Yo no dejo de tomar fotos. De hecho, pronto tengo que cambiar el rollo.

*Una lluvia de clics.*

Miramos la casa, que, más que abandonada, da la impresión de hallarse en estado de putrefacción. Agujeros que conservan la cuadratura de puertas desaparecidas. Árboles que espuman por los techos. Columnas hechas polvo.

Caminamos alrededor de la casa.

El abuelo señala hacia un pastizal y dice:

*La cancha de tenis.*

Señala hacia una ventana y dice:

*Mi dormitorio.*

Señala hacia un ventanal y dice:

*La biblioteca.*

La mano con que señala le tiembla.

Decidimos echar un vistazo dentro. Más putrefacción. Vigas de moho en lo alto. Pisos cubiertos de tierra. Objetos carcomidos por el óxido.

Gracias a las aberturas en los muros y en los techos, la iluminación es espléndida. El abuelo nos da un recorrido. Nadie más habla.

*Aquí estaba el piano de Vilma.*

*Allá el radio.*

*Ahí el comedor.*

Como la escalera se ha derrumbado, no podemos subir.

Salimos al porche, donde hallo una lagartija con la cabeza azul. Porfirio quiere tomarse un tiempo para pensar y nos pide que lo esperemos un rato.

*Medio siglo de ausencia.*

Lo vemos alejarse de la casa. Gira la mirada cada tanto, como calculando una distancia. Enseguida se pone a buscar algo entre la

hierba. Cuando lo encuentra, se acuesta, y lo perdemos de vista. Nosotros nos sentamos en el porche. Yobal me pregunta más sobre Ciudad de México.

Minutos después, el abuelo se levanta.

*El sitio más fresco del mundo,*

dice. Nos propone a papá y a mí asomarnos a la casa de la memoria, la original.

*Aquí todo es original.*

Papá y yo damos un salto. Adiel y Yobal se quedan en el porche.

Caminamos en hilera y en silencio. El abuelo al frente, luego papá y al final yo, posición estratégica para las fotografías. El campo que atravesamos es similar al del rancho de Tuxpan.

*Todos los campos se parecen.*

Incluso el aire, viscoso y caliente, es el mismo. Sobre el mapa, no varían mucho las latitudes de Cienfuegos y Tuxpan.

*Dos sitios mellizos.*

A lo mejor en este preciso instante, después de muchos años, alguien está cerrando un círculo en Tuxpan.

Porfirio se detiene.

*Es aquí,*

dice al divisar una masa de ladrillo y hiedra en medio de un parque llano. Me agacho y le tomo una fotografía. El ángulo es dramático.

Conque esta es la casa de la memoria, una acumulación de hojarasca y cemento, las ruinas de un edificio tras el paso de un huracán.

*El huracán de los años.*

El abuelo entra y papá y yo le damos un par de minutos de privacidad. El río se escucha a lo lejos.

*Arimao.*

Papá se perfila hacia una de las entradas. Yo lo sigo. Antes de cruzar el umbral, conteniendo una sonrisa, se voltea y me dice:

*¿Lista?*

Y yo:

*Ajá.*

Levanta un dedo y agrega:

*Ten en cuenta que no estamos entrando a una casa.*

Y yo:

*¿Ah, no?*

*Entramos a una cabeza,*

dice, subiendo y bajando las cejas.

Los pasillos son idénticos a los de la casa de la memoria de Tuxpan. Misma disposición, mismas dimensiones. No podemos entrar a la mayoría de las habitaciones porque albergan un bosque, un ecosistema propio. Para llegar al patio central tenemos que escabullirnos entre el tupido ramaje. Ahí está Porfirio, sentado a la sombra del árbol.

*Es un guayabo, pero ya no da frutos,*

dice.

El árbol debe de medir diez metros de altura.

*Es muy fuerte el olor,*

contesto.

Permanecemos en el patio algo así como media hora. El abuelo habla de su padre.

*León.*

Papá le pregunta sobre los tiempos en que se construyó la casa, a lo que él responde con un detallismo sorprendente. Yo hago fotos. Cuando nos quedamos en silencio, lo juro, se puede escuchar el piano de Vilma.

Antes de salir, Porfirio se despide del árbol,  
*literalmente,*  
con abrazo y palabras.

Ya fuera, le pido a papá que me haga una foto con el abuelo y la construcción al fondo.

Porfirio nos lleva de regreso por otra ruta y vemos el río.  
*Arimao.*

Es limpio y ancho y sereno.

El resto del camino es a través de árboles y helechos. El abuelo se frena con frecuencia y mira atentamente a su alrededor. En cierto momento me pregunta:

*Alma, ¿quieres ver un truco de magia?*

Y entonces nos desviamos un poco y nos lleva hasta una gran roca. Se acerca a un árbol para reconocerlo y luego a otro y a otro más. Papá pone cara de preocupación.

*Clic.*

Una vez que triangula su posición acorde a los árboles, Porfirio se pone en cuclillas y comienza a escarbar en la tierra. Más preocupación en la cara de papá.

*Otro clic.*

El abuelo se incorpora. Sostiene un tenedor.

*Lo enterré con un amigo. Nos gustaba hacer eso,*  
dice.

Y yo:

*¿Me lo regalas?*

Más tarde vamos a Cienfuegos. Nos registramos en un hotel que mira hacia la bahía. Adiel y Yobal se marchan a visitar a unos familiares en la zona. La puesta de sol es de un rojo inverosímil.

*Día 3*

Por la mañana, caminamos en el centro de la ciudad y visitamos dos de los edificios que construyó el padre de Porfirio.

*León.*

Uno es una escuela de arte, aunque antes era un hotel. El otro es una casa al pie de la bahía que ahora funciona como hostel. Si los miras bien, puedes darte cuenta de que, en efecto, han sido diseñados por el mismo lápiz. Papá señala algunos elementos de

*art déco*

en ambos edificios.

En la escuela de arte, entramos a un ala que funciona como galería. Papá le presta más atención al edificio que a la muestra. Se trata de una selección de pinturas de los egresados en la pasada década. A mí algunas me fascinan. En particular, una que retrata a una monja asomando medio cuerpo detrás de un gran portón. Hago un par de fotos, claro. Al salir encontramos una placa en un muro que dice:

*Arq. León Belmonte Ortíz.*

El abuelo pasa los dedos por el relieve y después papá hace lo mismo. Me siento obligada a imitarles.

Volvemos al hotel y nos reunimos con Adiel y Yobal. Al abuelo no le apetece ir al Jardín Botánico de Cienfuegos, como hemos planeado.

*Estoy muy satisfecho con lo que vi ayer,*  
dice.

Adiel propone pasar el día en la playa, con lo que todos estamos de acuerdo. En el camino, volvemos a pasar frente a La Compañía.

*Ningún comentario.*

En hora y media ya estoy tumbada al sol con un coco en la mano. Bajo la palapa, papá y Adiel toman cerveza. El abuelo hace estiramientos para espantar la rigidez que lo ataca. Todavía es muy flexible y está en buena forma. No dirías que tiene su edad.

*Sesenta y cinco.*

Tampoco dirías que padece una enfermedad neurodegenerativa.  
*Demencia con cuerpos de Lewy.*

Aparenta ser el abuelo más saludable del mundo hasta que vienen los temblores y los sueños y las alucinaciones.

Yobal me mira. No es bueno disimulando. En algún momento, entre ayer y hoy, ha decidido que le gusto. No es una mirada discreta, pero tampoco invasiva. Sólo me mira cuando yo no lo miro. Nadie le ha dicho que cuando estás de viaje con tu papá y tu abuelo, lo último que se te cruza por la mente es ligar.

Nos sirven un banquete en la palapa. Al principio, Adiel y Yobal se resisten a comer con nosotros, pero papá insiste. A mí me hace falta un poco de picante, pero reconozco que todo está delicioso.

*Nunca había probado la langosta,*  
dice Yobal.

Cuando terminamos, el sonido del mar me arrulla y tomo una siesta.

Lo primero que veo al despertar es al abuelo y a papá, sentados en la arena, frente al mar. Busco la cámara y hago la que probablemente

será la fotografía de sus vidas. El abuelo está de espaldas y apenas se distingue el perfil de su rostro, pero es distintivo el modo en que sostiene las manos en el aire. Papá lo mira con intensidad, casi de frente, ignorando por completo el Caribe. Se abraza las piernas.

*Mirar una buena foto es como despertar.*

Me siento con ellos. Atardece. El abuelo me pregunta qué tal la siesta, pero yo niego con la cabeza y digo:

*Continúa, continúa.*

Él, gentil, me explica:

*Le decía a tu padre que ayer en la finca no vi el pasado, sino el futuro.*

*Me refiero a la casa de la memoria.*

*La inserté en mi mente recién construida y así se ha conservado estos años.*

*Los pasillos limpios, las habitaciones vacías, el árbol joven.*

*Esa es la casa en que he organizado mi memoria.*

*Pero desde hace un tiempo, mi mente se ha ido deteriorando.*

*Los pasillos tienen polvo y las habitaciones hierba y el árbol ha envejecido.*

*Lo que vimos ayer.*

*Lo que vimos ayer es el futuro.*

*En esas condiciones va a estar mi mente, el último día.*

*Derruida.*

*Y está bien.*

*No hay mucho que hacer.*

*Sólo digo que es curioso.*

*Al principio la casa en la realidad era igual a la de mi mente y al final lo volverá a ser.*

*Es curioso.*

*Eso es todo.*

Después del ocaso, conducimos a Trinidad.

*Día 4*

Los gritos de Porfirio despiertan a todo mundo a las tres de la mañana. Y por

*todo mundo*

me refiero a mí y a papá y a la dulce pareja que nos hospeda en su casa y tal vez a un par de vecinos. Papá tiene que despertar al abuelo y darle un medicamento. Vuelvo a la cama intranquila, como si algo grave acabara de suceder. El trastorno del sueño no es particularmente perjudicial, pero lo parece. A lo mejor porque el dormido exterioriza la locura que lleva dentro.

En el desayuno el abuelo tiene el rostro de un náufrago. No ha conseguido dormir tras el incidente. Dice que sería mejor tomarse el día para ejercitarse.

*Física y mentalmente.*

Trotar un poco a mediodía y por la tarde ocuparse con el Antiguo Testamento, del que ha traído una copia. Si se toma el día de hoy, dice, es probable que pueda continuar el resto del viaje sin complicaciones.

*Ok.*

Entonces papá y yo caminamos por la ciudad, que es bella, pero al cabo de una hora la hemos recorrido de principio a fin. Como no estamos en el humor para entrar a museos, tomamos una excursión a caballo que nos ofrecen en la plaza del centro.

Primero visitamos un ingenio azucarero, en donde intentamos exprimir caña para obtener jugo fresco. Y digo

*intentamos*

porque se necesita mucha fuerza en los brazos para mover el molino. El trapiche, como le llaman. Yo apenas logro unas gotas. Papá, medio vaso. Luego es el turno del señor que trabaja ahí y lo hace girar con facilidad. Tiene noventa años. No lleva camiseta y está descalzo y muerde un puro. Le aplaudimos. Yo le pregunto si no está interesado en venir a México y conocer a mi abuela Vilma.

*Bisabuela, en realidad.*

Le hago una foto con los brazos flexionados.

Seguimos con la cabalgata. Nos internamos en un bosque húmedo y sombreado. Cruzamos un río y el nivel del agua nos llega a los estribos. El caballo de papá decide que es buen lugar para detenerse. Por más que papá aprieta las pantorrillas, el caballo no se mueve. El guía le silba, le canta, le grita, lo fustiga, y el caballo se mantiene en su estoicismo. Papá echa a reír.

*Buena foto.*

Llegamos a un lugar paradisíaco. Una cascada y una poza, sólo para nosotros. Nos zambullimos. El agua es fría y buena. Desde la superficie parece que la poza no es muy profunda, pero no conseguimos tocar el fondo. Papá se queda un buen rato bajo el chorro de la cascada.

*Es raro verte así,*

le digo, cuando descansamos en la orilla.

*Despreocupado.*

Es otra persona desde que se ha alejado del trabajo. Digamos que ahora te mira

*de verdad*

al hablar.

*Me gustaría ver también así a mamá,*

le digo.

Con ellos todo se trata de conocer gente, de cumplir metas, de conseguir diplomas. Tengo dieciséis años, y por lo menos desde hace dos, hablamos sobre qué sería conveniente estudiar en la universidad.

*Just relax, people.*

*La adolescencia debería ser como estar debajo de una cascada.*

*Quizá el resto de la vida también.*

Al volver a Trinidad, en la casa, encontramos al abuelo en la azotea. Está leyendo la Biblia, así que lo saludamos y nos vamos a descansar.

*Qué bien se toma la siesta en Cuba.*

Escucho una armónica. Me tardo en comprender que no proviene de mi sueño. Subo a la azotea. El atardecer es un cuarto oscuro con luz roja. Porfirio toca la armónica

*pausadamente,*

*apenas con aliento,*

y la brisa esparce la

*casi música*

por los techos. Cuando las campanas de la iglesia repican, el abuelo se acerca.

*¿Sabes en qué he estado pensando?,*

le digo.

*En que le hizo falta una cosa a tu papá cuando construyó la casa de la memoria.*

*Un domo de cristal que la cubriera toda.*

*Un domo enorme y transparente.*

*Un domo para que no pasara el tiempo.*

Él contesta:

*Me fascina la idea.*

Más tarde, vienen Adiel y Yobal a ver cómo está el abuelo. Después de un rato, Yobal me pregunta si quiero ir a bailar a la plaza. Le digo que sí. Papá viene con nosotros.

*Día 5*

Soy la última en llegar al desayuno, que se sirve en la azotea. La fruta está fría y deliciosa. Porfirio les pregunta a nuestros anfitriones sobre los centrales azucareros. En el rostro se le adivina que ha tenido una buena noche. Me gusta cuando baja la guardia y se le escapa el acento cubano.

*El patinar de las palabras.*

Conducimos de vuelta a La Habana. Papá anuncia que ha conseguido entradas para un concierto de orquesta esa noche.

*En el antiguo Teatro Auditorium,*

dice. Es el lugar donde se conocieron Vilma y León. El gesto es meramente simbólico, puesto que el teatro original se incendió hace muchos años y el actual es una reconstrucción que se llama de otro modo. Aun así, al abuelo le emociona la idea.

*De tanto escuchar la historia de aquella noche, siento que he estado ahí,*  
dice. Le pido que nos la cuente. Él titubea. La narración ha pasado de generación en generación, por lo que yo también me la sé de memoria. Pero afirmo:

*Adiel y Yobal tienen que escucharla.*

Porfirio cede. Ha tenido una buena noche.

Arranca así:

*Se apagaron las luces de súbito y el silencio se apropió del teatro.*

Rara vez el abuelo se adueña de la conversación, pero cuando comienza a contar algo te roba el interés. Tienes que dejar de comer o de mirar el teléfono o lo que sea que estés haciendo. Su voz es profunda y enuncia cada sílaba de cada palabra.

Entonces llega mi parte favorita:

*Las uñas estaban pintadas con esmalte rojo, y el movimiento de las manos creaba la ilusión de que un centenar de mariquitas volaban de un lado al otro.*

Y digo:

*Esa es mi parte favorita.*

A Vilma todavía le gusta pintarse las uñas. Cuando voy al rancho, me pide que le ayude.

Yobal está hipnotizado por el relato. Ayer, en la plaza, hablaba como si supiera la verdad sobre todas las cosas, y ahora mira al abuelo con los ojos de un niño.

La historia termina:

*A los cinco meses se casaron.*

Pero en cierto sentido, así comienza la historia,  
*nuestra historia.*

La minivan se interna en La Habana. Las fachadas sin color, las voces en los balcones, la infancia en las calles.

Nos registramos en el hotel de días atrás.

*Mitad hotel, mitad monumento nacional.*

Antes de marcharse, Yobal me invita a salir por la noche con sus amigos. Le digo que no, que gracias, pero no, que tengo que estar con papá y con el abuelo. Él insiste con un par de bromas. Ratifico mi negativa y se le borra la sonrisa.

Tomamos el almuerzo en el hotel y luego nos asomamos a la piscina. Papá y yo nos acostamos en unas tumbonas. El abuelo se aleja de nosotros. Su andar es lento y tiene molestias en una rodilla. Al otro lado de la piscina, se descalza, se sienta en la orilla, se remanga el pantalón y mete los pies al agua. Le hago una fotografía.

*Me gusta que el abuelo sea sencillo,*  
le digo a papá.

Y es que en cualquier momento puede sentarse en la orilla de una piscina y meter los pies al agua. Es sencillo en ese aspecto, como si él mismo no se diera la importancia que los demás le dan. A papá y a mí nos gustaría abrir una sombrilla sobre su cabeza e improvisar una toalla como asiento, pero si lo intentáramos él se negaría.

*Le hace bien este lugar,*  
agrego.

Por la noche, nos quedamos unos minutos mirando la fachada del teatro.

*Sonaba más grande en la historia,*  
queremos decir, pero nadie se anima.  
*Es bello,*

digo yo, sin mentir. El teatro se encuentra en una esquina, frente a un parque, no lejos del mar. Aunque la pintura vainilla va perdiendo la batalla con la humedad, el esplendor del diseño permanece intacto.

*El abuelo es como esa fachada.*

Al entrar, nos llevamos la sorpresa de que la realidad del espacio es completamente diferente a la del exterior. El vestíbulo, los aseos, la sala de conciertos, todo es moderno ahí dentro.

Nos acomodamos en nuestros lugares. Antes de que comience el concierto, papá me dice:

*Escucha cómo rebota el silencio.*

Aparecen los músicos, aparece el director y se hace la música. Por hora y media, no dejo de pensar en Vilma tocando el piano en ese escenario, hace una eternidad.

*Eran seis las piezas, y cada una llevaba el nombre de un día de la semana.*

*Día 6*

Paseando por La Habana Vieja, nos topamos con un mercadillo de artesanías y antigüedades y con otro de arte. En el primero compro una muñeca de trapo y papá un collar para mamá. El abuelo camina por los puestos con interés y saluda a los comerciantes, pero no compra nada.

*Él nunca quiere nada.*

En el mercadillo de arte hay verdaderos tesoros.

*Tienen buenos pintores en Cuba.*

Por alguna razón, me pongo a buscar el cuadro de la monja que vi en Cienfuegos y descubro uno que me gusta para papá. Es la mirada de alguien que está a punto de llorar. No se ve más: tan sólo los ojos, el nacimiento de la nariz y un poco de las cejas. El resto hay que imaginarlo.

*Tienes que llevártelo, Alejo.*

le digo. Cuando voy en serio, lo llamo por su nombre. El lienzo mide dos metros de longitud y medio de alto.

*Es perfecto para tu oficina del rancho,  
añado, mirando de cerca el óleo.*

*Ese lugar está muy vacío.*

A veces tengo mañanas así, llenas de claridad.

Después de negociar el precio, papá compra el cuadro.

En el Paseo del Prado encontramos un grupo de personas que juegan ajedrez. Entre ellos, un chico como de trece años está sentado frente a un tablero de go, concentradísimo en disfrutar la paleta de hielo que tiene en la mano.

*¿Quieres jugar?,*

le dice Porfirio. El chico lo mira de arriba abajo, con confianza, y responde:

*¿Tienes un dólar?*

Papá y yo nos apartamos unos metros y nos sentamos junto a uno de los leones de bronce que se extienden por el paseo.

*Creo que sería lindo vivir aquí,*  
digo.

*Llevar una vida tranquila.*

Cuando papá y mamá hablan de mi futuro, suelen asumir que voy a estudiar en Ciudad de México o en Estados Unidos. El abuelo Tomás está de acuerdo con esto y trata de convencerme de que estudie arquitectura. Pero tengo tiempo. Dos años, cuando menos. Ahora está de moda tomarse un año antes de la universidad y viajar para pensar las cosas. No estaría mal estudiar en La Habana y tener un novio como Yobal. Se lo digo a papá:

*No estaría mal estudiar en La Habana.*

La segunda parte me la guardo, claro. Él dice:

*No sé. No lo imagino, pero puede ser.*

El año pasado se hubiera opuesto rotundamente, pero desde el diagnóstico del abuelo ha cambiado. Se ha vuelto más tranquilo.

En menos de una hora el abuelo gana la partida. El chico no termina de creérselo. Dice que en lo que va del año no ha perdido una sola vez. Pide la revancha e intenta devolverle el dólar al abuelo.

*Será a la próxima,*  
dice Porfirio y se levanta.

*Lo estaré esperando, señor.*

Llegan al acuerdo de que el chico se quede el dólar a cambio de una fotografía con el abuelo.

Cerramos el día con una visita al castillo del Morro, junto al mar. Turistas en sandalias, parejas de novios, gatos sin techo. Nos hace mucha gracia la llegada del manicero, que canta a todo pulmón la famosa canción de su oficio.

*Tienes que comprarme un cucurucho, Alejo.*

A eso de las ocho, vemos la puesta del sol. El espectáculo nos genera cierta melancolía.

*El último ocaso en Cuba.*

A las nueve, en la fortaleza vecina, un pelotón de cadetes dispara un cañón que retumba por la ciudad. El humo de la pólvora huele a despedida.

### *Día 7*

Por la mañana, entro a la habitación del abuelo y lo encuentro recostado en la cama, ya arreglado, mirando el ventilador del techo. Ha tenido una mala noche.

*Ni un minuto de sueño, Alma.*

Se pasa las manos por el cuerpo y agrega:

*Siento cómo mis órganos están cambiando de lugar.*

En la mesita de noche está su Antiguo Testamento.

Bajamos al restaurante a tomar el desayuno con papá. Cuando el abuelo se levanta de la mesa para servirse, le digo a papá lo que me ha dicho sobre el movimiento de sus órganos. Él lo mira a la distancia y

*puedo escuchar cómo rebota el silencio.*

Salimos a despedirnos del malecón de la ciudad. El viento sopla fuerte. Sólo tenemos tiempo para caminar hasta el Monte de las Banderas, frente al consulado estadounidense. Nos sentamos en el muro del malecón y miramos a un grupo de chicos que se lanzan al mar desde lo alto. Tienen que medir bien cada clavado porque allá abajo hay rocas. Las olas van y vienen, y ellos esperan abrazándose el torso, pues el viento aún es fresco. Como me quedan varias fotos en el rollo, aprieto con libertad el disparador.

*Es momento de irnos,*

dice papá. Y yo:

*Goodbye, Habana.*

Cuando viene una serie de olas y sube la marea,

*uno*

*tras*

*otro,*

los chicos se lanzan.

Adiel pasa por nosotros al hotel para llevarnos al aeropuerto. Esta vez Yobal no ha venido. Quizá se haya tomado personal lo de no haber salido con él y sus amigos.

En la minivan, le hago a Porfirio un

*over the shoulder,*

similar al que le hice a nuestra llegada.

Al despedirnos, papá le entrega a Adiel un papel con nuestra dirección en Ciudad de México, por si quiere escribir alguna vez. Tal vez Yobal se anime también a hacerlo. Adiel no deja de sonreír hasta el último instante.

En la sala de embarque, le pregunto al abuelo si los recuerdos que guarda en la casa de la memoria son en blanco y negro o a color.

*No lo había pensado nunca,*  
dice y cierra los ojos.

*Son del color que veo ahora. Un negro profundo y a la vez destellos de muchos colores. ¿No es extraño?*

Papá dice que,  
*quién sabe por qué,*

la mayoría de las escenas en su mente son a color, pero unas cuantas son en blanco y negro.

*Aquel día de playa en Tuxpan, con los abuelos y mi madre, por ejemplo.*

Yo digo:

*Las fotos que he tomado estos días son en blanco y negro. Se me había olvidado.*

En el avión, nos acomodamos de este modo: el abuelo en la ventana, a su lado papá, luego el pasillo y luego yo. Antes de despegar, el abuelo escribe algo sobre una bolsa de papel y me la pasa.

*El go, ¿es blanco y negro o del color de la luz en torno al tablero?*

A pesar de que tiene el rostro demacrado, me guiña el ojo.

El avión despega.

La última foto del viaje la hago a medio vuelo. Es papá viendo una película y el abuelo durmiendo a su lado.

*En blanco y negro.*

Papá se vuelve hacia mí y le pido que se quite los auriculares un segundo.

*¿Sabes qué no entiendo?,*

le pregunto.

*Si la finca de Cienfuegos no la ocuparon para nada, ¿para qué se la quitaron a tus abuelos?*

## Siete. El punto final: una despedida

Conque has venido a despedirte, ¿eh, lector? ¿No te llena el adiós, como a mí, de alegría?

Echa un vistazo alrededor y memoriza los detalles. Los ventanales, las pinturas, la alfombra, no hay mucho, pero ahora esta oficina también es tuya. Vuelve cuando gustes.

Será una despedida alegre porque las conversaciones libres y honestas como la nuestra son infrecuentes y, en vez de lamentar su final, hay que celebrar haberlas tenido. Además, es preciso mantener el ánimo en alto durante la época que atravesamos. En mi realidad es mayo de 2020 y, como sabrás, la vida en buena parte del mundo está paralizada por motivos sanitarios. El ánimo es fundamental.

Pues bien, para no rozar con la tristeza, prefiero evitar los detalles de la enfermedad de Porfirio. Basta decir que fue larga y difícil.

Quizá a partir de algunas escenas que he narrado ya, te podrás hacer una idea. El único consuelo que me queda es que su mente fue lo último en marchitarse. Antes perdió la habilidad de andar que la del recuerdo, y eso hizo que el proceso fuera un poco más soportable.

Pero vayamos en orden.

Tras el viaje a Cuba, yo seguí con la dinámica de pasar dos semanas en Ciudad de México y dos aquí, en Tuxpan, y, con mucho esfuerzo, pude sostenerla un par de años. Después las cosas en la oficina se complicaron, en específico con don Tomás, que comenzó a exigirme que volviera de lleno. Y es que mi aislamiento no mejoraba con el tiempo, sino al revés, se acrecentaba, como si fuera yo el que padeciera una enfermedad degenerativa, una abulia imparable. Desde el diagnóstico de mi padre, don Tomás había sido paciente y comprensivo; me telefoneaba con regularidad y se interesaba más por mi progreso emocional que por mis cometidos en el despacho. Me recomendó con un psicólogo, amigo suyo, para sobrellevar los malos ratos y se encargó de que a Laura y Alma no les hiciera falta nada en mis ausencias quincenales. Invariablemente, actuó con una generosidad absoluta (ello, a la larga, sólo ocasionó que su decepción fuera, asimismo, absoluta). Pero al cabo de dos años fue perdiendo la docilidad habitual y levantando la voz. Intentó convenirme de volver a base de argumentos y luego de desaires, y cuando comprobó su nulo efecto recurrió a la mediación de Laura, quien, por fortuna, decidió no intervenir. Ella estaba enfocada en su carrera y en su hija y no quería saber de los problemas del despacho. Yo trataba de explicarle que el éxito que su padre ansiaba era un despropósito, que la *gran arquitectura* no estaba en esos enormes contratos que firmábamos, que el tiempo se nos escurría de las manos y que

tarde o temprano el único éxito sería el doméstico, pero ella se excusaba diciendo: «Eso no me lo tienes que decir a mí».

Como he establecido, la enfermedad de Porfirio me sacó de un intenso periodo de diez años de trabajo. Fue igual que despertar: de pronto, ahí estaba yo, a la mitad de mi vida, persiguiendo el éxito profesional a costa del resto de los compartimentos de la felicidad. No recordaba la última vez que me había subido a una motocicleta, que había tocado música, que había caminado en el campo o que había dibujado sólo por gusto. Así que empecé a observar mis semanas.

La oficina daba más la impresión de ser una manufacturera de inmuebles, un práctico negocio sin corazón, que un taller creativo. Ahí dentro no se hablaba de arquitectura, sino de utilidades. La parte artística del oficio, que tanto me había obsesionado en mi formación, había sido erradicada por su contraparte técnica, la eficacia y la rentabilidad. Digamos que la estética no era prioritaria; importaba más construir que diseñar, salir en las revistas de sociales que en las de arquitectura, defender un estilo ya envejecido que revolucionar. Y aquella ola de practicidad me había arrastrado consigo: ¿en qué momento mi trabajo se había mudado del solitario restirador a los almuerzos con empresarios y políticos? La misión del despacho era una y era clara: fortalecer la consagración de la (fabulosa) carrera de don Tomás.

Lo peor del asunto fue que, al observar con cierta distancia mi vida, me di cuenta de que en casa la realidad no era muy distinta: mesas apesuradas, pláticas distraídas, camas separadas. ¿Hacía cuánto que no tomaba el coche con Laura para escaparnos el fin de semana? ¿Conocía en verdad a la mujer en que se estaba

convirtiendo mi hija? Si mi mente hubiera sido una casa de pasillos cruzados, ¿con qué diablos la estaba llenando?

Ya en aislamiento, me enfoqué en mejorar tanto en lo individual como en lo familiar. Entre más me ocupaba en proyectos personales en La Compañía, menos quería volver al despacho. Entre más me implicaba en las actividades de Alma y Laura, menos falta me hacía el reconocimiento profesional. Entre más desempolvaba la relación con mi hermano y mi padre, menos recordaba los compromisos de trabajo. Qué liberador fue advertir todo esto. El viaje a Cuba representó, quizás, el punto de mayor holgura de aquellos años.

Pero la paciencia de don Tomás, como es natural, llegó a su límite. Viendo que lo mío no se trataba de un descanso provisional y habiendo intentado con una docena de negociaciones, en el verano de 2015 me dio un ultimátum: «O te reincorporas de inmediato o firmas tu salida». No fue ninguna sorpresa. Yo llevaba varios meses delegando la totalidad de mis responsabilidades y sin atender a un solo cliente. «Piénsalo unos días», me dijo, empleando el último gramo de paciencia en su ser. No había nada que pensar, pero si no le respondí en ese instante fue porque no quería herirlo más.

Cuando nos volvimos a reunir, le presenté mi renuncia definitiva. Traté de explicarle las cosas y me disculpé sin parar, pero podía ver en su rostro que él ya no me escuchaba. De ahí en adelante yo no sería para él más que Alejo Belmonte, su gran obra fracasada. Hasta el día de hoy, cada vez que nos vemos, un terrible silencio tensa el aire. (Quién sabe, lector. Acaso un día él lea esto también y perciba la dimensión del pesar que me ha causado decepcionarlo.)

Tras mi salida del despacho, mis estadías en La Compañía se extendieron. A veces permanecía dos meses seguidos y Laura y Alma,

siempre con buena disposición, venían a visitarme (para ese tiempo se había inaugurado la nueva carretera y el trayecto se hacía en menos de tres horas). El ocio me sentaba de maravilla, y en el rancho, por alguna razón, me despojaba de la culpabilidad que me asediaba en los espejos de la capital. Antes que nada, recuperé el hábito de correr; hacía tiempo que me había olvidado de sus beneficios. También, con la asistencia de mi hermano, comencé a levantar pesas. Aunque fue difícil, devolverle al cuerpo cierto nivel de condición fue una medida rejuvenecedora; junto con una buena alimentación y el aire limpio y el clima cálido, pronto la mente se me aclaró y me regresaron las ganas de venir a la torre y leer poesía e incluso dibujar. A menudo me hundía, como en la adolescencia, en los baúles de León y estudiaba sus diseños y apuntes delirantes. Hoteles, prisiones, esculturas y ruinas: mi fascinación por el extraño contenido seguía siendo cabal; era tan así que un día, sin más intención que distraer las manos, tomé papel y lápiz y me inicié en la creación de arquitectura visionaria (antes sólo la había estudiado).

¿Y qué fue lo primero que dibujé? Aquella idea de Alma de un domo de cristal alrededor de la casa de la memoria, que terminó siendo una serie de bocetos; en cada uno aparecía la casa tan destruida como la de Cienfuegos, devorada por la vegetación, y un gran domo transparente, compuesto por paneles pentagonales, la cubría entera, eternizando su ruina. «Deberíamos construirlo en el rancho», dijo Alma al ver los dibujos. Cuando le expliqué que era imposible (entre varias cosas, por los costos) y que además justo esa era la gracia del asunto, me pidió: «Entonces sigue dibujando». Creo que se refería a que hiciera más perspectivas de la casa de la memoria, pero a mí me atrajo la idea de montar domos alrededor de

otros edificios. A partir de las fotografías de Alma y de los baúles, reproduje las construcciones que León había alzado en Cuba y les añadí la cúpula de cristal. Me gustaba la forma pentagonal de los paneles, pero también probé con la triangular. Luego me animé a encapsular las obras que en la pasada década había diseñado en el despacho de don Tomás. Al principio proyecté la estructura de los domos como si fuera reciente; más tarde experimenté con su decaimiento, tanto con vigas oxidadas, como con cristales rotos y manchados por la lluvia y el polvo. En mi temporada más fértil solía hacer dos dibujos diarios. Cuando Laura entró aquí, a mi oficina, y vio el centenar de papeles en las paredes, dijo: «Podría armar una exposición con esto». Yo, incrédulo, lo olvidé en cuanto ella lo terminó de decir, pero seis meses después me hallé en una galería de Ciudad de México, inaugurando una pequeña exposición que llamamos: «Memoria rota». Mi serie de dibujos preferida fue la de unos edificios imaginarios envueltos por un domo de cristal que a su vez estaba envuelto por otro; los alcances de aquello me pasmaban.

Otro proyecto que inicié en mis estadías en el rancho consistió en entrevistar a mi padre. De algún modo, lo venía haciendo desde mi primer distanciamiento del despacho, mientras trabajábamos en los interminables arreglos de la casa, pero juzgué conveniente un poco de formalidad en la conversación y hacer grabaciones de audio. (A través de los años, la principal maniobra de un hijo hacia con sus padres es entrevistarlos, ¿no te parece, lector?). Ya tenía en mente la idea de escribir algo sobre la infancia de Porfirio y pensé que las entrevistas serían mi oportunidad para unir los retazos de las historias escuchadas a lo largo de tanto tiempo. Si me esmeré en llevar a cabo el proyecto, fue porque temía que en cualquier momento

Porfirio perdiera la facilidad de hablar, como le había sucedido a León; aunque se trataba de distintas demencias, algunos comportamientos que mi padre fue adquiriendo me hacían recordar la dura etapa de mi abuelo, en especial esa manera de fijar la mirada en la nada y abstraerse de la realidad por horas.

Porfirio aceptó con la condición de que no hiciera grabaciones. «La voz es lo único que uno puede llevarse a la muerte», dijo. Hacíamos las entrevistas en la biblioteca, luego de la cena, y por lo general se prolongaban hasta la madrugada; a esas alturas de la enfermedad, a tres años del diagnóstico, mi padre había dejado de preocuparse por los horarios del sueño y dormía cuando fuera que su organismo se rindiera. Si bien nunca había tenido dudas sobre la claridad de su mente, durante aquellas pláticas caí en la cuenta de que era un prodigio. Sólo en raras ocasiones Porfirio desconfiaba sobre algún dato; para verificarlo, simplemente tenía que cerrar los ojos y recorrer su memoria, y en unos instantes hallaba la verdad. El texto que me proponía a escribir sobre su infancia había de respetar tal exactitud. Cada tanto, Alfonso o Alma nos acompañaban en las sesiones y, a pesar de que no interferían, yo percibía una variación en la atmósfera de la biblioteca. Sé que mi padre la percibía también porque reservaba lo más delicado para cuando estábamos solos, como el secuestro de mi madre. Las entrevistas se dilataron un verano completo. Además del cuaderno de apuntes que resultó de aquello, me hice de algunos documentos que Porfirio tenía guardados, entre ellos su correspondencia con Marta.

Tuve a bien consultar a Vilma para redondear mi indagación. Y digo consultar porque ella no se prestó a la dinámica de preguntas y respuestas. Ahora que había llegado a la décima década, su interés

por el mundo y las personas era más exiguo que nunca. Practicaba su soledad con el mismo gozo con que fumaba un cigarrillo tras otro. Le gustaba levantarse muy temprano para habitar la casa vacía y silenciosa. Ya no se sentaba al piano con la asiduidad de otras épocas porque la oscuridad se le había metido a los ojos y decía que tocar sin ver las teclas era similar a hablar durante el sueño. La mayor parte del día lo pasaba en el patio, escuchando la fuente y tarareando. Uno de los pocos motivos por los que salía de la casa era para visitar la tumba de su marido, colina arriba; podía quedarse ahí horas, platicando con el aire de su recuerdo, pero sostener mano a mano una conversación con ella era una proeza. Si hablabas por más de un minuto, la perdías. Si hablabas en el tono equivocado, la perdías. Si forzabas los temas, la perdías. El único modo de extraerle información era lanzar varios anzuelos hasta que algo detonara su aliento y, por voluntad propia, arrancara con uno de sus fabulosos monólogos que sonaban como melodías. Y eso fue lo que hice. Más que dilucidar el orden de los eventos familiares, sus palabras me ayudaron a darme una idea del contexto en que se habían desarrollado.

Fue por ese entonces que, en una visita con su madre al rancho, Alma apareció con el antebrazo cubierto por una gasa. Como probablemente ahora te sucede a ti, lector, el pensamiento de que algo grave había ocurrido cruzó por mi mente apenas la vi descender del auto, pero algo no cuadraba: Alma sonreía y Laura quería hacerlo. Yo estaba sentado en la entrada de la casa, esperándolas, y en cuanto me levanté para recibirlas Alma me abordó y me puso una mano sobre los labios.

—Alejo, tengo noticias, una mala y una buena. —Y me retiró la mordaza—. ¿Cuál quieres primero?

Laura me dijo que debería escuchar la mala, así que seguí su consejo.

—Me hice un tatuaje —dijo Alma y se miró el antebrazo—. Me lo hice ayer y mamá me acompañó.

Ya con la sonrisa completa, Laura levantó los brazos y se excusó diciendo que ella sólo había conducido el auto. Iba a comenzar a protestar, pero Alma me volvió a poner la mano en los labios y dijo:

—Ahora viene la buena. Me aceptaron en la Universidad Nacional. Voy a estudiar arquitectura.

(¿Me puedes explicar, amigo lector, por qué carajos lleva tanta prisa el tiempo?).

La verdad es que tuve que fingir entusiasmo. Meses atrás Alma había hecho el examen de admisión y yo confiaba en que conseguiría la matrícula, pero lo que no me terminaba de gustar era la carrera. Tenía la intuición de que Alma no estaba atendiendo una vocación, sino que había romantizado la facultad por don Tomás y, sobre todo, por haber sido el lugar en que sus padres se habían conocido. Fuera como fuera, Alma realizó el examen convencida de su decisión y ahora, a la entrada de la casa del rancho, parecía seguir estándolo, por lo que no me quedó más remedio que secundar su emoción. ¿Y qué había debajo de la gasa, preguntas, lector? Algo que no se me hubiera ocurrido jamás. ¿A ti sí? El tatuaje era el cruce de los pasillos de la casa de la memoria.

Que yo haya podido gozar de tanta libertad tras mi renuncia al despacho se debió en gran parte a la generosidad de mi hermano, que se encargaba de la empresa familiar. En una década bajo su dirección, La Compañía no sólo había acrecentado la red de franquicias; también sus productos se habían empezado a vender en varios

almacenes nacionales. A cincuenta años de la apertura del negocio de helados de León y Porfirio, la marca ya se inscribía como una de las más célebres del estado de Veracruz. La atención que requería la empresa era absorbente, pero Alfonso había hallado el modo de cumplir con el compromiso sin padecerlo. Desde el comienzo, mi padre había aborrecido trabajar en La Compañía, y creo que el éxito comercial no le significó nunca ninguno individual; tan sólo consideraba el negocio como un medio para vivir bien. Influido por su visión, yo lo entendí de igual modo, como algo que había que hacer para luego poder ir a vivir la vida. Alfonso, en cambio, veía la empresa familiar como la vida misma, o una parte de ella, por lo menos, y el progreso comercial estaba ligado a profundidad con su orgullo. Con quienes hacía tratos se volvían sus amigos, y el personal de la oficina, su familia; no existía una clara división entre las horas de trabajo y las de esparcimiento, sino que se confundían y se empalmaban y eran las mismas. Esta filosofía de la cotidianidad, aunada a una contagiosa alegría natural, fue la clave de sus logros.

Los primeros años tras el diagnóstico, Porfirio se mantuvo en un nivel más o menos estable de lucidez y motricidad, y ello nos dio a todos esperanza, no de tiempo (eso era irremediable), sino de calidad de vida. Había días buenos y malos, pero en general el equilibrio nos favorecía. El conocimiento de que la catástrofe se avecinaba era más agobiante que los achaques en sí. Como hemos acordado, querido lector, no vamos a entrar en detalles; sin embargo, es importante señalar que, en cuanto los años avanzaron, la enfermedad cobró una vertiginosidad exagerada. Los días malos se fueron haciendo más frecuentes y comenzamos a hablar de semanas; las rachas de malestares pronto se volvieron temporadas enteras y un

insomnio no equivalía a una noche, sino a un ciclo lunar en vela. Las alucinaciones persistieron en todas las modalidades: música de piano en el oído, telarañas en el cuerpo, aromas frutales en el olfato y reptiles en visiones nocturnas.

Cuando Porfirio perdió la facilidad de andar, lo único que lo mantuvo en forma fue la ejercitación de la mente. Después de terminar con el Antiguo Testamento, tuvo el afán de trabajar con dígitos. «Estoy cansado de supersticiones», dijo. Consideró volver a los decimales de pi, que había abandonado a los quince mil, mas prefirió fijarse una meta finita. Así fue como se empleó en la memorización de la guía telefónica de Tuxpan. Debo aclarar que la labor no le divertía en lo más mínimo: se daba cuenta de lo superfluo que era el cometido. Pero el estímulo mental era tan extenuante que cada página lo fatigaba como si hubiera corrido un maratón. Cada vez que se exasperaba, se ponía a repasar vieja información almacenada o a entrenar con la baraja; más que un atletismo mental, su talento parecía un truco de prestidigitación. El primero en sorprenderse de su desempeño era él mismo. «Hemos entrado a la era de la memoria digital sin haber conocido los alcances de la nuestra», decía con un dejo de desconsuelo. Yo compartía la creencia de que las posibilidades de una herramienta mnemotécnica como la suya eran ilimitadas, aunque, como era evidente, había que pagar una cuota muy alta por su práctica.

Alma abandonó la carrera de arquitectura en el cuarto semestre. No lo consultó ni con Laura ni conmigo; nos lo anunció de golpe en el desayuno, una de esas mañanas de claridad que a veces le da por tener. Laura se molestó e hizo varios reclamos, pero la determinación de Alma era total. «Lo lamento —dijo—, es oficial. Me di de

baja la semana pasada». Laura se puso de pie y dio de gritos, y que Alma siguiera comiendo su cereal como si nada no ayudó mucho. Tal vez era demasiado temprano para tamañas noticias, no lo sé. A los pocos minutos, mi mujer perdió el apetito y las ganas de discutir y se marchó enfurecida de la cocina. «¡Sólo te recuerdo que tengo veinte años!», exclamó Alma y la única respuesta que recibió fue el azote de una puerta lejana.

¡Ah, hubieras estado ahí, lector! La tensión matutina.

Alma hizo a un lado el plato de cereal, se reclinó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos. El aire escapaba de sus pulmones con dificultad. Sin decir palabra, me serví una taza de café y bebí lento, con la mirada puesta en las siluetas del vapor. Cuando llegué a la mitad, Alma se echó a llorar. No fue violento, sino silencioso y débil.

—Tengo un plan, ¿sabes? —dijo y se volvió hacia mí—. ¿Qué le cuesta escuchar antes de ponerse a gritar así? —Yo asentí y seguí bebiendo mi café en silencio—. Mira, ¿qué ves ahí? —Me mostró el tatuaje de su antebrazo—. Hasta hace poco creía que lo que me gustaba tanto de estos pasillos era la arquitectura, pero ahora sé que no es eso. Lo que yo veo ahí dentro son historias y música y sentimientos, y ahora entiendo que lo que me gusta es el contenido, no el contenedor, ¿me entiendes? —Le di un trago largo al café. (Un trago de café nunca es una respuesta equivocada)—. Tuve algo así como una revelación, papá. Creo que ya entiendo de lo que se trata la casa de la memoria, de lo que se trata en realidad, y creo que ni siquiera tu abuelo lo sabía al dibujarla. ¿Cuál es la verdadera sustancia aquí? —dijo y agitó en el aire el brazo—. ¿De qué está hecho esto? Sé que me vas a dar la razón. ¿Estás listo? Cine. Este proyecto no es otra cosa más que cine. Y eso es lo que quiero hacer.

Como he dicho, era una de esas mañanas suyas de claridad. Meses después, Alma comenzó la carrera de cine.

Porfirio murió en junio de 2018, a los setenta años. Una autopsia cerebral confirmó la presencia de cuerpos de Lewy, esas nocivas saturaciones de proteína. Lo enterramos junto a mi madre, aquí en el rancho; a pesar de que nunca lo hablamos, estaba entendido que ese era su lugar. Alfonso y yo cavamos la sepultura unos días antes. «¿No te da miedo la probabilidad de que a alguno de nosotros le ocurra lo mismo?» me preguntó al terminar.

En el entierro sólo estuvimos los tres de mi familia y Vilma y Alfonso. No voy a decir que no hubo lágrimas, pero en general fue un día alegre. Alma dijo unas palabras llenas de cariño y recordó nuestro viaje a Cuba, en específico la partida de go entre Porfirio y aquel chico en el Paseo del Prado. «Era como verlo jugar contra sí mismo». Después fuimos a comer a Tuxpan, junto al río; el postre lo tomamos en la tienda matriz de La Compañía.

Vilma no lloró en el entierro, pero no paró de hacerlo en los próximos días. Tenía los ojos tan desteñidos y quietos que el hecho de que lagrimearan tenía algo de inaudito. Sin embargo, no aceptó ningún consuelo por parte de nadie, ni siquiera de Alfonso, que seguía siendo su preferido. La tristeza se la curó ella sola, frente al piano, tocando notas sueltas que sólo a veces sonaban con cadencia.

Comencé a pasar más tiempo en Ciudad de México con la intención de ponerme al tanto de las vidas de Laura y Alma: aquélla coordinaba un par de exposiciones en el museo y ésta había grabado su primer cortometraje. Me llegaron algunas oportunidades de trabajo, pero fue entonces que me incliné a escribir este libro y las rechacé. Antes de pensar en las palabras, había que idear una estructura, y

tan sólo la organización del contenido y el cronograma me llevó varios meses; era la primera vez que me veía en la necesidad de idear una estructura sin líneas.

Al rancho volvía con el único propósito de saludar a Vilma y a mi hermano. En esas visitas descubrí que caminar por la casa de la memoria se había convertido en una actividad fantasmal. Al avanzar por los pasillos no podía deshacerme de la sensación de estar incitando la mente de mi padre, reanimándola. ¿Cuántos objetos invisibles almacenaban las cuarenta habitaciones? A pesar del vacío, aquel espacio estaba atiborrado. Las escenas de mi madre que yo veía se afectaron debido a este pensamiento. Hasta ese momento comprendí lo que había dicho Alma sobre el cine; empecé a imaginar mis recuerdos traslapándose en cada habitación con los de mi padre, como proyecciones simultáneas.

Medio año después de la partida de Porfirio, una mañana brumosa de enero, hallamos sin vida a Vilma. Se había desplomado a mitad del camino hacia las tumbas, hecho que nos insinuó su comprensión de lo que venía. La cabeza recargada en un brazo, los labios pintados, las manos repletas de anillos, su elegancia prevaleció hasta el final. En noventa y cinco años de vida, no se le conoció enfermedad alguna, salvo la indiferencia.

Y así llegamos al punto en que emprendí este proyecto, hace año y medio.

En este tiempo he cumplido con mi palabra de no trazar una sola línea. Además de la escritura, no hice más que correr y pasar tiempo con mi familia, acaso más que nunca. También me encargué de no dejar caer la casa del rancho, que invariablemente requiere arreglos. Pero tengo la sospecha de que ahora que ponga el punto final, en unos

cuantos párrafos, buscaré el camino de vuelta a la arquitectura. No me gustaría incorporarme a uno de esos grandes despachos de la capital, no. Lo que me apetece es montar una discreta oficina, quizá en Coyoacán, cerca de casa, a la que pueda ir caminando a diario. Empezar desde ceros. Mandar a imprimir unas tarjetas de presentación. Hacer unas llamadas. Reclutar a unos recién graduados que sueñen con la *gran arquitectura*. Lo que quiero es trabajar.

¿Cómo lo ves?

Antes de despedirnos, quisiera agradecerte el tiempo que has pasado aquí conmigo. Te recuerdo que este espacio ya también es tuyo. (No olvides quitarte los zapatos).

Termino con lo siguiente: aquello que llamamos vida no sólo es la acumulación de experiencias, sino también, en buena medida, su organización en nuestra memoria. Estamos condenados a olvidar los momentos a los que no les otorgamos un sitio específico y único. (¿Acaso no es esta la base de la literatura y la arquitectura?). Sospecho que la percepción de haber vivido una vida plena depende tanto de lo vivido como de la habilidad de rememorarlo. Así que tómalo en cuenta, lector, y practica la distribución espacial de tu mente. Resulta muy útil a la hora de mirar hacia atrás.

Te lo dice un cubano.

Ahora vayámonos. Vayámonos marchando de felicidad. Abandonemos este libro a la merced del tiempo. Abandonémoslo como se abandona un edificio. ¡Que le nazcan raíces en el suelo y sus palabras se humedezcan!

Yo, Alejo Belmonte, en este momento me despido.

Tú ya sabes qué hacer.

Vamos, cierra el libro.



# Índice



- 11 Uno. El proyecto: una introducción
- 19 Dos. Al sur del Soledad
- 87 Tres. Recrear la vida pasada: un intento
- 103 Cuatro. La vida en escenas
- 147 Cinco. La mente y sus límites: una obsesión
- 177 Seis. El huracán de los años
- 205 Siete. El punto final: una despedida



*La casa de la memoria*

*rota*, de Juan Rivera Arroyo, se termi-

nó de imprimir en septiembre de 2021, en los talleres gráficos de Jano, S. A. de C. V., ubicados en Ernesto Monroy Cárdenas núm. 109, manzana 2, lote 7, colonia Parque Industrial Exportec II, C. P. 50223, en Toluca, Estado México. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Borges, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Juan Carlos Cué. Formación, portada y supervisión en imprenta: Adriana Juárez Manríquez. Cuidado de la edición: Silvia Palma Vallejo y el autor. Editor responsable: Félix Suárez.







